Luis Chitarroni

LA NOCHE POLITEÍSTA

INTERZONA

Este ciclo de relatos contiene algo extraordinario que puede convertir el acto de lectura en una experiencia insólita. Es una advertencia y también una invitación a cruzar este umbral hacia la escritura de Luis Chitarroni. Que toma en estos cuentos una forma cíclica, donde el error y el concepto del continuo son parte del propósito, de las circunstancias y la relación entre los personajes. Algunos de ellos, que ya han aparecido en las novelas *Peripecias del no* y en *El carapálida* (también editadas por interZona), dejan verse o reflejarse nuevamente en *La noche politeísta*. Como toda pieza de un círculo esta serie puede tanto ser un buen comienzo como un buen final para quién se atreva a aventurarse en el universo narrativo de Chitarroni.

"Nos llegó a todos el rumor, nadie sabía dónde ni quién lo había generado, de que la noche era politeísta porque –porque precisamente, decían– había sido manipulada, prestidigitada. Había habido, inicial, un desbarajuste de tiempo, un desmoronamiento; después, recién después, era comprensible".

Luis Chitarroni (Buenos Aires, 1958). Es escritor, editor y crítico literario. Inició su carrera como colaborador y redactor de críticas literarias en diversas revistas y medios de comunicación de la Argentina y el extranjero. Su primera novela es *El carapálida* (1997), reeditada por interZona en 2012. Publicó *Siluetas* (1992), las columnas escritas para la recordada revista literaria Babel; la colección de ensayos *Mil tazas de té* (2008) y la novela *Peripecias del no: Diario de una novela inconclusa* (interZona, 2007).

LA NOCHE POLITEÍSTA

Luis Chitarroni

LA NOCHE POLITEÍSTA

INTERZONA

INTERZONA

Chitarroni, Luis
La noche politeísta / Luis Chitarroni - 1a ed . -
Buenos Aires: Interzona Editora, 2019.
136 p. ; 22 x 14 cm. (Zona de Ficciones)
ISBN 978-987-790-009-5
1. Narrativa Argentina Contemporánea
2. Cuentos. I. Título.
CDD A863

© Luis Chitarroni, 2019

© interZona editora, 2019
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Luciano Páez
Corrección: Mónica Campos
Composición de interior y tapa: Luciano Páez
Foto de tapa: *El caminante*, serie The Walking Trees, 2018. Alejandro Chaskielberg

ISBN 978-987-790-009-5

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Las pirámides son, a la distancia, de tonalidad púrpura, como las montañas. Parecen altas y puntudas, pero se aplanan y deprimen cuando uno se acerca. Fue en esas pirámides en las que se concibió la idea de Jehová, mezcla terrible de lo astuto y lo horrible. Moisés aprendió todo de los egipcios.

Herman Melville, *Diario de una visita a Europa y el Levante*.

Quien creyera en un Dios Geómetra, debería ser panteísta.

Ian Stewart y Martin Golubitsky, *Fearful Symmetry*.

TRIÁNGULO TERRITORIAL

Aunque algunos de estos relatos se publicaron con anterioridad en forma distinta (*Página/12*, *Qué pasa*, *El ansia*), el propósito y la proporción de este ciclo de relatos –la noción de error, el concepto de continuo– fue posterior, y los adquirió (o los contrajo, como una enfermedad) cuando presenté a los editores el primer título y el primer índice, distintos de los que encontrará el lector acá. El juego de relaciones y circunstancias entre los personajes, advertimos, tiende, como tantos, a buscar con cierta fatiga la forma de una elipse o un círculo. Los relatos uno y cinco añaden anécdotas y rasgos circunstanciales a la amistad de Nicasio Urlihrt y Lalo Sabatani, a quienes el lector pudo entrever inopinada o distraídamente en los tramos o atisbos menos arbitrarios de *Peripecias del no* (2007). El narrador de esa serie, han advertido lectores atentos, bien podría ser, o estar cerca del autor de la novela *El carapálida* (1997, 2012), que me atreví a firmar y que comparte con él solecismos, debilidades y vicios de estilo. Una serie de coincidencias inoportunas o gratuitas alcanzaría para justificar los vínculos entre las circunstancias de tres y de nueve. El cuatro es tan íntimo –tan adicional, tan nimio– que irradia

una especie de luz (o sombra o luz negra) y sigue en busca de su agonista, su par, su complemento. Las proyecciones asimétricas de dos yacen inalcanzablemente en ocho. Se trata del azar, nada más. La impuntualidad o la comparecencia de alguna de las musas, cuyo número coincide con el de los relatos de *La noche politeísta*, quedaría así justificada. El seis es un misterio familiar. El siete es agotadoramente solitario.

EL SÍNDROME DE PICKWICK

Nora Catelli me habló del síndrome de Pickwick. Lo había descubierto traduciendo un manual de neurología –o frenología– del siglo diecinueve. No me atreví a preguntarle quién era el editor. Me explicó de qué trataba, apelando a mi recuerdo del personaje de Dickens: una narcolepsia breve o prolongada, que dura hasta que la víctima –el durmiente– oye pronunciar su nombre. Y me dio el ejemplo de un conocido que olvidé de inmediato. Hacíamos tiempo en Rosario. Por indicación de Nora, algunos viajamos hasta Victoria, de donde traje *souvenirs*. Un monedero de surubí y mondongo, por ejemplo. Nos convocaban para una conferencia o una mesa redonda.

A partir de la noticia del síndrome de Pickwick cambió mi vida. Empecé a recordar las personas que creí lo padecían y a darme a conocer a otras que de ninguna manera me interesaban, con el propósito de encontrar a alguien con síndrome de Pickwick. Además, no sé si el síndrome es algo que le pasa a Pickwick solo o que comparte con el grupo, y que justificaría, entre otras cosas, el pase de lo individual al conjunto, de síntoma a síndrome, ya que Tupman o Weller, pero sobre todo Winkler y Snodgrass, están todo el

tiempo quedándose dormidos. Si es que lo hacen, no me acuerdo cómo los despiertan.

Llama la atención el registro abrupto de un mal en medio de ese desfile de personajes, que el propio Dickens reconoció era frenético. Un motivo de distracción más que de regocijo, al punto que tenía que renunciar a describir personajes para seguir contando qué le pasaba a los que había presentado una página atrás. Es cierto también que en otros libros de Dickens las afecciones aumentan de volumen hasta alcanzar un nivel estentóreo, como la combustión espontánea de Krook en *Casa desolada*: el dominio de la exageración, la frecuencia ideal en Dickens, su método para facilitarnos jirones espeleológicos de tiempo real. Por lo demás, no es raro despertarse cuando a uno lo nombran.

Lo raro es que el apellido *sea* el despertador... A uno en general lo despiertan –en la infancia y después, a menos que duerma en una cuadra del ejército– por el nombre. A Pickwick, *por el nombre* de pila creo que nadie lo llama, como a Gulliver. Tendría que revisar el libro, pero me parece que es así. (Ahora que me fijé, riman los nombres de los apellidos: *Samuel* Pickwick, *Lemuel* Gulliver. El único que parece no haber sido bautizado en la literatura inglesa es un historiador, no un personaje: Gibbon). ¡Edward!

Por esos días recibí una llamada. Me invitaban a una reunión de ex compañeros de la escuela secundaria. Podíamos celebrar de paso, dijo Moncloa, el fracaso de mi primera novela –*Las de Caín*–, donde –me recordó– yo ridiculizaba a cada uno de ellos (a los chicos de la división, y a él en particular). Por un descuido espontáneo como la combustión de Krook, dije que sí. Para colmo, el lugar de reunión era en el restaurante donde más de treinta y pico de años atrás nos habíamos despedido (pensé que definitivamente), lejos, muy lejos de casa. Quedó (aunque eligió el plural, no sé por qué: *quedaron*) en que me pasarían a buscar.

* * *

Osvaldo "Lalo" Sabatani, hombre de barba entrecana, de esos que, recuperándose de una enfermedad que amenazó ser terminal, dan la impresión de participar en un safari o *rally* interminable, escribió *Vivir igual*, libro de recetas y aforismos, apreciado en el género llamado autoayuda. Tuvo un éxito de ventas impresionante. Cada ciudad, cada pequeño pueblo tenía una sociedad, un club, un sindicato, un ateneo que pedía a gritos su presencia. Por trabajar en la editorial que impulsaba su carrera, debí acompañarlo en su gira de provincias. Nos hicimos amigos, condición que le permitía aplazar consejos y aforismos con anécdotas sobre sus proezas sexuales, de una variedad y una vitalidad fuera de lo común. Se llegaba a su intimidad muy rápido. No era posible darle a sus relatos un valor moral equivalente o relacionado a su programa de vida posterior, de modo que decidí coleccionarlos sin método. El de Lalo para caracterizar a sus *partenaires* era invariable, respondía a un gusto desmedido por la desmesura mamaria. "Tenía unas gomas así...", y se señalaba el cinturón que sostenía sus pantalones de combate *cum* camuflaje. Las tetas habían sido, al parecer, el tema absorbente de esa vida de ejercitación intensa, y garantizaban, sin otro tipo de pesquisa ni comprobación anatómica, la excelencia del rendimiento de Lalo, la exactitud afanosa y paulatina de su *performance*. El otro aspecto de la confidencialidad de Sabatani, una prolongación postiza del primero, o acaso un recurso destinado a hacerlo verosímil, consistía en un glosario de servicios eróticos bautizados de manera artística, que revelaba con delectación una cultura sentimental y venérea poco menos que incomparable. ¿Sabía yo cómo se decía en los burdeles de antaño "bajar al pesebre"? ¿Y cómo se llamaba entonces a los muy aficionados al *cunnilingus*? Una vez, redundaba en una bolilla anterior –*beso negro, lluvia dorada, paloma heroica*– cuando súbitamente se quedó dormido. Se había bajado una botella de *pinot noir* después de rendir honores a la especialidad de la casa (*cordero a la*

cerbatana en arneses de sésamo y laurel, con alamares de hinojos y rúcula, sobre chichones de azafrán). Pasaba el rato rebañando salsa e hilachas de cordero, acorraladas en el litoral del plato (una vez ingeridas, le parecieron "indigeribles"). Hay personas que no saben congraciarse y que luego, por temor a la obsecuencia, resultan estúpidas, aunque en un primer avance parezcan solo arrogantes.

Pasábamos la noche en Rada Tilly, después de detenernos en Madryn en una reserva de cultoras de la autoayuda (con una de las cuales, la de apariencia más cetácea, él parecía haber tenido una relación bastante submarina). Me quedé mirándolo dormir. Uno podía calcular así la desproporción entre la dinámica especulativa de su vigilia y esa desplomada inocencia, un efecto más de lo que él llamaba "mi falta de diplomacia". Lalo serio daba el tipo del Doctor Daktari después de haberle curado al león Clarence el estrabismo. Esa noche, no: sonreía por cualquier cosa. Alguien que lo conocía o lo reconoció se acercó sigilosamente. "Sartoris", gritó primero, y se retractó: "Sabatani", modulando una melodía posible. Mi amigo salió ileso a la superficie de la realidad sin residuos de embriaguez ni de sueño, y reanudó la conversación que interrumpió, minutos después, una llamada internacional. El celular de Lalo tenía el *ringtone* de *Il sorpasso*.

***

Si hubiera recordado el lugar (celebramos en él la fiesta de egresados), tal vez las reformas y refacciones que "Chamaco" Ingrao me contó le hicieron –propiedad ahora de tres socios ex compañeros, Sufeito, Moncloa e Ingrao–, me habrían provocado asombro, remordimiento o algún tipo de admiración, pero... había tomado la precaución de no guardar recuerdo de esa noche, y menos de la escenografía. Ingrao me miraba con cara de fanático, los ojos exoftálmicos acuosos, las aletas de la nariz anhelantes, el labio inferior caído: una convergencia de humana insuficiencia para emular el

tipo de babuino que debería de haber sido y de aptitud animal para reemplazarla con algún atisbo de gruñido.

Me habían llevado con el propósito de la reunión de egresados, pero empecé a sospechar que se trataba de una trampa. Ingrao me pasó a buscar en su Mondeo azul y me condujo a los pedos por lo que parecía una autopista ascendente, oyendo a todo volumen *Escalera al cielo*. Cuando Plant , y sobre todo Bonham, se entusiasman, soltaba, para mi desesperación, el volante. Moncloa, que vivía a pocas cuadras, llegó pisándonos los talones.

–¿Qué tal? Qué placer tenerte con nosotros otra vez –dijo Moncloa e intercaló el apodo vergonzante con que me llamaban en la escuela.

–Vamos a ver si podemos ir aclarando algunas de las cosas que dijiste en el libro...

–Pero si nadie las leyó... –me defendí.

–¿Qué importancia tiene? No tiene ninguna importancia. A mí me las leyó mi suegra por teléfono, por ejemplo –dijo Ingrao–. O sea que alguien las leyó. A Moncloa...

–Mi segunda mujer me las leyó, es licenciada en letras y me explicó...

Cerré los ojos. Anoté mentalmente: "Cosas que nunca aprendí: ponerme gotas en los ojos, santiguarme de la manera compleja, cebar mate, expulsar un proyectil de una cerbatana, hablar con el peluquero...".

Se oyó una sucesión de notas sin desenlace, como la que se usa en los contestadores de las clínicas, con algunos vértices apicales muy agudos. La usaban para bailar tomando éxtasis. Se los conseguía el D. J. de la Galería del Este. Yo, cuando éramos chicos, los había llevado.

–A veces lo hacemos con nuestras mujeres y a veces no –se atrevió a confesar Sufeito. Empezaron a mecerse.

Me arrepentí de los malos ratos que les había obligado a pasar por el simple hecho de redactar una composición escolar en disidencia,

en disonancia con el curso de la memoria compartida. Entonces llegó Sufeito con una camiseta de la Selección –la del 86– cantando *We´re the champions*:Sufeito llevaba consigo siempre algo portátil. De joven era desproporcionado pensar tan mal de él: aparte del complemento portátil, uno le atribuía al sujeto un predicado impredecible. Ahora el predicado había estallado, como si hubiera sido víctima –Krook en otro libro– de combustión espontánea. La falta de dignidad se derramaba sobre su persona. Curiosa redundancia, había traído una radio.

–Es una Noblex Karina, ¿te acordás? –se dirigía a mí casi con ternura. Increíble la variedad de sentimientos afines que son capaces de provocar los objetos cobijados por la nostalgia.

–*Otro clavó la sintonía...* –dijo, remedando, por el cambio de voz, algún viejo aviso–. ¿Te acordás?

–Pará, pará, que este seguro estaba escuchando un concierto...

–Decís que a los tres lo único que "nos convocaba" –y pellizcó el aire con las comillas, un gesto que había aprendido tarde– era el silbato del profesor de gimnasia, dando a entender que no teníamos aptitud para otra cosa... En la página seis lo decís. Mi compañera actual es licenciada en letras de la UCA. Dice que abusás, a ver, me lo anotó acá: de la intertuali...

Uno de los gestos memorables de Moncloa consistía en fingir, cuando se trababa al hablar, que extraía la inasible palabra en cuestión de la boca y la arrojaba a un lado; otro, de elegancia equivalente, en sacarse de un costado de los labios un cigarro imaginario y expulsar con suficiencia el humo invisible, en demostración de superioridad y, supongo, de desprecio. El resguardo de secretos banales –que eran los que podía proteger– lo convertían en una de las criaturas más lastimosas de la Tierra.

–Sí, la conocí yo a tu mujer –dije.

–Mirá que no es la madre de mis hijos –invalidó.

–¿Y esta descripción, a ver? –leyó con dificultad Ingrao (si imitara el gesto de Moncloa, un diccionario completo yacería a sus pies,

a causa de su dicción pedregosa)–: "Era bastante difícil establecer cómo superaba la distancia entre lo humano y lo animal; me atrevo a decir que lo hacía a la inversa de como se podía suponer".

¿Cómo había adivinado Ingrao que me refería a él? ¿Quién se lo habría dicho?

¡Qué trabajo pedagógico el de la compañera de Moncloa! ¡Y cómo me repito escribiendo!

–Muy fino y delicado, eh –y repitió el mote ridículo que utilizaban para llamarme.

–Vamos a poner la radio más alto –dijo Ingrao. Y se oyó ese himno represivo, *Rapsodia bohemia*. La música del *extasy* quedó derrotada por esta iniciativa.

–Teníamos quince o dieciséis y este era tan distinto, tan superior –dijo Moncloa– que leía a Borges y a Cortázar, escuchaba a Kincrinson y –oí– *Sh*énesis.

–Y nosotros, los nabos, a Barri Guait, en los boliches... Te mandabas la parte porque eras amigo del Mono, el monto.

Raro que a esta altura les pareciera prestigioso el monto, el Mono. Se llamaba Baltasar Remigio Gutiérrez, aunque ocultaba los dos nombres. Prefería ser el mono de la militancia. Éramos amigos, claro, pero él me despreciaba por intelectual, por pasatista, por tener "gustos foráneos". Hoy diría yo, obligado: "que otras veces negué, amar no puedo". ¡Cómo cambian las cosas los años! En eso, se oyeron ruidos en el fondo. Parecía que un animal jurásico había llegado a la cocina. La atención que prestamos a esos ruidos le permitió a Moncloa cambiar de tema.

–Mi compañera quería primero un *sharpei*, después un *caniche toy*, pero el veterinario nos convenció de que la raza del futuro era esta.

Ante nuestros ojos se presentó una criatura milagrosa, apenas más chica que un San Bernardo, del que se distinguía entre otras cosas por carecer de barrilito en el pescuezo. Empezó a lamer mi cara con brío.

–Un boyero de Berna –dijo Moncloa–. Les garanto que la mejor compañía para los pibes. ¿A que no oyeron el silbato? Vienen en negro y fuego, nada más, no como los labradores y los *retrievers*, que hay bayos, *golden*, negro y chocolate...

Si bien los tres tenían un sentido de la competencia inextinguible, Moncloa se destacaba. Tratando de salvarme, pensé en *La raza futura*, de Bulwer-Lytton, que tantos problemas le había traído a Samuel Butler.

–¿Viste esa de Tarantino que al quía le prenden fuego? Bueno, primero lo atan a una silla, que es lo que Marcelo te va a hacer...

–Después le vamos a bajar los grilos –se informaban las cosas casi sin tenerme en cuenta, pese a haberme ido a buscar.

No sé quién los llamó "fenómenos de simetría inversa" –¿Lévi-Strauss?–, pero desde joven sentí que las palabras me estaban dedicadas de un modo oblicuo, que se adecuaban, se adherían a mí como una descripción de comportamientos inherentes e inevitables pero de un modo indirecto. A veces, debido a ciertas características personales –al predominio en mí de la histeria (aunque en apariencia me tomaran por inofensivamente obsesivo)–, la enunciación de un desperfecto, un síntoma o un mal me obligaba –obligaba, claro, involuntaria, inconscientemente– a remedarlo de manera contraria, inversa, insuficiente. Antes, en el umbral de una pausa, antes de hablar del advenimiento del inconsciente, me veía a menudo forzado a decir: "involuntaria, inconscientemente". Ahora, tantos años después, me parece que llegó el momento de repetirlo.

Sufeito había traído una camarita digital.

–Dale, hay que amucharse. Acá la foto la tengo que sacar yo, sí o sí –y buscó el ángulo más conveniente–. Después la subimos al blog.

Como para demostrar que tenía hijos adolescentes, Moncloa repetía:

–A este lo vamos a *descansar* hasta que no le queden ganas de escribir boludeces.

Entonces Ingrao pronunció mi apellido y me desmayé.

Había tenido un día difícil, que empezó mal cuando la jefa de prensa de la editorial me avisó que Lalo Sabatani se había muerto. No del cáncer, que revirtió, no de las metástasis que combatió la quimioterapia, sino de un súbito, definitivo infarto. Como para seguir impresionándome, como para que la suya –su leyenda– mantuviera la certeza de la superioridad sexual , había muerto en un albergue transitorio. "Hotel alojamiento se decía", me dijo, carancheando un sábalo en alguna ciudad del litoral, "en mi juventud". Sí, había tenido otro día difícil, que mi breve aparición en la sala donde velaron al muerto sirvió para acentuar.

Estaban allí los hijos del primer matrimonio de Sabatani. El varón no se parecía en nada al padre, salvo en la vestimenta. En hombre sin achaques, el atavío solo podía corresponder al gusto por la aventura. Efectivamente, a lo largo de nuestra corta conversación, me dijo que era fanático de *Lost*. La hija, en cambio, llevaba un vestido de luto entallado, con un profundo escote, que le hubiera gustado a Lalo. Psicóloga, tenía el pelo teñido color remolacha, algo que su padre justificaba, me acordé (una vez había hablado de ella, pensando en mí como candidato), por el divorcio y la falta de pacientes. En la carne un poco vapuleada se veían, para seguir con Dickens, pecas como las que tenía la Peggotty de Copperfield. Pecas grandes, gruesas. Por la pendiente fácil de la asociación de ideas me acordé del nombre y apellido de la persona con síndrome de Pickwick que Nora me había mencionado la primera vez: Sergio Ramírez. ¿O por discreto debería yo callarlo? En mí, tan vacilante, ambas categorías se confunden, relevan y cobran vuelo sin intención. Involuntaria, inconscientemente.

Lo cierto es que cuando oí a Ingrao decir mi apellido, después de tantos años –ellos los habían contado mejor que yo–, no me quedó más remedio que desmayarme. Dormido no encontré sueños que relatar. Una serie de nubes insípidas o islas irisadas no constituye ni compone un trofeo, ni siquiera un pretexto de digresión.

–Yo, Claudio María. Este, Aníbal Laureano y "Chamaco"...

–Yo tengo tres –dijo "Chamaco"–: René Cecilio Altemar. Por un cantante que le gustaba a mi vieja.

–¿Vos también tenés segundo nombre, no? Qué le vamo' hacer: lo imponía la época. Dale, che, despertate.

Cuando lo logré, los tres se tranquilizaron. Habían llamado al médico de la obra social. Ingrao devolvía la credencial a mi billetera. No debía de haber pasado mucho tiempo inconsciente porque sentía aún la humedad inmunda del perro en la cara. Es cierto que uno no termina de acostumbrarse –a expensas de la primaria, en mi caso, y después de todo lo que pasó– al apellido que le toca en suerte.

PRIMER VIAJE A SOECIA[1]

Miércoles. Cuando se arriba a Soecia, a Pyropos, uno cree haber llegado a la provincia insular sometida por langures o sapayus, pero no es cierto. No sé –si se me permite este abuso de parsimonia y pereza– si es estrictamente cierto.

El contorno de la isla de Soecia está circunvalado desde el interior, corroído hasta la orilla, por su ciudad capital, Diuturna. Me condujeron a una morada o mónada próxima, suburbana, creí yo, pero estaba ya en Diuturna, a escasa distancia del monolito cívico descentrado –pude averiguar–, como casi todo el resto. Galonop, mi guía, me llevó a recorrerlo poco después de la llegada. Decidí, con todo, no considerarlo un signo adverso.

1. Este fragmento de Fray Alpe extraído del *Manuscrito hallado en Siracusa*, establecido y editado por Emilio Salieri para su publicación en *Popolo Norte* (Asolo, 1939), fue traducido del italiano especialmente por Adalgisa Dorfles. Pertenece a las secciones insulares exteriores del libro. Después de hallar el manuscrito, Fray Alpe inició una serie de viajes y excursiones con el propósito de compulsar algunas incomprensiones históricas y geográficas. Recorrió las islas de Rododendra, Lupercalia y Soecia con la mayor felicidad y esmero, y con entera desazón y beneplácito regresó a su abadía en fecha incierta.

Jueves. El jueves suele considerarse aquí el día de la imaginación, al revés de lo que ocurre en el continente (aunque yo no procedo del continente), donde es el sábado. Quedo asombrado de mi propia participación gramatical en este diario: "donde (el día) es el sábado".

Asisto a la celebración en mi honor que se hace en el Acueducto Ducal. Ansío conocer a la Princesa Ábside, favorita de imitadores y comediantes. Diuturna es una ciudad espléndida, de encantadora vida nocturna, la menos apropiada para este servidor.

Conozco a la princesa, de belleza subyugante. Por ella me entero de que las princesas –cuatro, al parecer– tienen a menudo menos privilegios que las concubinas, que viven todas en el palacio. Me invitó a visitarla a Pocilga[2], su morada.

Nos condujeron a continuación a Baldeo, sede del instituto geográfico local, donde a menudo, me contó sin servilismo Galonop, se celebran torneos de esgrima y lecturas "providenciales" para oír a Oleg Noop, conocido en el mundo occidental como Emilio Salieri. Después de declamar sus dedicatorias al público, dio comienzo a una lectura que provocó mi interés, aunque quedó interrumpida...

El relato comenzaba:

"En el interior de un profundo valle se reunían en vísperas del Voluspa unos quinientos aborígenes de distintas tribus para una ceremonia que tenía un significado misterioso. Al ritmo del tamtam de un timbal ambarino, en cuyo interior sonrosado veíamos prímulas, irídulas y lepismas, los concurrentes iban despojándose de trofeos y amuletos. Quien más quien menos los había llevado por azar o porque asistiría a esta ceremonia , o acaso a la precedente (o tal vez a otra, posterior). Lo cierto es que era la visión de la diosa Mangosta, con su hélice de aspas cejijuntas la que predominaba, y la que provocaba ese honorable acto de

2. De Lupercalia, cuya capital es Sirope.

desposesión y poseimiento. La pregunta en el hilo ambiental antropológico había sido siempre 'por qué en esta', vale decir, 'por qué ahora' (y a partir del trazado jeroglí de una de las escuelas de pensamiento, contaba como comentario o derivado derivado del sura o mantra 'y todo es siempre aquí')...". Aquí el manuscrito se interrumpía, pero *debía* interrumpirse porque unos leopardos agazapados, que habían permanecido detrás de los barrotes y las rejas de cuarzo y obsidiana del templo, saltaban a escena (de acuerdo con Galonop, 'antes de tiempo'). Vale decir, a destiempo, fuera de tiempo. Él solía asistir. A destiempo, fuera de tiempo, él solía asistir.

Sábado. La vida en el hotel es aburrida. Incluso para un monje. Leo.

La economía de la isla consiente lúbricamente la paradoja: a la munificencia monetaria (o numismática) se opone la austeridad toponímica. Cuando me resigno ya a la pereza de la siesta, un emisario de la princesa viene a buscarme. Su trenza es más impresionante que la de Galonop. Más tarde, de regreso, descubro que es el hijo de Galonop.

Lunes. Se cumple una semana de mi llegada. El viaje me reveló que quienes nos esperan imaginan a veces que las vidas continentales (yo no vengo del continente, pero aquí consideran que sí) asombran y ensombrecen a los insulares. Le conté a la princesa que, poco antes de irme, uno de los magos de Sirope (que es donde los han recluido) nos obligó a mí y a doce monjes a masturbarnos e inseminar –o, mejor dicho, derramar el *spermatikos logos*, de acuerdo con la estoica definición de Sirope– en una caldera cuya hondura apenas dejaba adivinar nuestro ejercicio y acción. Antes, la princesa se había encargado de preguntarme cuándo se extingue en los hombres el deseo de tener hijos. No le contesté 'nunca', que es lo que creo.

Martes. Reviso el manuscrito hallado en Siracusa. Mejor dicho, mis anotaciones, "mi desciframiento". El estilo del predecesor es abominable, pero me doy cuenta de que me tienta. Estoy tratando de copiarlo.

Luego, me obstino sin éxito en erguir el libro con broquelados que me regalaran las dos princesas y me hiero la mano. Me recomiendan linimento zodiacal. A un grupo de imitadores que se detuvieron en la mónada para ensayar (son ideales: no tienen ventanas), y que se cayeron del andamio de práctica, la entrenadora les unta también el linimento. Se nota que se trata de un día de exaltación de la ley de gravedad, pero no tardo en advertir que el linimento se receta para todo.

Miércoles. Nueva invitación a la casa de la princesa Ábside, cursada mediante la visita de una intermediaria, parecida a una Salomé de Luini (a quien atisbé en el jardín de ella), relegada por el arribo de Galonop y su hijo, que me obligan en cambio a ir al palacio real. En cuanto bajo, oigo a padre e hijo discutir en la oscuridad, hasta que uno de los dos dice: "Me importa un cuajo".[3]

En el palacio, dudas, aburrimiento, preguntas de un funcionario indescifrable acerca del uso en el continente de la vida interior. Un

3. En realidad, el monto fijo de toda deuda en Soecia es el cuajo, a partir de la *Sophonisba diuturniana* de Obvion, índice necesario para averiguar que todos los ciudadanos viven endeudados. La deuda es también una obligación civil, insoslayable, contraída en la ceremonia misma del Mentís, en el monolito central de la plaza de Soecia. Nunca sabemos, por lo demás, de qué vehículo baja Fray Alpe. Los medios de transporte de Soecia (tílburi, *rickshaw*, troika, trineo) darían para un catálogo interminable, pero más importante es discurrir la discrepancia verbal entre lo genérico y lo singular, difíciles de discernir, en la medida en que implican o suponen la asimbolia asintótica de Diuturna en Soecia, en aportes constantes de su numismática y su paremiología. Increíblemente, en una especie de ofuscado pleonasmo, que es un aparte de la *Sophonisba diuturniana*, los personajes deben admitir, como el Jourdain de *Le bourgeois gentilhomme* de Molière (que habla en prosa, que en la ciudad de Diuturna y sus estrechas inmediaciones, la lengua es el latín).

visitante ilustre que me antecedió dejó a los habitantes del palacio obsesionados con intrigas y profecías.[4]

Viernes. Otra vez en Pocilga. Ábside y su prima carnal, Cósima, volvieron con lipotimia y migrañas de su viaje a los bosques septentrionales.[5]

El palacio es de un lujo secundario, y está provisto de los ensamblajes, las escenas de sueño, los *aboli bibelots*, las odaliscas, cosas a que nos acostumbraron en mi infancia los libros educativos de Soecia, broquelados. Kushmirus el indescifrable, remedando, por el tono de voz, alguna propiedad ajena, me dijo que eran la *realpolitik* de Soecia.

4. El visitante ilustre anterior, Ozymandias, un viajero del tiempo, de acuerdo con la definición que de sí mismo solía dar, tomó y revocó epigramas y aforismos de la ínsula ("Soy leal a mis sentimientos, dice el que ha recobrado una manía; soy un traidor en todo los sentidos de la palabra, dice el que ha perdido una deuda", e instaló un enigma prodigioso que ni siquiera el tiempo, o su conversión en historia, pudo aplacar entre los preteristas: "Los visillos y los puentes levadizos [primero]: ahora sí podemos asegurar que son la *realpolitik* de Soecia", dejando a la mayoría de los ministros atónitos, alarmados o, como es el caso, en "estado de Oscar Wilde". Se cuenta que Wilde, después de una ocurrencia de Whistler, habría afirmado: "¡Oh, James, ¡cómo me hubiera gustado decir eso!" A lo que James (Whistler) repuso: "Ya lo repetirás, Oscar, ya lo repetirás".

5. Donde se suele ir por prescripción para igualar los sueños... La medicina oracular de Soecia es menos bárbara que misógina: "Para que las princesas puedan tener los mismos sueños que las modistas y las zurcidoras, corsarios o bucaneros conspiran en los bosques de Oxymoro, y, mejor aún, ceñudos y barbados sarracenos con turbante raptan sin discriminación en los bosques de Cefalón"... A su vez, entre los animales de pelaje ignominioso y noble, la mancuspia era el más destacado para ocupar un lugar emblemático en el blasón de Soecia, y estuvo a un tris (cuajo, dracmil) de serlo. Primero plaga y después habitante confinado de los bosques septentrionales, donde su dieta de líquenes y adormideras le permite coexistir con mangostas y otros mustélidos y ser la víctima ocasional de los donguis y depredadores más ágiles, [la mancuspia] perdió *kudos* y relevancia cuando los descubrimientos de Imbroglio/Servet demostraron que era el agente de dolencias (tratados en la mayoría de los casos con linimento zodiacal) y enfermedades transitorias, algunas veces mortales.

Heráldica: un boyero de Berna arrastra, acompañado de un casuario, un carromato o un vagón, y una cigüeña hala un *rickshaw*. El perro es singular o simbólico (categorías canjeables aquí) porque su cabezota de San Bernardo tiene palomas enteras en lugar de orejas. Pero el animal o la bestia triunfante de Soecia es el buey almizclero.[6]

Después, la alcoba de la princesa, donde quedamos encerrados, enredados en una conversación sin curso. Azar. El cuadro en la pared muestra la ostentosa caída de Ícaro en un océano de escenas que ilustran diversos adagios de Soecia. Un bajel se adentra en alta mar...

Advertí la belleza de un signo auspicioso y lo consigno aquí.

Sábado. La melancolía es el mal de Soecia, o por lo menos de Diuturna en Soecia. Todos los paseos que dimos con la princesa Cósima nos despedían prematuramente del mar, que como paisaje constante e indeclinable permite pensar que es solo eso: un esbozo de escenario, una especie de espejismo. Después, cuando lo alcanzamos o nos arrojamos a él, perdemos noción de lo que el mar *es* para los ciudadanos de Diuturna, en Soecia: lo creemos la sustancia de un viaje, la circunstancia de una singladura, el pretexto para encontrar otra cosa o perderla, perdida ya la que llevamos. Alguien me dice que el puerto, Pyropos, ha sido dedicado a Príapo, a su efigie –que tan lejos de Diuturna yace como Ecbatana–, de acuerdo con Pausanias, en Lámpsaco. He sido contaminado por todo tipo de solecismos técnicos soeces.

La economía, objeto de una lúgubre y precaria consternación, ocupa un lugar privilegiado, no tanto porque su funcionamiento garantice alguna fluidez, alguna disciplina o dinámica constante,

6. Los traductores de la *Sophonisba diuturniana*, en un remedo de imbecilidad, escriben *Ovibos moschatos*.

sino porque sume al país en su confesa "perfidia verdadera por falta de capital". Las licencias, los torneos, las hemisequias (¿?) y los guasones (¿?) de sidra, todos cuestan un dracmil, que es equivalente al cuajo. La única exigencia de mi visita era conseguir el tratado de economía, y no parecía dispuesto a molestarme por ella, hasta que la circunstancia se dio. La princesa Ábside, que pareció mi cómplice, no lo fue. Como siempre o casi siempre, hay una colaboración de las personas que ignoran nuestros fines verdaderos para que los cumplamos sin accidente ni error.

La literatura y el folclore de Soecia cursan los cauces habituales: el poema épico –Erewhonski–, el relato paradojal o alegórico –la mancuspia que deja el rastro en forma de mancuspia–, las incipientes escuelas poéticas, los ingentes poetas mediastinos. Refusalia, la comarca de los pintores, es un suburbio con caballetes que reproduce paisajes del interior en situación de puntillismo opaco, barnizados con aceite de ricino, que se cubren, me comentó la princesa Cósima, de una pelusa blancuzca y angustiosa, razón por la que alcanzan en el mercado precios exorbitantes.

La sociedad de poetas mediastinos, bajo la jurisdicción de la princesa Ábside, se reúne en Ábaco, en la Maison Thibault, cerca del barrio de los pintores, no lejos del Mercado de acrónimos acromegálicos (un bastión del antiguo régimen). Llevan todos nombres empeñosos –Chénier, Lamartine, Hugo– y suelen reunirse para deponer caricaturas de poemas copiados del único clásico latino admisible en Diuturna, Soecia, Ovidio. *Pauet hace litusque ablata relictum / respicit et dextra cornum tenet, altera dorso / Imposita est; tremulae sinuantur flamine uestes.*

Martes. Mi despedida de Cósima y Ábside en Pocilga tuvo también un sabor o un regusto derogatorio. Las ventanas de la alcoba (¡que distinta de mi mónada!) dejaban ver el mar de la acechanza y el bajel, igual que el cuadro de Ícaro. Después del saludo, que

requirió unas pocas palabras y ningún gesto, nos miramos, por lo que acaso pueda consignar, cuando regresé de sus ojos pesada, profundamente azules, que el viaje terminaba ahí, y que todo lo demás había sido o fue –en aras de una ilusión instructiva, de otra fábula edificante– solo un engaño o un préstamo, la apoteosis del desdén, la oblación o el designio de una potestad o una postal enemiga, el despertar de la siesta, sin Melpómene ni Clío, de un fauno amaestrado.

Por provenir de un sueño, por intentar simularlo, por separarse de él en los tramos adecuados y en algunos ínfimos e íntimos detalles –en muchas de los fosas, en algunos de los tramos–, el viaje tenía el carácter circular anticipado de un periplo, que, de atesorar yo alguna de las facultades transitorias que me confirieron en Diuturna, habría querido abolir.[7] Pero no hay precedencia ni prioridad cuando predomina la inscripción del círculo en la esfera. La única exigencia parecía ser conseguir el tratado de economía, y yo no la tomé en cuenta hasta que por casualidad se dio la ocasión. El mundo es la vida, parece.

7. "El mar es la lúgubre destrucción que nos rodea", "El labriego que trafica corrompe el surco", "El oro se acuña mientras el agua se derrite", "Trivial el basural y trivial la hogaza. ¡Mundo lleno de peste!" "Los visillos y los puentes levadizos primero". Algunas parecidas a los proverbios infernales de William Blake ("Nada cambia el deseo, la posesión de un dracmil [inicialmente un cuajo]; nada dice de la virtud la laboriosa lealtad de un cobarde"), el repertorio de adagios y proverbios que alimenta el solícito acervo [de Soecia] procede de la instalación cultual de Obadiah Iscariote Ozimandias y Klaus Patera, quienes asentaron indistintamente (sapayus, langures) estos ritmos (*rhythums*) para ritos y ceremonias funerarias en tiempos fundacionales.

LA NOCHE *ES* POLITEÍSTA

Cuando Fernando trajo el *sandwich* de *falafel*, especialidad de la casa, Luis Greve pensó que la noche en el Benarés de Barracas empezaba bien, aunque (o sobre todo porque) no habían actuado aún. Florencia contó que el sábado anterior, uno de los *connoisseurs* gastronómicos más importantes se había instalado en el Benarés para elogiar el plato del día por el modesto estipendio que cobró poco antes de huir, y al día siguiente se murió sin cumplir con la parte del contrato que le correspondía. No hubo autopsia, de modo que nunca pudieron saber si la causa fue el *sandwich* de *falafel*, concluyó decepcionada Florencia.

Lara y Florencia garantizaron la función ahí, sin la aprobación de Pepe Burundisium primero, para presentar *La noche es politeísta*. Por esa vez, habían elegido para actuar el nombre Varanasi, nadie sabía por qué. Fernando explicó en algún momento –fue larga la noche politeísta– que era un acrónimo compuesto con la primera sílaba de los apellidos de los integrantes del grupo. Un disparate, como cualquiera que los conociera podía comprobar, a menos que estuvieran –o estuviera Fer secretamente– rindiendo homenaje a

Raj Varanuyan, uno de los miembros originales del grupo. Pepe se retractó de la negativa luego ("No, no tengo problema en que toquen; si *tuvieran* la decencia de ser puntuales..."), pero de cualquier manera esa noche permaneció ausente. O por lo menos fue lo que todos creyeron (creímos).

La idea inicial, con otro título (*La unánime noche*), había sido de él, de Pepe; casi todo el trabajo –¿cómo llamarlo? ¿La suite? ¿El opus?– era obra ahora de Guido, que había planeado las partes con cuidado obsesivo. Tal vez la defección de Pepe fuera consecuencia de este inconsulto y no del todo satisfactorio ensayo de deslealtad (del que, por otra parte, nunca se enteró). Lara, a su vez, había contribuido en algunos pasajes con apuntes casi invisibles, que favorecían las modulaciones y los tránsitos temáticos, una forma tan lejana y cáustica de actuar que atenuaba la exclusión de Pepe del proyecto y conseguía que cada una de las partes lograra deslizarse, como una noche de amenaza y de delicia, y avanzar y abalanzarse (anónima la penúltima) sobre la siguiente.

Después del *falafel* y la primera cerveza, y de haber visto a la chica que actuaría antes y después, y de haber descubierto o redescubierto en la oscuridad la belleza de Lara, Florencia y de la chica que actuaría antes y después con muy poca luz, no podían sino subrayar el apotegma de Hirchfeld: "Una escultura es un dibujo con el que se tropieza en la oscuridad". *Contrario sensu*: la noche entera estuvo poblada de falsos silogismos, acrósticos, epigramas, epitafios, pero no de apotegmas. La noche politeísta.

Greve se levantó. No tuvo más remedio que oír lo que se hablaba en la mesa de al lado. "Ojo con lo que le hacen tomar a los personajes en la historia. Y no hablo de decisiones. No se olviden que Cortázar en 'El perseguidor' obliga a Charlie Parker a tomar Nescafé". Florencia dijo que era gente de un taller literario reciente, que

conspiraban una ficción conjunta. A Greve le pareció ver de lejos a Lara, que charlaba con alguien enmascarado. No se preocupó: la miopía lo había protegido toda la vida.

***

El intercambio verbal con Florencia, agudo y ágil de parte de ella y muy desafortunado y lerdo de parte de Greve, comenzó de manera ingrata: él conocía al padre de ella y, para congraciarse, le contó anécdotas y chismes que el padre de ella le había contado (de Hollywood, de John Schlesinger, del rodaje de *Midnight Cowboy* y de *Sunday Bloody Sunday*; no hay caso, las referencias no tenían el mismo valor para ambos).

Los padres tampoco suelen ser el mejor pasaporte para hacer amistad con los hijos. Sonriéndole, la incredulidad ablandada por la simpatía y el crédito, Florencia le dio a entender que no era del todo adulto –o sí, del todo: se lo tenía merecido– dar por ciertas las hipótesis e invenciones que las personas socialmente aptas riegan y arriesgan en un simulacro de familiaridad con las que no lo son. Después lo llevó a ver a Haydn, el pez iluminado por su propia luz, especie de pleonasmo áureo, imagen contraria al Ater Umber que consigna De Quincey.

Habían salido al patio interno del Benarés y casi pasaron por alto a Polenta, una gatita amarilla desnutrida, protegida de Florencia y Lara en un efusivo proyecto de adopción asimilable a una prolongada falacia patética. Él (Greve) odiaba a los gatos, siempre demasiado amados.

Entonces la música de fondo cambió. Greve casi no se dio cuenta hasta que Guido se lo comentó en el patio externo del Benarés, con el primer cigarrillo. Desde que llegaron había sido sin complicaciones

el Dylan del dos mil; Tweedledee & Tweedledum, pero a partir del cigarrillo algo realmente raro empezó a oírse. Era prácticamente imposible omitirlo porque, aunque el volumen acaso no hubiera subido, había subido la intensidad y el *sustain*.

Dispuesto a averiguarlo a su pesar, Greve le preguntó a Florencia quién le había puesto a Haydn Haydn. Averiguó así todo lo contrario: que ella estaba casada con Roman Setton, por ejemplo, el único especialista en literatura policial de la Argentina. Roman había bautizado a Haydn, Haydn porque era el pez dorado más silencioso que hubiera conocido, le había dicho. Greve, que envidiaba a Roman mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir, admitió también resignadamente que entre la pregunta y la respuesta no parecía mediar una pesquisa, sino –dolor para su alma– una convicción esperanzada.

Caminaron un rato más, el tiempo que permitía ese interior introspectivo dentro de un interior hiriente a causa del rumor. Ya no se oía la voz gastada, casi senil del Dylan de los últimos cedés, que en absoluto hace añorar los desgarramientos y aullidos de coyote de *Highway 61* o *Blonde on Blonde*. Entre el esplendor ictiológico de Haydn, ese dorado pleno, y la opacidad baya de Polenta, menos expuesta, pudo intercalar, o había modulado ya, el matiz cromático que enarca, que encabalga –y era tarde, era ya muy tarde en la noche politeísta– la declinación del interés a la extinción del entusiasmo. No es curioso ni raro: ese fulgor ajeno apagándose deposita sus restos diurnos en la más nocturna y cineraria fosa de la decepción.

–"Falsa y tupida
como un jardín calcado en un espejo...
[la imaginada urbe
que no han visto nunca mis ojos]"

–recitó Florencia,

–"entreteje distancias

y repite sus casas inalcanzables". ¿Sabés qué es?

–No tengo la menor idea, pero lo recitaste con comillas –dijo Greve.

–Caramba, el primer Borges.

–Nadie debería olvidarlo (agregó Greve, punitivo).

* * *

Fernando, Guido y él habían pasado casi tres horas dando vueltas en Ciudadela Metropolitana, esquema o ejercicio a mano alzada ("a mano armada", exigía Guido, que venía de lejos) de un arquitecto funcionario encumbrado en el poder, tratando acaso de ser alcanzados por la profecía de José. La existencia de Benarés, su emergencia final, su aparición hospitalaria y quieta, protectora, provocó una beatitud tan insatisfactoria que, pese a las diferencias (¿forzado a decir intestinas?), estaban comprometidos desde el comienzo y sin pacto preexistente a aceptar.

No sé si es posible el montaje, el cambio de escenario, una hora después de llegar, acaso sí como corroboración de la temeridad demostrada: la enorme cabeza de Mycroft (Lara le había susurrado el nombre) reposaba pensativamente sobre la rodilla izquierda de él. Mycroft no era el hermano de Sherlock Holmes, sino el opulento y bondadoso dogo de Burdeos que custodiaba la casa de Benarés. La tercera criatura, el tercer ejemplo en ese oasis zoológico, del segundo error de dios.

Sí, se habían perdido antes de llegar. Vagaron sin responsabilidad primero: les sobraba tiempo; después de la primera llamada y la señal de cronometría de Guido, con prestada atención (ángulos inquietantes, impensados, ciudad de hebdómeros, ciudad De Chirico,

laberinto roto de De Quincey); después de la primera llamada de Lara, repetitivos y angustiados, pasando por alto lo que habían visto muchas veces o, lo que es peor, creyendo descubrirlo.

Por la noche, hay personas, hombres y mujeres, que salen guiados por ese enigma desprovisto de detención, de esfinge, de atractivo que los perros son. Los perros, excepto Mycroft, que se había transformado –pero no solo ante los ojos de él– de un sabueso en moloso, como si se hubiera pasado de un nocturno de Londres a una intemperie de campaña napolitana en la temblorosa Galia Cisalpina. De un abundante custodio de la seguridad casi suburbana en una deidad. No en vano –pese a Avesta– la noche es politeísta. Es vana. Es vana la noche politeísta. Los que sacan a pasear perros por la noche, los ciudadanos menos provistos de respuesta que la ciudad atascada emite, parecen mantener un rumbo que sus dueños ignoran.

Guías y respuestas que obtuvieron:

–Doblen, doblen acá, en la primera, y después sigan derecho hasta el desvío. Toman ahí la paralela a la autopista; van a encontrar una que sale derechito a la calle que buscan, si la reconocen, la segunda o la tercera, a partir del desnivel.–un hombre mayor, pero no mucho mayor que el más viejo de ellos, Greve, con un divergente *pit bull*.

–Es acá, a dos cuadras nomás, donde está la entrada... –dijo y se agotó, eligiendo para extinguirse mirar muy fijo a Guido, como si alguna vez hubiera estado enamorada de él y tratara de encontrar la fecha en que se separaron; *one in a crowd*, la joven de pelo rabiosamente rojo, atenta (particularmente atenta, por lo menos en el momento inicial), escoltada por un *weimaraner* o su fantasma.

–¿Vieron el desagüe?, es a muy pocas cuadras de ahí, donde se corta –el que nos indicó, los últimos suelen ser los primeros, fue el que volvió a perdernos. La nitidez dramática de la voz estremecía.

Iba impulsado por una frugal *pomerania* Lulú. La dama del perrito no es una isla.

La capital, la ciudad autónoma había sido sustraída, desalojada, invadida por otra. Un *team* de urbanistas, sometidos a un *quidam* de abogados aviadores, escondió los contornos de los barrios y distritos habituales, y mediante la aplicación de un programa de trazado inmediato –el *tetris sumiyé*–, inventado, primero en el aire y después sobre la tierra firme con precisión milimétrica por Odracir Monsegur Merellano Meyranx. El responsable de la operación completa, de la operación total.

Por prepotencia de concejales y otras secuelas parasitarias de la democracia, el barrio de Barracas había sido preservado, pero no permanecía ya cerca del Riachuelo, sino que había sido implantado en las proximidades de Núñez, en una comarca de Belgrano sin nombre, casi a la deriva. A la que, después de miles de trastornos, de peripecias pertinentes e impertinentes, se habían dado el lujo de llegar. De modo que la ciudad o ciudadela actual caía en contrapicado como un paracaídas expuesto (en el sentido de una fractura) y blando (en el sentido de un régimen de gobierno), sin reparar en las pistas, cubriendo de buenas a primeras, por afligida y húmeda ficción, y en consecuencia protegiéndola, se daban cuenta ahora, sus aldeas y recovecos predilectos. Sus manteles estables y ceñidos.

* * *

Florencia explicó el programa: primero leería una poeta consagrada que no había llegado, Eloísa Betelgeuse; después, un señor al que vieron acorralado por una cantidad de botellas, en uno de los ángulos menos favorecidos del Benarés. Fernando le preguntó a Florencia... "¿Qué onda, él?".

Nicasio Urlihrt, Nurlihrt o... Nadie se acordaba bien de cómo se llamaba, pero todos le decían Nopucid. Era famoso, parece, en los diminutos (o disminuidos, esmirriados) círculos literarios por su vehemencia y su erudición; sobre la calidad de la obra de él, nadie se atrevía a hablar, o nadie había tenido –se atrevió Florencia– la curiosidad ni la perseverancia de consultarla. Desde que se instaló en el Benarés –tres o cuatro horas antes– mandó a conseguir el menú que había consumido el *connoisseur* muerto –nada especial: el *sandwich* de *falafel*– y una botella de un whisky de malta (que se hacía esperar tanto como Eloísa Betelgeuse).

El piano estaba afinado, y entre los chicos –Anya, Leroy y Sydney– tardaron poco en armar la batería de Greve, que había viajado en el baúl (sobre el techo, el contrabajo). La chica que subió al escenario –Beti Confetti– les cortó el aliento. Cantaba muy bien, acompañándose de un cuatro. Tenía piernas larguísimas y lacias, con un torneado sustantivo suficiente, y a la vez tenue, como en escorzo. Las descubrieron cuando comenzó a triunfar –mientras cantaba–, porque había llegado con un sobretodo largo y una bufanda digna de Isadora Duncan, quejándose del frío diminuto de Buenos Aires como si fuera vasto, panorámico, como el de la Perspectiva Nevsky, de San Petersburgo. Un rasgo definitivo de distinción. Cantó cinco canciones y se detuvo.

En el silencio que sobrevino a los aplausos, Greve logró acercarse, palmeando de paso a Anya, Leroy y Sidney, saltimbanquis y acróbatas, fans recíprocos un poco mentirosos. Para hacerlo, no pudo evitar correr al escritor enclenque y ebrio detrás de unas fotocopias manoseadas. Casi no se dio cuenta. Parecía, por el entusiasmo, celebrar el advenimiento de su reemplazo o el de la botella codiciada.

Entre las canciones del repertorio –propias, de Buffy Sainte Marie, de Lydia Mendoza–, Beti Confetti había intercalado un viejo

tema de Marie Laforêt. Él, que era, con el escritor, la persona más vieja del Benarés, había estado enamorado de ese tema. Y de Marie Laforêt, actriz de la primera versión de Ripley en francés, *A plein soleil*, de René Clément. Poco habría *tardado* en enamorarse de Beti Confetti, si ella, con su buena educación y su buena factura, el modo en que la piel perfecta se adecuaba al esqueleto perfecto bajo la piel, lo hubiera aprobado, alentado. Aunque Beti lo trató con una especie de grácil (y por momentos glacial) cortesía, la que le despertaban, se notaba, los admiradores o los enamorados que no se atrevían a confesarlo, estaba en otro mundo: el mundo de al lado.

"Courioser and courioser", dice Alice (y repite Beti). Después, mientras duró la noche de Benarés, él creyó averiguar por qué. Y después, casi de inmediato, se olvidó de lo que había averiguado.

Algo provocó un encuentro que ambos presenciamos con ánimo distinto (estábamos en diagonal). Las causas abundan, tan restrictivo y limitado es el universo de los que escriben. Dos muchachos medio pelados, aunque uno con una especie de repugnante bisoñé rojizo que, no obstante, era propio, se encontraron. Se trataba de Pablo Collodi, familiar a causa de una novela mía, y Edgardo Walker (creo que también). Eran tal vez dos casos extremos de una misma enfermedad aguda: la falta de talento. No obstante, o acaso por eso mismo, ambos escribían. Habían, como se dice, publicado novelas. Ambos. La generosidad de los editores, en estos tiempos magnánimos, no tiene límites. Se hablaban con cierta soberbia de circunstantes. Muy parecidos, hasta físicamente, actuaban como reflejos, y escribían con la misma ofensiva insensibilidad por los ritmos, las palabras, la sintaxis. Querían contar, o acaso solo lograban eso, lo obvio, lo obtuso. Y leían el logro como si fuera un logro narrativo: un muchacho que apenas podía expresarse, historias paralelas sin interés. Los dos se despreciaban. Uno al otro, el otro

a uno, por esos raros motivos, que en casos de exención tan completa de calidad en lo que ambos hacían, los eximía por completo de envidia: la envidia exige complejidades que ambos daban por innecesarias, pero que no por eso no habían pensado. Oímos (creo que Greve también oyó) lo que se decían.

–El libro que viene lo saca Patria amputada, una editorial independiente [la recomendó un tipo muy capo], pero muchos la rechazaron por el tema. La voz de un loco es la única "cuerda" significante en una casa represora, represiva.

–Cómo te gastás en temas que ya no van. Mi libro lo saca Bookends, que es independiente también, pero acá, en la Ciudad Autónoma. Tenía la lectura de mi coordinador, que corta la torta en el mundo editorial. Es sobre un tipo que trata de hacer una historia de Avellaneda y otra de Bioy Casares. Simultáneamente.

Parece que las dos las había recomendado Greve.

Antes de que subieran a tocar, fue al baño. Greve odiaba la sustituciones que representan o simbolizan, disimulan o difuminan Damas y Caballeros en el dialecto en que anudan sus eufemismos el decoro o al pudor inepto de San Telmo chico y Palermo *horridus*, pero los que le tocó ver lo desconcertaron. Parece que la noche politeísta era dada, no *dadá*: una regadera y un gladiolo, respectivamente. Golpeó con temeraria decisión en el gladiolo (pensando en *Le grand masturbateur*) y una voz muy firme y muy aguda le retrucó: "ocupado". Golpeó a continuación en la regadera. Le llegó, precisa, la voz de Guido: "Ya va". Antes de despedirse, como después de un relevo deportivo, Greve le pidió un cigarrillo. Pese a haber vivido en Estados Unidos y seguir, intermitentemente, haciéndolo, Guido fumaba. En el recinto perduraba una fragancia aguda y dulzona, previa, la de alguien que había tratado de ocultar,

tapar con un porro un olor muy propio, casi secreto. ¡Cómo extrañaba Greve la confidencialidad de esas contraseñas íntimas! ¡Qué lejos estaba de todo!

Salió a fumar el cigarrillo que Guido le había dado y se quedó pensando. A fin de cuentas, todo se organizaba sin su intervención, a pesar de él. Greve era el más inútil, el menos relevante, el más irreal de los convocados. Muchas cosas. Había algo que Pepe Burundisium –¿vía Lara? – quería transmitir a todos los que no eran capaces de entender; algo que todos intentaban, aun sin la ayuda de Lara, Florencia y Pepe, duramente ellos, y no lograban, pese a las claves, descifrar. Algo anterior que Lara trataba de que Fernando descifrara (algo, supo él después, relacionado con la soberbia e insuficiencia de las prendas de amor); y algo que, sin que alguno ensayara señal o signo alguno, los tres creían entender, componer, construir, ajenos a Pepe, a Lara, a la noche en ciernes del Benarés. Politeístas. Atentos solo a la subyugante atención.

Él imaginaba, Greve. Él quería creer.

Guido salió también, con un cigarrillo ya encendido. Nadie podría asegurar que nervioso. Hablaron, momentáneos, atentos al trémulo cambio de escenas de la inmediatez. Guido le dijo:

–¿Viste que en un momento la música cambió? Porque veníamos oyendo sin prestar mucha atención a Dylan, pero hubo de repente una estridencia y subió a tocar una música muy rara. El órgano de Quackenbush o el de Mark Stein, y el de Steve Winwood. Y después, parientes lejanos, Iain Matthews y Shawn Phillips y, para colmo, Laura Nyro y Ruth Copeland. ¿Oíste? ¿Vos te das cuenta? Greve casi no se daba cuenta.

Los cigarrillos previos parecen ser más cortos que los otros, tienen esa debilidad, esa espiralada aptitud de consunción apta para cualquier cadalso, incluida la silla eléctrica.

* * *

Subieron al escenario al que los invitaba la noche de Benarés. No les salió mal, a fin de cuentas.

Habían ensayado más de tres semanas seguidas en la enorme casa donde vivió Fernando en la infancia, un solar laberíntico con un cuarto fantasmal, lleno de piezas de museo y escombros, que a Greve le recordaba las casas donde había espiado, en la niñez, fotografías de grupos de su predilección –Humble Pie, Blind Faith, Van der Graaf– ensayando. Todo un efecto de lo indirecto. Su memoria las atesoraba.

La música que hacían tenía poco en común con esa antecedencia. Fernando tocaba el piano con una vivacidad y un gusto por las pausas imprevisibles del todo desconcertante, siempre había sido así. El resto era su *appeal* natural, en apariencia nervioso, benévolo, con un componente narcisista involuntario: se balanceaba entre su confianza de Don Juan y su bonhomía de boticario. Un gran danés, un dogo de Burdeos. Esa rigurosa modestia era la que lo volvía irresistible ante la audiencia femenina. Y Guido, Guido interrogaba las afirmaciones del piano (algunas parecían meras salpicaduras) con su perfil de lebrel, como venteándolas para darle cabida a la siguiente ocurrencia, con un refinamiento insolente. Se notaba, les dijo Lara después, que se estaban divirtiendo a lo grande, y que no querían privar a nadie de esa diversión. Gracias a Beti y a ellos –"a nosotros", nos dijo Guido–, la fiesta era un éxito. Eloísa Betelgeuse no había llegado todavía.

Salió a la noche desguarecida del patio de Benarés, donde estaba Mycroft, después de esa primera y satisfactoria escena, a fumar el segundo cigarrillo que le pidió a Guido. En la primera ocasión,

se había olvidado del primero, de modo que la contumacia repulsiva pasaba a segundo plano. No era buena señal. Había dejado de fumar hacía más de una década, pero la ilusión de pensamiento visible que se arrepiente y que aloja un instante en el aire, nube de humo, simulacro de pensamiento suficientemente insatisfactorio/a como para que saliera él hoy a la intemperie a celebrar un rito abolido. Fumaría dos. Se acordó de la anotación trivial en un prospecto turístico sobre Benarés que le había donado un amigo *sikh* antes de volver a un determinado templo (en Rishikesh, suponía): "Dejarás Benarés, pero Benarés no te dejará". Sí, tenía la compostura apodíctica de todo lo que sucedía –o aparentaba o intentaba suceder– esa noche, incluido ya su muy querido Mycroft, que era todo un acontecimiento zoológico o zoomorfo, del tamaño de un novillo.

Mycroft era de un color que alguna vez había sido encendido. Ahora era el rescoldo: un pardo opaco que algunos epitelios sonrosaban.

Se dice que Benarés, con otro nombre, fue la primera ciudad del mundo. La muerte del buen lado, del buen lugar, aseguraban, nadie sabe a qué margen del Ganges se referían, se puede recibir una reducción de la pena, de la condena a que el karma somete... "Pero se trata de otra religión, no te entusiasmes, y no voy a seguir promocionándola", decía el amigo *sikh*. Él era propenso, como la mayoría de los amigos de esa época, a la renuencia, a la reticencia, a la insatisfacción.

My father was a river, mi padre era un río, aseguraba Coleman Dowell. ¿Y Coleman Hawkins? ¿Qué musitaba Coleman Hawkins, en, por ejemplo, *A Single Petal of Rose*? Los epitelios, labios subyugados, apretados a un sabor amargo, metálico. Joyce, experto en

supersticiones, idolatraba la hidrografía, como lo demuestra *Finnegans*; ríos y ríos de incalculable fluencia y circulación literaria. No solo el Danubio y el Liffey, sino el Pilcomayo y el Po. Mircea Eliade, experto en religiones, detestaba a Joyce, lo consideraba un mero propagador, un mero divulgador, un mero propagandista: el rey del autoproselitismo: el río –Nilo– al que veneran todas las vertientes. Raj, el amigo en fuga, habría compartido la condena, hermanado por el yoga, del que Raj, como Mircea Eliade, fue propagador, propagandista.

Antes de ser quien creía ser, en la adolescencia, Greve había leído mucho sobre la luna y la muerte. Y a Krishnamurti. Guido, sin embargo, había leído más, antes o después de esa noche. Como acápite del último tema o del último movimiento, había escrito: *axaxaxas mlö*, y añadido en lápiz la tenue paráfrasis: *upa tras perfluyue lunó*, y subrayado: *Upward, behind the onstreaming it mooned.* Era el último movimiento de la suite.

–La noche no solo es politeísta –agregó casi con desgano Guido–, es, como sabía Xul, políglota.

¿Cierto que Haydn, el verdadero dueño del apellido, Joseph era croata, como sostenía Flor? ¿Había empezado el Mundial? *La revestita carne alelluiando.* Y al lado: *Tender is.* ¿Menos silencioso Bach que Haydn? ¿Un pez inerme por su obediencia, más silencioso, por ejemplo, que uno ascendido solo, incendiario, como la piraña, consiente Konrad Lorenz, por su violencia?

Nieblas del Riachuelo: a esta altura de las encarnaciones, ¿de qué lado del Ganges estaría él, Greve? La noche compacta desperdiciaba a gusto el fulgor de las estrellas y planetas divulgadores. Fe de erratas: en un recodo del patio de Benarés sin iluminación, Mycroft lamía, incesante, un charco de agua que reflejaba la luna.

* * *

Después de abandonar, una semana antes de lo previsto, el departamento (de la calle Virasoro), el amigo *sikh* dejó a sus espaldas un laberíntico repertorio de olores, el prospecto turístico sobre Benarés en India y un, *¿una? (cassette)* destripado de Nusrat Fateh Ali Kahn. Como muchas personas despojadas desde la cuna, o quizá desde la separación implícita o explícita de sus padres, de cualquier posibilidad de talento, Raj eligió el pretexto de que su verdadera pasión era la música. Y que a ella, de haber recibido cualquier atisbo de estímulo, se hubiera dedicado. ¿O decía entregado?

Lo que el escritor invitado leyó en el escenario era ininteligible, pero las palabras que lo precedieron no lo fueron menos: un galimatías acerca de Dickens, sus personajes y la sintomatología elegida para representarlo. Después, Florencia me dijo que el cuento era, como le había dicho Pepe, el que repetía siempre en público –Nopucid lo consideraba su *hit*–: la visita de un grupo de escolares a un escritor –una mezcla de Sabato y Onetti–, que había escrito en un suburbio equidistante de Santa María y Santos Lugares, una mezcla de *El túnel* y *El pozo*, en, precisamente, un suburbio porteño. El cuento se llamaba, equidistante, *El sótano*. Para colmo, la dicción pedregosa y en apariencia involuntaria de Nopucid, como si no pudiera dejar de hablar, consentía en la órbita iluminada un rocío de saliva visible capaz de disuadir a cualquier persona de acercarse. Solapa, arco voltaico. Florencia tuvo que hacerlo, porque el guía solo dejó de leer cuando se quedó dormido. Con dulzura, Florencia lo interrogó, le tocó el hombro, lo sacudió. Anya, Leroy y Syd(ney) –especie de *troupe* de trapecistas, que en ocasiones actuaba de *claque*–, y que no eran patovicas (como se encargaban Florencia y Lara de informar), tuvieron que arreglárselas para bajarlo del escenario (tres escalones

por lo menos). En medio de la acción conjunta de sus predicados y camilleros, el escritor se despertó en el aire, dio una voltereta espasmódica a velocidad segundero y siguió caminando por su cuenta sin parpadear por una línea invisible del escenario. Intentó a continuación una especie de caminata tartamuda y sonámbula por los alrededores de la sala o de sí mismo. Permaneció en el aire más tiempo del que puede un hombre en un salto mortal desafiar la gravedad, mucho más de lo que un hombre sumergido contener la respiración, exorcizar la apnea. Inició, después, su larga travesía averiguada por la sala, una especie de recuento de pasos.

Levitaba caminando sobre una cuerda floja, no sobre una cornisa, como si el aire –¡el aire!– fuera capaz de descubrir entre el silencio de las cuerdas del *ring*, o entre las de un pentagrama, vacantes líneas rectas, directas. Dejó de hacerlo cuando otra masa de aire sólido como un iceberg suspendido le permitió caminar como un oso polar, y empezó a desplazarse en círculos de diámetro cada vez más amplio, como si siguiera la órbita de distintos planetas que presidiera un centro distraído. Había en Nurlihrt/Nopucid un talante cansino, por el que uno imaginaba enseguida que se hubiera desplazado mejor si fuera un cuadrúpedo, una criatura con un pelaje sospechado por Gorey. No obstante, caminaba en dos como el perfecto y afectado bípedo implume que se había acostumbrado a ser: una criatura bipolar, bipsíquica y casi bivalva, visitada por las canas, el color y el blanco puro... ¡Un refinado moribundo! Llegó el momento en que, a causa de la repetición o porque escondía un magnífico actor (mejor del que esperaba) –¡la encarnación de Mr. Teste en Mr. Hulot!– , el paso encontró un compás ritual amenazante, como si lo siguiera una comitiva de monjes peregrinos. Por suerte duró muy poco y, en un giro, como el de ese patinador de Raeburn sobre el congelado lago Duddingston, se reincorporó al paso isométrico, regular, singular, al paso unívoco de viudo sin

tango en París. Era como si recorriera el cuarto despreocupadamente, pero sometido a las débiles reglas de la perspectiva caballero que a los espectadores nos sobra. Como si lo hiciera de acuerdo con el esquema cerrado de un enigma policial, o como si representara el monólogo sin palabras de una novela clausurada (¿*Voyage autour de* ma *chambre*?). Como si la noche en silencio, politeísta o no, solicitara ese *acte gratuit* de magia sin autoridad. Acaso por eso mismo, cualquier espía pudo darse cuenta de lo que ocurría.

Nurlihrt/Nopucid era un hombre feo como un cascarudo, con su barba cana de *ayatollah* y el secreto a voces de sus múltiples inasistencias e imposturas como prótesis innecesarias. Por algo Burundisium, que presenciaba la *performance* entre bambalinas (había llegado tarde y a nadie enteró) se dijo para sí: "Sigue siendo la misma increíble cosa que alguna vez vi: una cápsula inviolable de sabiduría narrativa en todas las direcciones. No sé para qué vinieron hoy puntuales los noche bocarriba. Todos seguimos siendo las mismas víctimas. Solo él y yo sabíamos lo que iba a ocurrir, y ellos no pueden siquiera darse cuenta...". Entonces Greve se dio cuenta de que Lara estaba de vuelta y al tanto.

Cuando Beti subió al escenario para continuar, parecía enterada también. Dijo:

–Nopu, gracias por todo. ¿Sabés que yo nací en el mismo lugar que Dickens, en Portsmouth?

O sea, pensaron todos, ella había entendido algo de lo que Nurlihrt leyó.

El acto frustrado o fallido del "escritor" habilitó a volver al escenario, a quien habían repuesto en su lugar, tras un bosque de vasos altos y botellas. Pudieron de esta manera completar la obra.

Según Guido, la composición de *La noche...* había tenido, aparte de Mingus, dos aportes decisivos: un sueño de su novia en el que una especie de mago, con un gorro *ziggurat*, le decía en francés: "Así como todas las religiones son una, la noche es politeísta" y un policial –sin mérito que había leído en su viaje de ida a North Carolina, llamado *The Hammurabi Murders* (trató de suplantar esa debilidad genérica endémica entrecomillando las palabras en inglés). Guido mismo lo explicó a la disminuida audiencia con su voz estentórea y clara, antes que las "notas de pasaje" (Guido seguía hablando el idioma de Koechlin, ya que en Black Mountain había sido discípulo de un discípulo de un discípulo) nos trasladaran a una de las secciones más lindas, mejor hilvanadas, con el contrabajo estribando el apoyo rítmico mientras unos arrullos de ausencia emergían lentamente de los *clusters* de Fernando y salían a perderse a gusto –a esa altura era mucho–, flotando entre lunas sarracenas y nubes nilóticas con el *hi-hat*, el pedal y el redoblante. A esa altura, Guido explicó que, si la composición había requerido todo lo que se dijo antes, la descomposición de la noche había necesitado mucho menos: nuestra presencia esa noche celebrándola. Chin chin, Celibidache.

Él nunca se daba cuenta aparte de las que se hacen, de las cosas que pasan, pero le pareció que la ovación, los aplausos, los silbidos, y hasta la pudorosa disfonía con la que unos gritaban "otra" y otros "bravo" eran parte ensamblada de la suite *La noche* (y que añadía) una especie de compás gratamente conclusivo.

Eloísa Betelgeuse, que iba a leer su ciclo de poemas narrativos *Vendaval del prófugo*, fue informada con inusual firmeza por Florencia (sin renunciar a la dulzura) de que ya no podría. "Otra vez este choborra del orto. Siempre se interpone, con su dichoso cuento "ejemplar". ¿Cuántas más va a joderme el acto antes de

morirse de cirrosis?". Dijo después Florencia que dijo Eloísa, refiriéndose a Nurlihrt, a quien descubrió de nuevo inconsciente, tras la cordillera de vidrio. Al salir –él había vuelto a salir, a hacerle compañía a Mycroft–, Lara le alcanzó la botella que el escritor había pedido, nada menos, el mejor sabor del mundo. Boscoso y cerrado y tan poco comunicativo como el humo y la turba. Pero con una sapiencia introspectiva que permite consultarla como una sibila toda la noche politeísta, aunque todos se hayan reconvertido al monoteísmo.

Sentado en el cantero, él tuvo que darle crédito a sus oídos: "Desde que se enteró de Dylan Thomas, sigue haciendo el mismo triste papel. Y en eso sí fue precoz: se enteró temprano. En cuanto a que le salga un verso: ni por pasteles". Se comentaba que en algún momento, en algún recodo del tiempo anterior al vínculo de la gente reunida allí con el paso del tiempo, Eloísa y Nopucid habían sido novios. "Pareja", como se disculpa el concilio actualmente.

Él se había llevado, con otro cigarrillo innecesario después del Lagavulin, la *particella* provisoria que Guido, con su celo *pointilliste*, le había dado. Pero no era esa, se dio cuenta enseguida, sino una que se había caído de la carpeta cuando subieron la segunda vez al escenario y que él recogió junto con algunos papeles de Urlihrt sin darse cuenta al bajar: la de Fer. Combinadas componían una especie de *collage* a lo Burroughs: "debe ser como el canto de Nahum ante la caída de Nínive, como Milton que justifica el caer sin la anuencia de Newton, por redundancia física; como Joyce, que no lo justifica solo por desinencia y disonancia maléfica". Después de una larga sangría en la que se atoraba una "ce", después de una larga descendencia blanca, espacial, otro enigma, en caligrafía entomológica: "Dios, qué mal nos va... Como Jacobo Fijman, como Madariaga, como Mandinga".

Dejó atrás la música inequívoca atrás, equivocándose. La noche es politeísta, pero los dioses tutelares son pocos. Ralos y esquivos, se escudan en los puntos cardinales (que son menos, son tres, como contó Huidobro: el norte y el sur) . Iban a la deriva, en ciudad no propia, en ciudad desmantelada, vuelta a montar, en ciudad ajena. Abandonados por voluntad de dios uno o politeísta de dioses –plural inconvincente–, en isla a tientas, en isla náufraga, en isla a sus extremas expensas (en atolón del que se ha raptado de una virgen la súbita presencia). Es cosa menos incierta de lo que parece. En eso estuvieron de acuerdo aun antes de subir al automóvil. Se sacaron unas fotos.

Después supieron por otro de los *invitados* que Pepe Burundisium, quien era efectivamente amigo del escritor borracho –y muy amigo de Eloísa, de quien recibió quejas–, prefirió –¿quién sabe cuántas veces habría visto lo mismo?– borrarse para evitar el papelón.

Alguien contó que una vez, en un bar, le habían llevado la cuenta de lo consumido a Greve y que este se había negado a pagarla con este "argumento":

–A mi apellido le falta el acento grave. Puedo asegurarle que no lo reconozco. Pasa lo mismo que con Jeffrey Bernard: cuando comienzan a contarse estas anécdotas, la leyenda ya no puede pararse.

* * *

Pero también reapareció Lara. Nos llegó a todos el rumor, nadie sabía dónde ni quién lo había generado (otros dijeron que sí después, que provenía de alguien presente durante toda "la transmisión", que había preferido sin embargo dar parte de ausente) de que la noche era politeísta porque –porque precisamente, decían– había

sido manipulada, prestidigitada. Había habido, inicial, un desbarajuste de tiempo, un desmoronamiento; después, *recién después*, era comprensible, y así se tabulaba, el anacronismo –el viaje inverso, Guido, el viaje de la ceniza a la semilla–, y después (después empezaba a adquirir un peso que nada tenía de provisorio: después era el dominio en el que ocurría todo, el país o el territorio verdadero del tiempo, ya nada era ahora, el país del después) el adelgazamiento *contra natura* del instante, su paso de sólido a líquido, antes de conquistar, vía Chejfec, el estado gaseoso: las andanzas de Nopucid en el espacio interior del Benarés. Bien, todo eso, nos aclaraba Lara, fue, según José, según Pepe, "una transmisión". Algo que se organizaba de acuerdo con un programa que no nos pertenecía. "¿A quiénes?", se apuró en preguntar Fernando. Lara se tomó su tiempo. Acaso su respuesta también estuviera "programada".

–Algunos días no todo lo que ocurre en este mundo nos pertenece. Eso lleva a una especie de deriva pronominal –continuó–: nosotros somos una secta, una comisión, una jauría. Somos los que vivimos acá, somos los que defendimos Malvinas, los memoriosos, los ausentes: ampliación dinámica y progresiva –¿potencial, exponencial?– de un diagrama de Venn.

Y, bajando la cabeza:

–*Nosotros, que nos quisimos tanto* –entonó, canturreó, exageró– *debemos separarnos*... Parece que hubo, mientras estuvimos acá, digamos, desde que dio comienzo "oficialmente" la noche de Benarés, cuatro etapas, cuatro desenchufes, que nosotros deberíamos haber advertido, o por lo menos uno de nosotros. Guido, ponele.

Concluyó Lara: "No me pregunten más".

Pero seguimos preguntando: ¿Por qué Guido? ¿Quién se lo había dicho? ¿La distorsión en el plano entonces no era obra de la arquitectura malvada de Merellano Meyranx? ¿Teníamos que tabularla

como uno de los cambios involuntarios de los qué habíamos sido "víctimas"? ¿"Víctimas era la palabra"? ¿Por qué nos lo contaba ahora?

Pero no era tiempo en el que nos pudiéramos detener. La noche misma se había descompuesto, como esos ejercicios de panlingua solar, en una noche adjetiva. Algo aún menos estable, menos asistido. Como bien Lara nos había explicado, la noche toda, la noche entera un pleonasmo de después.

LOS ZUKOFSKY

Not every ghost has died before he haunted.
Terence Tiller

Trato de volver a empezar: No me molesté un solo día por los ruidos ("perturbadores", hubiera dicho mi vecina, que tenía una afinidad penumbrosa con Gekrepten, aunque ella pensaba que con Holly Golightly), pero los Zukofsky se mueven a sus anchas en un departamento tan breve que incluso el peso de *una* partícula o una *particella*, por gravedad, comenzaba a pertenecerme. El hijo tocaba el violín, el padre parecía algunas tardes hojear (y hasta acariciar) partituras interminables. En un mal sueño que tuve, las notas caían al suelo, algunas tintineaban, como en una fábula de Disney, pero no todas, pero no todas... Las últimas solían despertarme.

Graves, guturales, horribles. Algunas veces encontré al hijo, apuesto pero excesivamente alto y encorvado, con su pequeño ataúd a cuestas, en el ascensor, donde a menudo incomodaba yo, en ayunas, a su padre. La madre, que creí con una oportuna disponibilidad de ausencia, me sorprendió. Tiene una mirada de vigilia aguda y permanente en su cara ojival. ¿Qué de lo incierto adivinaba en mí?

Benigna, apreciativa y un poco misteriosa, anoté luego (trabajar en esto me ayuda a no recaudar adjetivos).

La vida es así en estos agujeros, en esta topografía urbana y doméstica y rediosa hasta el susto, sobre todo para alguien como yo, que creció en el campo. "*Yo creció en el campo*" parece la oración ideal para iniciar un diario, un *journal intime*, ese que todos los días pospongo.

Mi vecina pasa casi todas las tardes en casa. Me recuerda la infancia, cuando mi mejor amigo solía hacerlo, para desconcierto de mi madre. "¿En qué turno está inscripto Gregorio este año, hijo?".

En contadas ocasiones nos cuesta retomar la conversación con mi vecina, *casi* siempre dedicada *casi* intempestivamente –exclusivamente– a su segundo marido, que suele volver *intempestivamente* a casa. Estas profusiones adverbiales las traslado directamente de la traducción que me toca hacer. (*Que estoy haciendo*, lo primero que pensé, más neutro, impone su improbable simultaneidad gerundiana en esta lengua inconquistable).

Mi vecina es una morruda neoyorkina (pero todo debe atenuarse: no grandota, no gendarme, con algo definitivamente fofo en su carne débil), de cabellera casi escarlata (sí, sí, como la modelo esa que compartieron Courbet y algún prerrafaelista). Mucho pelo con algo de pelaje animal y suavidad extrema (¿no dice Baudelaire que confundía el olor de los pelajes animales con el de la piel de las mujeres?), en la liviandad de movimientos (contrastan con la robustez) y en la textura y complexión, blancura fantasmagórica (contrastan con su ánimo, de naturaleza fúnebre). En alguna medida, y gracias a esa tonalidad otorgada al tacto por indescifrable, indiscernible sinestesia, hasta a mí me resulta atractiva.

Me trajo, para mi desconsuelo y *saudade* de *émigré*, un libro que compró en el museo sobre la escuela en París de los primeros pintores argentinos.

Ella supone que él supone que ella tiene una aventura y que vuelve para sorprenderla. Es el marido el que ella supone, el que, según ella, ha supuesto siempre. Un marido denuncia o delata esa condición circunstancial. Un hombre joven, que parece demasiado joven, con algo retrospectivo y súbito de apacible gandul. La revelación (el regreso, el aire de apacible gandul) implica para ella algo grato, casi satisfactorio. Supone también ella que él nada supone, y que vuelve así para que ella suponga que él supone, para crear una especie de atmósfera, las suposiciones una especie de certificado en blanco de que esas activas fantasías adultas garantizan algo. Algo relacionado con la expectativa y la interrupción de las rutinas sexuales demasiado prolongadas. Ruinas sexuales.

El marido anterior, en cambio, era acusado de buscar "atmósferas *propicias*" y de ahí tal vez proviniera el contagio de artificios. La atmósfera es asfixiante en estas guaridas hediondas y pobres, a espaldas de cualquier cosa significativa que en el mundo pase.

Los temas de conversación a los que fielmente volvemos nada tienen que ver con cosas significativas y se refieren en general al segundo marido de mi vecina o, en su defecto, al primero.

Ella necesita, se había dado cuenta, me confesó, confesiones de amor. Las había recibido a raudales cuando era joven. A veces se corregía: cuando era *muy* joven. Y las recibía también hoy, de su segundo y de su primer marido, a quienes de algún modo obligaba. No es que esas confesiones necesitaran luego algún tipo de comprobación o prueba. Las confesiones le gustaban *per se,* como daba por sentado ella que nos gustan a todos. Con su primer marido, el caso no era dramático.

Por tratarse de un obsesivo grave, que la obligaba a asistencias intermitentes, era propenso, cada tanto, a hacer exámenes de conciencia, a los que sucedía, consecuentemente, una confesión de amor, o,

mejor dicho, una arrebatada confesión no necesariamente de amor. En esos casos ella observaba cómo el desataba y desanudaba las manos y hacía sonar los nudillos, como un personaje de la literatura adulta, célebre porque parece pero no es –Tólstoi– un indulto en relación con el adulterio, sino un sermón acerca de sus consecuencias.

La confesión no la halagaba ni la persuadía, aunque a él, al parecer, lo animaba sexualmente. Ella no había sabido agradecer esos servicios, y por eso se encontraba ahora en esta especie de encrucijada de asfixia. Nada la apaciguaba, la contentaba. Tardaba en encontrar el aire.

Con su segundo marido, cuya frecuencia de excitación era aún más frenética, ella entendió que el histrionismo desplazado del primer marido era el que había hecho durar el matrimonio once años. (A veces ella decía "había hecho durar *tanto* el matrimonio"). Aunque la frecuencia inicial de su segundo marido era mayor, y aunque ella se sentía un poco culpable con él (habían comenzado a acostarse en el departamento que compartía con el primero, tres pisos por encima de nuestras cabezas, mucho antes de pensar siquiera en separarse), el sentido despreocupado del primer marido en "armar la escena" le parecía ahora menos insatisfactorio que las cautelas y precauciones del segundo para "preparar la atmósfera".

Me encontraba temprano con él en el ascensor cada vez que me proponía madrugar para conseguir algo especial en ese barrio de cosas comunes, casi comunales. Así debía comenzar. El mal aliento *comunal* del viejo terminaba despertándome de sopetón, por sorpresa. Una vez, más tarde que de costumbre, lo vi con un frasco en el que parecía proteger alguna efusión espontánea de su un poco pomposa vejez y decrepitud. Una primera edición, por ejemplo, de su orina. Cargaba esa cosa lastimosa, con algo que debía considerar dignidad, la *robe de chambre* granate, con ornatos

búlgaros gastados apenas a la altura de sus gastadas y chatas pantuflas color ratón, como una especie de vencido actor del *Old Vic* al que le hubieran dado un papel secundario, de mero viejo, de característico, en la refundición de un clásico en los setenta. Sin embargo, y con toda su reserva, pareció indicarme con la mirada el lugar al que debía dirigirme yo sin siquiera hacer un gesto adicional.

¿Habrá mostrado él la misma perplejidad en que yo lo hubiera entendido tan rápido?

La cuadra ocultaba, tras un pequeño portal de corralón que tenía el nombre de pub –Almond & Alabaster–, una tienda oscura y lóbrega con cortina de tiras de hule multicolores. Allí conseguía yo de un Oriente –punto cardinal– indiscernible, todo lo que necesitaba para que Holly Golightly me creyera en el crepúsculo de la tarde un hedonista: alcaparras y espárragos, setas y alcauciles, anchoas de Cerdeña, pimienta de Cayena y dátiles de Esmirna, aceitunas negras y resinoso vino griego.

En realidad, ella prescindía, podía prescindir holgadamente de todo eso. Mi vecina permanecía agazapada, pude entreverla, tras unos escombros, en la esquina. Ella había comenzado a buscar, me dijo, "el brusco ejercicio sin amor". Lo dijo, como se decía en mi pueblo, muchos años atrás, "buscar un hijo". Por qué no se animaba a solicitárselo a un profesional, le pregunté una vez. Recuerdo su respuesta acongojada, fuera de tiempo, desajustándose a medida la pronunciaba sin ninguna entonación, pulsándose la pantorrilla para averiguar si la media había quedado suficientemente ajustada, sin ningún énfasis: "Porque no sé si es cierto".

Como si una espesa corriente de niebla trajera hasta este renglón, hasta esta esquina (la estrofa aislada en un estuario de rimas) el vapor del palier de nuestros vecinos, los Zukofsky, trasladé el perro y los modales de Peter Ibbetson a la página que estaba traduciendo.

En efecto, traduzco por placer, por puro gusto, esa rara joya detectada por los surrealistas, solo que lo hago, a esta hora de la noche, a un idioma que sobre todo ignoro, no el castellano, en el que "vigilo lo que no conozco", sino una espesa vegetación de sombras.

Copio de mi cuaderno de enfermedad:

Con cordura (concolor) del todo inmerecida, innecesaria
este invierno termina siendo entre los niños del reino de Poictesme
la estación más aburrida, que gime y busca
el escondido sol negro de la melancolía en un hotel de mala espina,
fea estrofa.

Lo empiezo a escribir así, creyendo que iba a ser un poema, y sin lástima lo abandono...

No sé lo que hacen los Zukofsky, pero se las arreglan para reducir un ruido bárbaro a una especie de estridencia en sordina, que parece el sonido del pensamiento del padre, con quien, como ya dije, tropiezo a menudo en el ascensor.

No está bien comenzar con una comparación, y menos con una tan improbable como la de mi apertura, pero es el modo de hacerlo hoy, cuando por efecto de una especie de saturación trivial, pienso dedicarme a desmenuzar ese confinamiento incomprensible empañado solo por los buenos modales y unas ofrendas cada vez menos esporádicas y definitivas de compota o de *borsch*.

Dios mío, la sola mención del *borsch* me hizo pensar de nuevo en Cortázar, a quien uno no querría terminar pareciéndose, qué bronca porque a mí no me molestaría.

Se los oye sobre todo de noche, y nadie podría asegurar que están escuchando música juntos, aunque no tengo dudas de qué es lo que hacen. La música, sobre todo, es lo que no se oye. La nariz del padre es un instrumento notable, pude averiguar el otro día, mientras el ascensor bajaba. Por el tamaño y por la forma podría asemejarse a esos retratos de tubérculos de Arcimboldo, pero hay algo terminantemente no vegetal, no botánico, en esa pirámide de carne en la que convive una especie de comitiva vibrátil de lombrices que son venas. La meneaba con satisfacción sabiendo que yo lo miraba, los anteojos inclinándose contra la cara. Me dijo algo incomprensible, ante lo que sonreí. Suelo hacerlo como ejercicio, un ejercicio más de comodidad que de cortesía. El individuo de una especie singular, en extinción. Es un ejemplar tan raro que no logro adivinar en él la profesión intelectual. Resulta indescifrable, aunque debemos admitir que el repertorio es notablemente limitado. Incluso mi inclusión de los científicos dentro del conjunto de los intelectuales excede los beneficios conceptuales del diagrama de Venn. Porque no puede ser meramente científico, hay algo que doblega en él esa paciencia de la curiosidad puesta a prueba por un alarde de agnosticismo.

Llevaba un frasco de aceitunas negras que al parecer se proponía cambiar, aunque estaba por la mitad. Puede haber locales en esta zona que los recarguen también. Vestía como lo he visto vestir siempre: suéter o cárdigan, camisa y corbata. Tiene unas cejas estremecedoras, que parecen las de las máscaras de Groucho Marx. Y algo de Groucho avanza subrepticiamente en él, contenido por la timidez asfixiante. El hijo no se le parece. O el parecido no es algo que pueda yo ver, apreciar. Es necesaria una destreza o una sagacidad de la que carezco por completo. Proust habla de que el aire de familia que se detecta más rápido yace o reside en ciertas inflexiones, en ciertas tonalidades, en ciertas quejumbres

de las cuerdas vocales. Longitudes extremas de la semejanza en la nube del desconocimiento. Alguien me contó una vez que los ruidos intestinos y estomacales de la familia son de una similitud asombrosa. El ruido, ese hilo de ruido que me parece oír cuando por la noche los Zukofsky se reúnen puede tener algo que ver con esos, aunque parece un ruido muy interior, neurológico.

La conspiración de la que participan nada tiene de ritual. Por lo menos en términos de frecuencia mensurable. Me gustaría saber, me gustaría averiguar.

Un resto diurno anterior: me había hablado de ellos con desprecio una vecina insoportable. ¿Qué fue de ella?

Sonó el timbre. Algo raro, ya que muy pocas personas me visitan (mi vecina rasga como un roedor la madera de la puerta, con sus uñas de *femme fatale*), un hombre ancho con cara de afortunado y un bigote corto que le sombrea el labio superior indiscernible. Los ojos me esperan, como si me conociera. Simón Dalmacis, se presentó.

Se saca el sombrero en cuanto ve mi retrato de Beckett, sin reconocerlo. Ya el hecho de que usara sombrero algo decía.

Trató de explicarme el pedido con la mayor precisión y cautela. Estrenarían la obra en el otoño. Era una producción *increíble*, que había comenzado teniendo un éxito *increíble* en Londres, en el West End. La urgencia se debía a eso. No era larga, como yo podía ver. Un solo acto. Sesenta o setenta páginas. Eso sí, muy ingeniosa. Sobrecargada de juegos de palabras. El autor era Ron Middleton. Me dejaba también la primera novela de él.

Me gustó comenzar por ese libro (y agradecí no tener que traducirlo). Se llamaba *The Venom*. El exergo también me gustó, el epígrafe, la cita, el acápite: "*The waste remains, the waste remains and kills*".

La primera oración me gustó también, de modo que me la permito hoy, que he despertado afónico: "Nadie se parece demasiado a lo que se dice de uno, pero cuando pensábamos en X, llegábamos a la conclusión de que él acaso se pareciera demasiado a lo que se decía de él. Y lo que se decía de él no era mucho. Era lo que sigue..." (sin embargo, no lo transcribiré. Comenzaba con eso lo lamentable).

Temía también que el veneno hubiera sido, en los términos sin cálculo de las sobrecubiertas o las solapas, "letal". La urgencia de traducir la obra me daba el pretexto perfecto para interrumpirlo. Nada me ataba..., que temiera que el veneno fuera insoportable o lo contrario. La verdad incontrovertible de lo que finalmente resulta poco interesante es esta voluptuosa canjeabilidad.

Fui interrumpido por mi vecina. Parte de lo que antes suprimí no era tan malo: "se imita a sí mismo hasta dar de sí una especie de mala copia, de copia redundante. Por lo tanto, falaz. Se sigue muy de cerca, espiándose. Y lo que logra descifrar de ese maniquí sin talante ni talento es de nuevo un doble al que puede llamar 'sí mismo'"

No todo lo que es fácil de explicar admite una explicación. Y no sé si las explicaciones son coartada o solución narrativa suficiente cuando se trata de vecinos como los Zukofsky. La facilidad es una especie de vacío entre dos sótanos: algo espacial que yo me imaginaría si alguien me diera el plano de esta casa.

De un día para otro, la casa pareció ocupada por otros, como si se hubiera establecido en ella el elenco inestable de la obra que yo estaba traduciendo. O ellos mismos –los Zukofsky– comenzaron a representar la obra que yo estaba traduciendo, nada difícil de imaginar a partir de la inclinación que mostraban por la dramaturgia y las dotes histriónicas que yo no había tardado en detectar, aunque solo fuera en los viajes de ascensor.

La obra de Ron Middleton que yo traducía, y que, según el síndico o el productor que me contrató, se representaría en Broadway esta temporada, se llamaba *Brother Karamazov, Brother Marx*, entrañaba (qué palabra) una serie casi incalculable de dificultades para la puesta en escena, algo que les concernía solo a ellos (¿un nuevo pretexto para arrastrar muebles?), pero primero, inmediatamente, de traslado verbal.

Ron Middleton no tuvo éxito hasta mucho después. Fue necesario el primer asesinato de los Kennedy (Dallas, 1963) para estrenar *Her Reticence*, que acomodaba los restos de la tragedia en el regazo de Jackie Bouvier y le daba prioridad a su elegante salto de *écuyère* para librarse de la materia humana derramada en su vestido color frambuesa.

¿Era un ritual? El viejo Z. lo atravesaba en diagonal, con su primera emisión de orina lóbrega. Era como uno de esos deportes que no voy a entender nunca, en el que hay que alcanzar algo a otro con minúscula , que no solo lo recibe, sino que se lanza a correr. ¿El arco del hijo era una batuta? Desde el comienzo tuve dificultades con la santísima trinidad. No con todos, no con todos los demás. Con el Paráclito solo. Con el performativo paráclito, válgame dios. Paráclito, Pentecostés, Pendragon.

Había confesado a su hijo que le hubiera gustado averiguar alguna vez el parentesco con Vassily Zhukofsky. En realidad, se había sentido más relacionado con los nombres de pila que con los apellidos, pero Vassily Zhukofsky le pertenecía plenamente, suficiencia del genealogista. De la leyenda del antepasado presunto, le gustaba sobremanera el motete o la letanía, repetidos hasta el hartazgo, de que sus traducciones –las de Vassily Zhukovsky–

mejoraban en gran medida los originales. Esa era una ciencia verdadera, que hermanaba y exaltaba genealogía, arte y patria. Meliorismo trascendente. Alguien, un verdadero patriota y artista, un prócer, solo tenía –tiene– que ocuparse de eso, sistemáticamente: de alcanzar, llegar a esas alturas, de nivelar –en el dialecto de la tribu– las altas majestades extranjeras y la llanura de la lengua extendiéndose, expandiéndose, llenando, con su plenitud vacía, los alvéolos y la conciencia, atenta, parsimoniosamente.

Había confesado eso a su hijo. Y, la única vez que conversamos, su hijo me lo había confesado a mí.

Lisa y llanamente.

Había perdido ya toda orientación con los vinos, de modo que decidí llevar mi botella intacta de resinoso vino griego.

–Perdí toda sensibilidad con los vinos desde que estoy aquí.

–¿De dónde es usted? –preguntó respetuosamente el viejo con su inglés espeso de inmigrante de quién sabe dónde (ya lo averiguaría con creces).

–De Mendoza, la cuna del vino...

–Ah, México –dijo Zukofsky padre.

–No, Mendoza, Argentina, la cuna del vino..., pero perdí toda orientación aquí.

–No importa, este nos mantendrá un rato entretenidos.

Había un cuadrito pequeño, que confundí con una obra original. Pero era la época en que se enmarcaban las reproducciones.

–Lo hizo la señora –me confió, con una simulación de reserva Louis, bajando la voz y luego, poniéndose los anteojos, señalando a su mujer como me había señalado la pequeña tienda.

La señora Zukofsky había perpetrado un pantanoso guiso en el que flotaban con despampanante neutralidad tubérculos que en un retrato de Arcimboldo hubieran reemplazado las facciones de su marido. El hijo había tenido un compromiso, un ensayo. También la comida parecía un prolongado ensayo, en el que los modales de los Zukofsky no se adecuaban a las pausas, para no hablar de las pausas angustiosas de la conversación, que dejaban oír un continuo de latidos, jadeos, carraspeos, submarinas (o subterráneas) masticaciones y digestiones. El viejo –Louis– había decidido que su curiosidad podía reemplazar cualquier atisbo de cortesía (por considerarla una especie de simplificación enfática de la cortesía); la señora Z., estrenar una dentadura postiza nueva. La hora pasaba con la lentitud de un éxodo de tortugas mientras Louis me explicaba el descenso de sus padres desde una planicie inhabitable a una ciudad xenófoba. Las exclusiones de sonidos correctos no puedo saber hoy si eran una tara hereditaria o un talento fuera de lo común para hacer, de todos los acentos, un dialecto inclusivo del ruso, como en Jakobson (que fue durante un corto período, mi profesor en Princeton). Louis no sabía quién era Jakobson, aunque recordaba que alguien, no hacía mucho tiempo, le había hablado de él. Algo que dio curso a una digresión de Louis acerca de la circularidad del tiempo y la repetición cíclica de las escenas. Tal vez habíamos tenido esa conversación, una conversación *igual*, hacía ya unas semanas. A la señora Zukofsky la dentadura verdaderamente la incomodaba. Extrajo, lo más subrepticiamente que pudo, un insecto prodigioso de alguna de sus caballunas encías. Había leído hace poco, uno de los dos –pero él, como el viento o el Paráclito, ventrílocuo, políglota, se hacía cargo del (plural) relato– había leído hacía poco, un cuento que los horrorizó acerca de un muchacho que interpolaba un bosque de símbolos a cada uno de sus pensamientos. El cuento

terminaba con el timbre del teléfono. Sonó el teléfono. Siempre alucino que antes de remitir cualquier sonido los teléfonos de antes, los que se colgaban, se encogían de hombros. Oí a ella susurrar una admonición o una disculpa. Les hablé de un libro que yo había leído recientemente en el que el hijo –el hijo único de un matrimonio bien avenido y un tanto provecto–, que era esquizofrénico y matemático (no sé bien en qué orden), terminaba siendo el único capaz de detectar un bosque de hipocresías y semiverdades encubiertas en algún suburbio de NY. El cuento terminaba con un gesto: el padre viejo se sacaba cómoda y c ansadamente el audífono. La señora Zukofsky extrajo a su vez alguna nueva molestia atormentadora de su boca resinosa.

Me miró con su cara ojival que parecía ocultar el rabillo del lado que no veíamos de la cara, como un animal –un guanaco, una llama, un tilópodo– del zoológico.

–Hablando de matemáticos (si habláramos de matemáticos, como creí oír), cuando le preguntaron a Lewis Carroll si había escrito *La caza del Snark* como un libelo político, él contestó, con suprema honestidad, que no lo sabía. Nosotros sí escribíamos eso que nadie hasta ahora ha sabido escribir con deliberación con deliberación . Y no nos fue bien, como usted sabe. ¿Leyó a Rakosi?

Le dije que no y era absolutamente cierto.

–Le estoy ofreciendo mi biblioteca a las universidades, pero, en la medida en que soy un desconocido, ninguna ofrece mucho por ella. No tengo demasiados libros, tampoco. El presupuesto de que la biblioteca de un escritor es una biblioteca leída debería garantizar su condición antológica. Ya no hay lectores como Ben Jonson, como Robert Burton, como Gibbon, como yo supe ser en biblioteca ajena. ¿Sabe que en la biblioteca de Spinoza se encontró un libro de Góngora? Yo tengo unos pocos libros que le mostraré después.

Como dije (y creo haberlo hecho más de una vez), mi vecina rasguñaba laboriosamente la madera de la puerta. Era su modo de anunciarse, con una insistencia recelosa de roedor o vivérrido en ciernes. Venía perturbada, y lo atribuí, equivocándome, a que venía de estar con su nuevo amante, una mezcla de Chingachgook y Jett Rink, no de acuerdo con sus palabras (ella solía ser más austera en las descripciones, menos literaria). Venía de una reunión en la casa de Jemima Kenilworth, Abilena, que parecía su referente natural en todo lo que concernía a lo sospechado sobre el chic de la moda. O de la moda de otra época. Porque volvía con una inane constancia de alteración temporal, con la flor de Coleridge del sueño en su ramo de narcisos. En la reunión estaban, se jactaba, Diana Vreeland e Irene Brin.

–Anoche leí una anécdota en el libro de Vasari, acerca de un pintor de la época de Dante que tuvo una historia parecida a la de Dante, y tuvo en mí un efecto perturbador. Tal vez la historia se refiera al propio Dante y solo por pudor se le haya cambiado el nombre. (El grado de migración de las anécdotas suele estar en relación directa con la inexactitud de datos de la que es portadora, y esta historia carece de precisiones, o casi).

Este hombre se había enamorado de una niña que tenía la misma edad que Beatrice Portinari cuando Dante se enamoró de ella, nueve o diez años. El padre no se olvidó de que el pintor había sido algo así como el instructor o el maestro de oficios de la niña, y le concedió unas horas para que estuvieran juntos antes de que la boda con un rico banquero se consumara. Para que sostuvieran una conversación en el taller, el aula o los jardines. Pero ni bien comenzó el tiempo de esa licencia, la niña condujo al pintor a la hilandería donde trabajaba su nana y allí permaneció hasta que el tiempo mismo de la licencia terminara. Aunque las primeras

versiones del hecho no sorprendieran a nadie, y se atribuyeron a un capricho infantil o a una timidez repentina de la niña con quien había sido su Maestro, con el tiempo los rumores se multiplicaron y la desconfianza creció...

Entonces sonó el teléfono otra vez y Louis se abalanzó con una decisión elefantina a atenderlo.

Cuando volvió, no retomó la anécdota, y no tuve yo el grado de curiosidad necesario para recordárselo. Fuimos con el viejo a ver la biblioteca, un mueble no muy grande, pero algo nos distrajo. Louis Zukofsky se detuvo antes de señalarme los libros que le parecía que había que "rescatar". La voz parecía salir naturalmente de su cuerpo, pero no de la boca..., ¡de la mirada! Hasta nombres que no significaban nada para mí comenzaron a adquirir significación. Aldebarán, Betelgeuse, Behemot... ¡Qué raramente alfabético es el desorden del mundo!

Después volvimos a la mesa, donde ella había dispuesto unas humeantes tazas de té. No había tetera, no había recipiente del que pudiera haber sido vertido el líquido humeante, pero se sobreentendía que era una invitación a la despedida.

Sin desconsuelo, con una especie de acalambrado sarcasmo, agregó:

–Me habría esforzado más, si yo hubiera sabido cuando nos casamos que el ejercicio que terminaríamos haciendo juntos con mayor concierto es tender la cama conyugal todas las mañanas...

Había desplegado en las notas de ese día lo poco que podía componer entre los sueños que las mujeres me habían contado a lo largo de mi vida y los esbozos de explicación con que a veces me despertaba después de recordar algo que no sabía bien qué era.

Las formas contienen, me acuerdo que alguna vez comencé explicándome, unas de imágenes que nos confunden, en gran medida porque no nos damos cuenta nunca en qué medida algo las ha podido contener cuando creemos convertirlas –disciplinarlas– en palabras. En otros tiempos, cuando contaba esas cosas en voz alta, podía sin remordimiento perderlas. Era en gran medida ejercicio del abandono de la formas, que las dejaban caer o disolverse en el aire o volver a nuestras bocas, donde no importaba qué haríamos con ellas hasta usarlas la próxima vez. Pero ahora creía en algo que me había dicho el viejo Z. Guardaba palabras que, él decía, eran como perlas que después había que enhebrar, prestar atención a lo que significaran. Un día aparecía también el hilo para enhebrarlas en un sueño. No era una palabra. Era algo que nosotros sabíamos un señuelo (*bait*), y que, después de olvidarse, volvía una y otra vez, hasta exponerse a esa resistencia que es la continuidad. La inicua continuidad o la continuidad adyacente, decía él que le decían los chamanes. Persistía. Y entonces, sin confianza la primera vez, le íbamos agregando cuentas a ese enigma inveterado...

El modo en que mi vecina no se quejó tampoco puedo traducirlo (a veces el placer y el malestar combinados de estar juntos agotaba cualquier tentativa o intento):

–*I'm poorly made* –me dijo.

Una sola vez me quedé en el departamento de Gekrepten para cuidar a su gata, *Enoughua*, que tenía la proclividad maravillosa de hacer coincidir la punta de su cola con el último paso que yo daba. Se suponía que tenía que esperar ahí un recado del padre Urquijo, sacerdote católico de una parroquia próxima a quien no conocía aún (¿por qué habría de?), pero con quien, según ella, "podría hablar en mi lengua".

Tampoco era posible hacer demasiadas cosas ahí, excepto café, y revisar un poco el desorden. Me entretuve con la correspondencia amorosa ("No podremos desayunar. Gran decepción, que se prolonga hasta hace un minuto, cuando Gene se fue". [...]. "No pude ver la exposición de Spoerri. ¡Qué lindo es recordar tu nombre, se diría que te lo pusieron solo para que lo recuerde yo...". [...]. "Una y otra vez, una y otra vez, como si fueran proyecciones astrales perfectas, se anudan nuestros nombres y nuestros signos a la espera...". Intercalado, con otra letra: "El número Liapunov, nombre de cometa y de cráter... en los sistemas dinámicos inestables, la noción de trayectoria pierde sentido: dos puntos, tan próximos como queramos, se alejarán exponencialmente"...

El timbre de mi vecina interrumpió mi pesquisa.

El padre Urquijo era igual al único retrato que vi alguna vez de Thomas Merton. Los ojos inquisitivos y ávidos de los que habla Proust cuando se ocupaba de coleccionar miradas que se parecieran a la de él. ¿Me rehuyó? Me habló como si alguno de los dos se sintiera muy incómodo. Cuando se fue, Enoughua había hecho sus necesidades fuera del baño.

Graves, execrablemente profundas las notas de color. Hojeo el libro que me regaló Gekrepten sobre los pintores de "mi país". Son los primeros del siglo veinte, no necesariamente los primeros en algo. En artes visuales, la precedencia y la maestría pueden observarse mejor, aunque tal vez sea solo algo alucinado, una falacia sensitiva. Una sensación de precedencia, una sensación de maestría, y en realidad, "nada que ver"... Sí, se ve ahí (pero es lo único que se ve) cómo los volúmenes han crecido, aun antes de la incidencia de Cézanne, para incorporar cierta conciencia del espacio. ¿Cierta "nueva conciencia" del espacio? Se avanza a pasos muy lentos porque en esos términos el arte es una ciencia. Los pasos

ciegos, mudos en la oscuridad. Y en ciernes, toda la historia del arte, toda su vetusta mampostería, sus juegos y veleidades y analectas. Miro solo lo que me corresponde ver. ¿Qué quedó, qué ha quedado del verdor que (de) ver? En las espátulas, en las paletas, en los escaques exentos de color... En los atriles, en los caballetes, esos eriales. La pura sombra en retirada de lo que no hay que copiar, de lo que no hay que imitar para que la continuidad nos conceda esta gratitud por aquello que recaerá en nosotros. Podemos reconocerla, haciendo el esfuerzo: es una genealogía, es una herencia, proyecta una sombra.

No me gusta nada permanecer acá.

EL MAL DE UNO

Era rencoroso y persistente Pablito "Cocoliedro" Tesore, casi como yo. Pidió permiso para ir al baño. No exagero, levantó la mano. Después me pidió un cigarrillo porque "estaba dejando de fumar". Por suerte había un atado que se había olvidado Madrigal.

Cuando volvió, dijo:

–Me doy cuenta de que no soy la persona adecuada –en este caso, su única rebelión era con la sintaxis: no subordinaba por recato– para lo que me pidieron que haga. "Ellos" –pellizcó el aire de nuevo con comillas invisibles, en un nuevo acto de sumisión, esta vez a sus "protectores"– me dijeron que pensara en otro para la campaña del reencuentro. Que te hiciera compañía, que se pareciera más a vos. Y a mí se me ocurrió... el Chino Wiesbaden. Justo en el baño, mientras miraba eso colgado que tenés... ¿qué es?..., se me ocurrió. ¿Qué es eso que tenés colgado en el baño?

"Ellos" eran los de siempre –Moncloa, Sufeito, Ingrao–, ex compañeros de la secundaria con los que no había quedado yo en buenos términos cuando la terminamos. Finalmente, pasado el término prudente de espera y de castigo, fui, y ya está contado en algún lado.

–Vos te debés acordar, porque... ¿se llevaban bien con el Chino, Turati y vos?

Le dije que sí, que nos llevábamos bien. ¿Por qué Turati?

–Por favor, no lo tomes a mal. Todo el mundo tiene celular. Ellos a mí me usan como una especie de comodín y me piden cosas.

–Lo del baño es el regalo de un amigo. Fondo de Hiroshige, un *ready made*, te explico qué es más tarde. Mandame un *mail*, Pablo, después de consultarlos.

–¿Un amigo o una amiga? –preguntó Pablo–, porque está firmado con labial. Y no tenés que explicarme qué es un redimei porque lo sé, aunque mi mujer no lo pronuncia así.

(¿Quién era su mujer? ¿Qué hacían esas palabras en la despintada boca de Pablo?).

–Cierto que este es un país generoso. Y ahora –agregó–, guerfrendi. Dejá de hacerte el sonso vos.

Creo que no le gustó mi sonrisa, que no era irónica, solo un reconocimiento tardío de lo que había dicho.

–Si querés armamos una colecta y te regalamos el celu. El Chino es parecido a vos, siempre anda inventando cosas. Era un bocho, ¿te acordás? Escribió un toco de libros. De Educación y de los otros. Tiene más chapa y cocardas...

Los auriculares gigantes le daban un aspecto un poco sobrenatural a Cocoliedro.

Había venido oyendo indistintamente Phil Collins y Manhattan Transfer, según me dijo. A uno por nostalgia; a los otros porque "se los había perdido". Ahora asistía a un coro de desafinados que dirigía nuestro ex compañero Nelson Freire.

¿Se había convertido en director de coros, Freire?, pregunté.

–No, no, es kinesiólogo –me dijo Pablito Tesore. Agregó:

–Y desafinado, como yo.

¿Cuántos inspectores de apariencia más tendría que aguantar en casa?

–No me obligues a avergonzarme –me pidió, un poco después de pasarse un rato revisando los mensajes de texto que le habían llegado, mirándome con sus ojos présbitas, que, no obstante, eran de corto alcance.

La palabra para definir a Cocoliedro es y había sido siempre esmirriado. Procedía de una familia de Treviso (conocí a su madre y a su padre), fue la primera persona de la que oí que había sufrido un *surmenage.* Dirigiéndose a la puerta de entrada, que por suerte es, en beneficio de las supersticiones y la síntesis, también la de salida, se detuvo. Esperé que fuera por última vez. Empezó a contarme las fogosas –y fatigosas– fantasías a las que solía aventurarlo su mujer, pasada la medianoche. No tenían hijos. Ella sí, de un matrimonio anterior. Una chica, una hija. Se acostaban tarde. No antepuso la adversativa: lo dijo como si entre los términos –interviniera, mediara– una relación de consecuencia.

–Ella te conoce, aunque no leyó tus libros. Me pidió por favor que no me olvidara de dejarte su tarjeta.

[Y procedió a mostrarme una de esas imágenes que se llevan como equipaje en los aparatitos, aunque el celular no haya sustituido del todo a la billetera. Con la mayor indiferencia, fingí prestarle atención].

Me contó que hacía unos meses, por jaquecas intermitentes y desarreglos sexuales y de la memoria, había ido, a instancias de su mujer, al consultorio de un neurólogo.

¿Pero acaso la mujer de él no era –creí recordar– neuróloga?

–No, egresada de Bellas Artes, artista, *performer* y crítica; ahora, curadora.

Me debía de estar confundiendo con otro. Con otra mujer. Con la mujer de otro.

¿La de Wiesbaden?

La ex de Wiesbaden, sí era neuróloga. La mítica, la primera; la del medio, maestra jardinera; la actual, becaria del Conicet.

La suficiencia con que contestaba excedía cualquier satisfacción... Lo complacía mucho contestar estas preguntas con esa suficiencia que excedía lo satisfactorio, como si yo pudiera organizar para la próxima vez que nos viéramos una lista de preguntas acerca de la profesión de las mujeres de sus amigos.

Le habían hecho una serie de estudios sin resultados negativos, así que el neurólogo lo derivó a un psiquiatra, que encontró una anomalía a partir de ciertas dificultades con los recuerdos, que Tesore le confesó entusiasmado, y lo hizo retroceder otra vez hasta el neurólogo. Otro neurólogo, el primero de una serie más curiosa.

–Y ahí sí me jorobaron. Desde entonces, vivo pastillado.

Parece que se trataba de un mal de... Tesore no se acordaba el nombre que bautizaba los síntomas. En resumen, era algo así como que su memoria transportaba el detalle de una escena a la siguiente, e incorporaba ese detalle en el otro recuerdo sin fijarlo del todo.[1]

1. Todo tiene un largo desarrollo, y, a lo largo del siglo veinte, su acompañamiento onomástico paralelo. El mal que padecía Tesore empezó siendo "el mal de la enciclopedia" y luego "el mal de Bourbaki," hasta alcanzar (en 1969) la denominación actual, en apariencia definitiva, porque "a pesar de cierta inferioridad de precisión semántica, abarca un lugar sin límites de fidelidad conceptual", explica Ludmila Litvinoff.

El doctor Linus Latimer, discípulo de Elkhonon Goldberg, discípulo de Alexander Luria, había logrado aislar los componentes –si se dice así– del síndrome en una de sus víctimas. Se trataba de un aventajado estudiante de Bellas Artes que, ante una consulta iconográfica del Courtauld Institute, había añadido a *Las meninas* un perrito de Van Eyck, por lo que al mal se lo llamó un tiempo "la enfermedad de Arnolfini". Se empezó a hablar, en estos recuerdos "frescos" pero diferidos, de células fósiles y nómadas y de tablas de inestabilidad. Entonces al doctor Latimer se le ocurrió añadir un ingrediente inusitado e imprevisible –la velocidad– y obtuvo otro resultado, imperfecto pero menos alejado de la verdad. Era como descomponer la

–Ella te conoce, aunque no leyó tus libros. Me pidió por favor que no me olvidara de dejarte su tarjeta.

Y después de extendérmela, procedió a mostrarme una de esas imágenes que se llevan como equipaje en los aparatitos, aunque el celular no haya sustituido del todo a la billetera. Con la mayor indiferencia, fingí prestarle atención.

Lo que los neurólogos habían detectado en él, en cambio... Tesore no se acordaba el nombre que bautizaba los síntomas de su

---

solidez del tiempo, que no es sólido en absoluto, en grageas gaseosas, amenazadas siempre por una especie de identidad sobresaltada. Por lo demás, los ajustes fueron haciéndose en lapsos, si bien no prolongados, de atenta observación. Y si en el comienzo se le concedió al mal una propagación acaso imprudente en el catálogo de imágenes que cada cual lleva consigo, fue a partir de los estudios del Dr. Pinder Schlöss, discípulo de Latimer, que se concluyó en que las partículas de contaminación, en la medida en que eran aledañas, anejas, cercanas, incidían menos en el síntoma, volviéndolo confuso, borroso –cuando el mal empezó a acariciar sus límites. "Algo que se *contrae* en el tiempo, se contrae con anticipación, y en mayor medida, en el espacio", había afirmado Latimer, "pero eso no quiere decir que la simetría o la armonía preestablecida se hayan apoderado de la definición". Y a partir de esta conjetura disfrazada de certidumbre, el equipo que lo respaldaba –en particular el doctor Pinder Schlöss– empezó a darle crédito a la contaminación milimétrica de los archivos fotográficos del primer fotógrafo del movimiento. Desde entonces, los *tests* liminares se hicieron siempre con las imágenes de *Animals in Motion* y la enfermedad fue referida como "el mal de Muybridge".

No hay mal que por Viena no venga, aunque no intervenga la Wehrmacht. La investigación posterior a la enfermedad referida se empaca en una noción ajena a mi ex compañero, pero no a su mujer. El peregrinaje alucinado del o la *meme* de Richard Dawson en espirales cada vez más abarcadoras, en lemniscatas siderales que no exceden el tamaño de un átomo, dio pie a una formidable teoría que ayudó a desarrollar diversos estancamientos y diversas "ausencias de investigación en ese dominio" de mi parte.

No tardó el mal en convertirse en música. El curso desguarecido de arte contemporáneo que habilitó a nuestra musa compartida terminaba con *La mariée mise à nu par ses célibataires, même*. Y era ese adverbio tardíamente inclusivo –*même*– el que espiralaba a su vez al o la *meme* de Cocoliedro Tesore, le daba ese *atem*, ese hálito, ese *élan* persuasiva que llegaba hasta nosotros como el corpúsculo invisible e invicto de una *liaison* irreductible, ¿inalterable?

mal. En resumen, era algo así como que su memoria transportaba el detalle de una escena a la siguiente, e incorporaba ese detalle en el otro recuerdo sin fijarlo del todo.

La memoria de Tesore era un compendio de errores provocado por la sucesión.

El comercio entre esas imágenes no inventaba un tercer recuerdo, sino que contagiaba la escena con detalles de la precedente. Un crimen corrido. ¿Qué podía esperarse del mensaje, cualquiera fuera, que Pablito Tesore iba a transmitirle a "ellos", mis enemigos? Acaso mi memoria también fuera "eso" y yo todavía no lo hubiera averiguado.

Para que se fuera, le abrí la puerta a Tesore sin entender lo que decía. Habían tratado de pasar por debajo una encomienda gruesa que se negó a hacerlo después de haber lamido el borde de la puerta. La levanté, pisoteada (¿había precedido la llegada de Pablo?), y la dejé en la primera superficie de apoyo que encontré.

Contar sueños, convengo con todos los autores que lo desautorizan, nada revela y a nada conduce, pero pasé la vida admirando escritores que lo hacen. Salvo en las novelas chinas, arte superior, donde se cuentan sin interrumpir el relato de lo diario. La noche de la visita de Cocoliedro soñé con la novia de tercer año de mi mejor amigo de la secundaria, Horacio Lovisolo. Horacio exhibía la mayor parte del tiempo, como trofeo de la falta de interés por su persona, una especie de anillo de moco que iba de la fosa nasal derecha a la izquierda (o viceversa). Inherente, se decía, perdurable. Que a esa altura parecía de nácar. Al revés del desplante con que la edad es capaz de aceptar que el tiempo nos presente por segunda vez una réplica deteriorada de nuestro primer amor, la falacia de la edad absoluta mitiga con detalles accesorios, de vuelta el mal de Muybridge, las imágenes que vemos por primera vez. ¿De

verdad vemos algo por primera vez? En mi sueño Dolores parecía tan secreta y privada de corrupción como un sueño ajeno. Era de una naturaleza inalcanzable, no porque rechazara el contacto, sino porque parecía solicitarlo con implícito desdén. Las calidades parciales –tablas inestables: el pelo y el perfil único– sobresalían.

La besaba sobre una superficie almohadillada, algo tan blando en cualquier caso, como para permitir que nos hundiéramos en una materia blanca o gris sustancialmente repugnante. Ella se había sacado el corpiño, que en esa época estoy seguro no necesitaba, y unos *brackets*, que llamábamos entonces "aparato", y que ninguna chica con un resto de cordura se habría animado a lucir a la luz del día.

Dolores en *caftan* nos había iniciado en una especie de misticismo indio por entonces en boga, guiándonos primero a un *ashram*, y después, en nuestra laboriosa fuga inmóvil, vía la leyenda del tamarindo, a una especie de Katmandú, atiborrando de incienso los lugares de tránsito y haciéndonos creer que lo que guardaba en su morral o en su *yica* –a veces convidaba– era *haschisch* traído de Tánger o de Ibiza, paraísos equivalentes para nosotros –o para mí–, donde su tío paterno vivía o había vivido. (Tenía un gusto subterráneo y repelente a raíz acidulada, y olía a mierda, así que tal vez "fuera" *haschisch*). Aparte, nos había convidado con la receta de Wilhelm Reich para acaudalar orgones. Reich era el único teórico que Horacio Lovisolo le dejaba con indulgencia leer, porque maridaba –hubiera dicho Dolores hoy– el marxismo con el psicoanálisis.

Con Horacio, mi mejor amigo a esa altura de la secundaria, pintamos un convento de la calle Arroyo, creo ya haberlo dicho, mientras leíamos el *Anti-Dühring* de Engels. Con la plata que los hermanos nos pagaran nos iríamos de mochileros a Caleta Olivia. Horacio me había regalado su *rotring*, su tatami, su kimono,

y, sin el consentimiento de los padres, el escritorio de ocio y la biblioteca Thompson de un tío –hermano de la madre, parte rica de la familia–, que murió soltero en la pobreza (era escribano, pero había terminado siendo solo rutinario escritor en la ruina). Y dos corbatas. Tal vez porque no tenía gusto yo: para instruirme en eso también. Poco concesivo como era en otros aspectos, menos materiales –esclavo marxista, lo increpaban, lo increpábamos– nunca nos cedió un ápice de su novia a nosotros.

Después de su ruptura con Horacio, Dolores nos rebotó al Bebe Pestalozzi, a Mumi Moncloa, a Ingrao, a Sufeito, a Turati y a mí, y predispuso contra nosotros a todas sus amigas, convirtiendo el harén en una hueste de malevolencia. En particular a Irene Aschero, que ya había sido mi novia, y que durante años abjuró de mí como si fuera de una plaga prematura, como la *coqueluche*. Acá no sé si la palabra "abjuró" es la que corresponde.

El sueño, que no tenía fin (o que mi represión obliteró) prologaba un ensueño largo, también en posición decúbito supina. Un eclipse nupcial permitía a muchas de las mujeres de los otros que yo deseaba –¿a todas?– participar en una ceremonia adúltera financiada por una secta o sociedad criptoerótica, de arsenal y recursos inagotables. La secta procuraba a sus adeptos guantes, máscaras, antifaces, consignas –Istonio, Fidelio, Idomeneo–, preservativos y botas de montar o de siete leguas para la despedida de los labios de las piernas larguísimas de Nicole Kidman (resto diurno establecido con imperturbable nitidez: estaban pasando la última película de Kubrick por la tele cuando me quedé dormido). Hipnagógicas, unas jóvenes luminosas con uñas azul oscuro y opacos y espléndidos muslos plagados de tatuajes, *ahogaban* calabazas de *Halloween* con las facciones reconocibles de mis ex compañeros de secundaria (Lovisolo, Pestalozzi, Tesore, Wiesbaden, Catanzaro, Freire, Moncloa, Sufeito, Ingrao). Otras, con pulseras y ajorcas en

brazos y antebrazos –catadoras, curadoras–, las probaban y aprobaban antes, hundiéndole los dedos con la codicia erotómana de la consulta de madurez en los melones pálidos y en las demás cucurbitáceas.

Vivo en un departamento estrecho, corto, de circulación única, muy bien ubicado (a pocas cuadras del convento que alguna vez ayudé a pintar). Por eso el día de la visita, en cuanto Tesore se fue, no tardé en reconocer esa fragancia a descomposición mezclada con olor a tabaco que destilan las deposiciones de "las personas que están dejando de fumar".

La toalla tenía a esta altura unas vetas o várices dignas de descrédito. Eran casi protuberancias. (Madrigal me dejaba usar solo jabón blanco de tocador en el lavabo: su ausencia brillaba).

No pude dar con la colilla. La *esmirriada* también ventana es una invitación a la fuga, al suicidio de los objetos minúsculos, pero la sólida ofrenda que encontré en el inodoro era el anagrama de Tesore reconstruido con satánica, dislocada, lesiva deliberación intestinal: una especie de rúbrica acentuaba el carácter tal vez no alevoso de la ofensa, que tenía la deferencia tipográfica de parecer –aunque solo lo era– una coma fecal. Tenía coartada: como trofeo de su visita, respondía a esa indolencia perseverante que nadie se atrevía a reprocharle a Tesore. ¡Había tenido un *surmenage*! De modo que podía explicarlo con su mohín de niño cantor de Viena albino, y acompañarlo con el gesto de encogerse de hombros.

Distraído con el *ready made* de mi amiga, el esmirriado mensajero de mis enemigos –el *go-between*, el correveidile, el comodín– se había olvidado simplemente de apretar el botón.

Estaba pasando por un cómodo intervalo, un cómodo *impasse* en mi relación con Madrigal. Tal vez valga la pena despilfarrar

unas palabras sobre el tema. Madrigal había empezado a estudiar teatro. Es una imposición en estos casos que el profesor sea una eminencia o algo por el estilo, tal vez como requisito para justificar el tardío despunte de una vocación. El profesor de Madrigal era un señor norteamericano, o un argentino que había cambiado de nacionalidad, y que se había especializado (parecía un poco fuera de foco y de época, pero acaso esa peculiaridad le añadiera encanto a esta altura de la *soirée*) en Tennessee Williams. Podía imaginarme perfectamente a Madrigal incorporándose a esos elencos disfuncionales del *Bird*. Incluso el nombre de ella –que a todos acá nos parecía tan "poético" y tan inapropiado– la condenaba a la adecuación.

El profesor de Madrigal era un hombre desproporcionado (¿acromegálico?), estéril, con grandes anteojos que agigantaban sus ojos exoftálmicos. Se llamaba –o se hacía llamar– Shenandoah Martínez. Serio, ocultaba el desparpajo casi hiriente de una risa cariada, horrenda. No había empezado todavía a sospechar yo aquello a que todos los atenuantes del caso nos precipitaban a dar crédito: que Madrigal y Shenandoah se iban a enamorar.

Unos pocos días después de la visita de Tesore, me tocó ir a una galería de arte que inauguraba una muestra conjunta. Fui solo. Era una muestra de tres artistas de tendencias similares, colgada con buen criterio, en la galería Missolonghi. Un crítico llamado Matías Marusi había opinado, antes que todos (lo conocía de sobra; su costumbre, su preocupación era competir, "ganarle a todos. Era un muchacho tozudo y vacío, que pretendía así, y quedándose calvo, resultar misterioso").

"Los tres mosqueteros le ganan a Audran", había titulado su columna. Los tres mosqueteros eran Artime, Veblen y Katsimbalis, que practicaban a su manera una "épica de la disuasión". Del

relato curatorial, por ejemplo, nada había podido colegir Marusi. No, ni un atisbo de intención del ejercicio narrativo había sido advertido por "el adelantado" (su desprecio por la anécdota lo condenaba a ese suburbio de la mediocridad en el que medran los incomprendidos).

La muestra me gustó: cada cuadro parecía anticipar algo del siguiente, corregirlo o, ya en un alto grado de subjetividad, disimularlo o disminuirlo o diseminarlo. Me detuve al salir. La muestra había sido titulada *Ficciones inestables*, seguramente por la curadora, Irene Toubiana. Su foto me provocó inquietud. Como reflejo condicionado del *freak book* o como asociación de ideas generalizada, eso de poner la imagen de uno, colgarla en un altar del ego dejado atrás, no parecía estimulante ni halagador. Sin embargo, ¿de dónde conocía yo esa cara? Las preguntas retóricas son deshonestas o preceden una anagnórisis. Esta demostraría pertenecer a la última categoría.

Poco antes de salir me encontré con Lupita y Lalo. Era la pareja "definitiva" del hombre que demostró que se podía vivir igual –"intensamente"– sano y enfermo. Tenía que serlo, definitivamente, porque Lalo le llevaba casi cuarenta años. La mamá de Lupe había cursado Bellas Artes (o alguna escuela siguiente, De la Cárcova, por ejemplo) con Irene Toubiana. Si tanto me había gustado la muestra, me la podían presentar, Lalo ya la conocía. Hubo una vacilación, como si lo ominoso y lo benéfico estuvieran presentes en porcentajes idénticos, como si una nube invisible lo presidiera y anunciara, y se pudiera todavía escapar en alguna dirección. Pero a la izquierda estaba ya Irene Tourbiana, sola.

–Viniste.

No sabía que me esperaba.

–Pablo te dejó la invitación, me dijo, cuando estuvo en tu casa.

Algo se le cayó a Lupe o a Lalo de la carpeta o cartera. Como quedó cerca de mi pie, me agaché a levantarlo. Fue una especie de pausa exacta. Irene había estado entre nosotros, separando la manada misógina antes incluso que Dolores, porque era Irene Aschero. Estos reconocimientos tardíos exageran tanto nuestra propensión a la nostalgia que agolpan los méritos reales e imaginarios en una instantánea precisa (para el que la tilinguería preciosista de nuestra época se ha apropiado de una palabra ajena al régimen pagano: epifanía).

–No Irene, no lo puedo creer, sos vos.

–Sí, la verdadera.

–Es una epifanía.

El mal de Muybridge, en cambio, un parpadeo. Un grano de incertidumbre lo anima y lo habita. Cuando se difunde se convierte, eso decía el doctor Pinder Schlöss, en algo así como "el polen de la verdad". Yo había estado de novio con la mujer de Pablito Tesore, acababa de comprobar. En la adolescencia. Ese algo que sedimentaba ahora en la memoria era como un día perdido recuperado, pero significaba mucho más. Un día entero, como en la memoria de Funes. Poco después o poco antes, mal de Muybridge mediante, o bien *apenas ayer*, no puedo precisarlo. Irene, sí: menos frágil pero no menos admirable que Dolores. Más voluptuosa, más plebeya y menos coqueta, las cejas y las pestañas definidas como un contorno de Roualt. Ya entonces pintaba unas acuarelas en exceso aplicadas, decorativas (ella misma quería renunciar a hacerlo). Había quedado huérfana de madre, y su padre, que no se había vuelto a casar, trajo a vivir a la casa una mujer fea, que Irene detestaba. En compensación, le habían regalado una perrita. Nos quedábamos quietos en un banco del parque Chacabuco cuando oíamos el paso firme de su papá –¿martillero público? – y, al lado de él, el chisporroteo de llovizna de la perrita chihuahua.

Ella me había dejado tocarla abajo casi con insolencia (Irene, no la perrita, que solo persistía en lo bajo, no en lo oscuro). La insolencia era entonces nuestro mal o bien compartido. ¿Quién hubiera podido distinguir en esa ínfima semilla de la memoria esta versión ante la que tenía yo que bajar los ojos?

Busqué en casa la tarjeta de la mujer de Pablo Tesore, que Cocoliedro me había dejado. Estaba exactamente ahí, debajo de la encomienda (libros, libros de Chile) junto con la invitación a la muestra. Leí para tranquilizarme. No, no se movía como los recuerdos "nómadas" del síndrome de Muybridge.

Se había cambiado el apellido: Aschero le debe de haber parecido inapropiado para una crítica de arte, y el anagrama implícito en el apellido de su marido, inaceptable. Me arrepentí de no haber mirado con atención la imagen del celular que me había mostrado mi ex compañero, en la que la huella digital de un instante anterior la hubiera rejuvenecido, pero no hay nada comparable a permanecer mientras amanece en la orilla.

EL CARDINAL CARPINTERO

Que mi hermana varón y yo estuviéramos de acuerdo acerca de cuándo oímos hablar la primera vez del cardenal carpintero, nada revela ni oculta: asistimos como falsos huérfanos, y acaso como rehenes, a esa ceremonia a la que nuestros padres, en ejercicio de alguna convención hoy borrada –porque habían dejado de llevarse bien, nos dijeron–, se negaron a ir.

Lo cierto es que el casamiento Penimpede-Mannoni quedó impreso en nuestra memoria, la mía y la de mi hermana varón. Algo nos llevó a presenciarlo con una seriedad y una curiosidad insaciables, ausentes hasta ese momento de nuestros actos. Por algo mi hermana varón consideró convertirlo en una suite. Y un detalle menor al que la mayoría de edad no le ha hecho perder significado, es el murmullo que llegó a nuestros oídos en el vehículo mismo en el que nos dirigíamos a la boda: que el sacerdote encargado de casarlos iba a ser el cardenal carpintero.

Era nuestro primer casamiento "rural", y por consiguiente ni mi hermana varón ni yo supimos vestirnos. Nos asistieron sin interés nuestros padres, ya a un tris de separarse. El hijo mayor de mi

madre no se fijaba en la ropa, pero deslizó, tal su estilo, alguna observación irónica. Fuimos, por lo tanto, como unos refinados mendigos, mi hermana varón con un vestido de la novia de su violonchelista, algo que parecía inconsistente y hasta invisible, por lo que corrigió esa primera elección y se echó encima un saco que usaba Glabro, su compañero de las clases de mímica. Como si esas extravagancias no fueran suficientes, había agregado un sombrero rancho (creyendo que favorecía sin consulta previa la "simpatía rural" de la boda a la que asistíamos) y ordenado su pelo en un apretado rodete, que se soltó solo cuando estuvo segura de que el chileno la miraba como ella quería.

Yo me había puesto una camisa a cuadros escocesa de tela tan basta que me picaba en el cuerpo bajo mi único saco, con cazadora y martingala, que un tío postizo había traído (no para mí, claro) de Londres, digno de una cacería de zorro. Íbamos a morirnos de calor.

No recuerdo el viaje, en un transporte puesto a "nuestra disposición" (vale decir a la de todos los que "íbamos desde el centro"), y no puedo recordar tampoco dónde subimos. En algún momento el motor del vehículo empezó a ahogarse y hubo que bajar y esperar el relevo.

–Usted ve –dijo un señor–: no se van a casar nunca. –Ese humor anticipado, que atribuía culpas a causas o consecuencias, iba a ser nuestro compañero constante. Y fue quien lo administraba el que aseguró esta vez que el sacerdote que iba a oficiar la boda era el cardenal carpintero.

–¿Quién es el cardenal carpintero? –preguntó mi hermana varón.

–No tengo la menor idea –contesté.

–El cardenal cuchuflito –dijo la chica Freitas, que se nos había pegado.

–Me presento: Augusto Mondracir, "Tito". Corresponsal gráfico y periodista científico. –Lo hizo en la plataforma, ante el hijo mayor de mi madre, quien le explicó que éramos parientes.

–Yo fui novio por poco tiempo de la que hoy se casa.

Como todo lo que por posesión o por herencia provenía de mamá, nuestro parentesco con los Penimpede es difícil de establecer y de explicar. En la medida en que mi mamá fue huérfana desde chica (y el papá de mi prima que se casaba en la fecha, "Cholo" Penimpede, su hermano de leche), una serie de tutoras y madrastras la proveyeron de todo tipo de medio hermanas y hermanastras, de las que mi mamá había sido, primero en un caserón del Parque Chas y luego en una serie de residencias decadentes en Castelar y San Antonio de Padua, una especie de gobernanta, mientras estas, a su vez, le procuraron cierto tipo especial de "cuñados", en la medida en que la mayoría de ellas –tres, por lo menos– eran, en la época que nos adoptaron a mi hermana varón y a mí como "sobrinos", particularmente atractivas y, acaso por eso, proclives en grado sumo al adulterio. Ninguna de las medio hermanas se trataba con el Cholo Penimpede, pero Fructuosa Freitas, que era hija de alguna, había venido a la boda con nosotros. La segunda fase del viaje coincide en el murmullo con la primera del casorio: una visita al chiquero/laboratorio, donde se había desarrollado una especie muy intranquilizadora y briosa de chanchos largos. Para el mejor aprovechamiento de su carne, nos dijeron.

Los recuerdo distintos a cualquier cosa que hubiera visto hasta la fecha (incluidos los chanchos comunes), en blanco y negro, con lo que nada perdían, porque, de acuerdo con el testimonio de mi hermana varón, que en esa parte de la suite solía taparse la nariz con el arco, el pelaje –si se llama así en los chanchos– pertenecía al tipo overo. En la medida en que soy perezoso y cómodo, mi

memoria no suele inclinarse ante detalles físicos, incapaz de diferenciar una alhucema de una magnolia, un sauce llorón de un ciprés, el mimbre del ratán. Un anagrama de un saludo. Un chancho adulto de un jabato. Pero en este caso... Habían traído chanchos especiales de una piara ibérica que criaban en el Dehesón del Encinar, en Oropesa. Sin embargo, el rumor no me engañaba. Mondracir dijo algo hiriente a mis espaldas: "como si estos pelotudos que no podían diferenciar una plegaria de un estornudo pudieran aprender a criarlos". Me sentí de inmediato halagado, implicado. Los Penimpede de la familia –cuatro de ellos, los tres hermanos menores de nuestro guía, especie de capataz– eran los cuidadores del lugar, no los dueños.

Nos llevaron luego al galpón del que sacaban la leña. Ahí estaban Remo Rugantino Mannoni con Raban, especie de patriarca, los peones y el asador, o, como decía mi hermana varón, el presidente del asado: un viejo inglés con una barba muy larga color mugre, de cuyo nombre no puedo acordarme, pero al que por comodidad narrativa (aunque no creo que volvamos a encontrarlo) llamaremos Smith.

Entre la gente de trabajo, se daban cuenta de que era un acontecimiento el de ese asado, no solo por la gran cantidad de invitados, sino porque era factible que viniera la dueña del latifundio –María Castoriadis, famosa por su temperamento de diva–, viuda reciente, y porque la boda la oficiaría el cardenal carpintero, a quien se le atribuía un romance con la susodicha. Si María Castoriadis dejaba a sus espaldas la custodia y se acercaba a nosotros, pensaba mi hermana varón, ella le podría hablar de su proyecto –el de mi hermana varón, claro– de escribirle una ópera. De acuerdo con los tiempos que corrían, era necesario, el hijo mayor de mi madre dejó asentado, antes de dejar atrás el capítulo precedente, adquirir un nuevo temor. Dispuestos a hacerlo, nos detuvimos.

–Oyen. La única manera de que salga bien el asado es hacerlo de pie a la sombra, mientras a lo lejos se oye el malón –dijo el viejo Smith (se llamaba Stanshall). Pero no oímos nada.

El cardenal carpintero era un cura tercermundista que tenía la parroquia por ahí cerca, y que se había enfrentado muchas veces a la policía y al ejército para defender a los pobladores. La valentía acaso tuviera menos que ver con el oficio con el que se jactaba de ganarse la vida, que con el orgullo de compartirlo con el padre terrenal de Cristo.

–Acá, dijo Mondracir, se impone un comentario. Crítico, pónganle. Resulta que el tipo viene a ser el tercero o cuarto que acá, que *por* acá, tiene una relación turbia, demagógica, con los pobladores, con los feligreses... con la piara. Y entonces los de la redacción, para distinguirlo, aunque los otros no eran cardenales, decidimos decirle así, el cardinal, con "i".

–Si hubo tres o cuatro antes, y él es el quinto –dijo mi hermana varón– tendría que ser el ordinal... El ordinal carpintero.

***

Nos habían sentado a la misma mesa, en el patio del aljibe, que era el último de los que habían inaugurado. No era un patio propiamente dicho, sino un terreno cercado por unas estructuras muy frágiles de madera que llamaban "el fuerte". Mondracir no paraba de hablar. Comíamos y bebíamos, aunque era solo el *vermouth*, y se dirigía sobre todo al hijo mayor de mi madre, que se había convertido en un interlocutor interesante para alguien tan versado como él.

–Todo lo que contaron es más o menos cierto. Los ralos los trajo un gaita de Toledo, pero le salió el tiro por la culata. Después del fiasco, estos inservibles de acá se dedicaron a alimentarlos con

cualquier cosa y a pichicatearlos a más no poder. Hasta convertirlos, habrán visto, en una especie de tobogán de grasa. Podrán advertir por el olor de las vísceras que se trata de animales alimentados con cualquier cosa, no precisamente, como dicen ellos con maíz ni, como los del Encinar, con bellotas.

Seguía:

–Así que usted me dijo que es primo de la víctima, joven. Sí, claro que estuve en Cuba. Y en Israel, con Dayan en la Guerra de los Seis Días. Prensa Latina, si conoceré. Ahí mismo dicen que ese escritor que a usted tanto le gusta es [incorregiblemente] homosexual. Y hablando de Roma...

Se acercaba un joven desgreñado, el único de los que vimos que daba la impresión de estar tan desorientado como nosotros. Aunque "desorientado" no es la palabra. Swift dice que el emperador de Liliput discernía el movimiento del minutero; este muchacho, aparte de compartir esa infracción, parecía, como mi hermana varón y yo, recordarlo. Se presentaba pequeño, pequeño, como de otra dimensión, como si se hubiera asomado de una perspectiva remota e inalienable. Merced a un solipsismo compulsivo, mi hermana varón y yo definíamos y reglamentábamos tales apariciones de, hasta que dieran señales de vida, de "pensamientos". El muchacho no había tardado.

–... *junto a la Costanera / y el pibe que miraba...* –Mondracir se puso a gritar algo, mucho más grave después de que mi hermana varón le dijo que era una canción.

–¿Sabe que anoche no me dejó dormir, mocito? Y hoy tampoco parece limpio, después de esa ducha interminable. ¿Qué le picó, amigo, a esa hora? ¿Nadie lo educó entre los araucanos y los puelches, hermano? ¿Cómo se llama?

El joven recién llegado se acurrucó al lado de mi hermana varón y dijo que se llamaba Patricio Puelma. Sí, le gustaba mucho Fa-

vio, lo había visto en Viña. Tenía unos anteojos (de armazón gruesa) que parecían poner en órbita sus ojos minúsculos de pez. Mi hermana se soltó el pelo. Sin anteojos, el chileno era de una rara belleza, desenterradas las pupilas de la hondura vertiginosa de la miopía. Mi hermana varón le puso a esa parte de la suite en que los dos lo descubrimos, un nombre ininteligible.

Al rato, Mondracir comenzó a carraspear y después algo que al parecer se le había atascado en la garganta lo hizo levantarse de la mesa. Mi hermana varón nos hizo una seña. Era muy buena en eso. Nos incorporamos los tres juntos. Caminando, nos perdimos en el cementerio de disidentes, ahí nomás. Leímos unas lápidas: Sansón Carrasco, Behemot Abulafia, Hasdaï Crescas... Mi hermana varón había llevado una libreta y anotó los nombres, pero nunca la encontramos a esa libreta, que llamábamos "la liberta". Esa parte elegíaca de la suite siempre me dio miedo.

Cuando estuvimos de vuelta, Mondracir seguía parloteando, se había librado al parecer de la molestia en la garganta.

–Uno no sabe bien cómo pasa –dijo Mondracir–, pero el cardenal carpintero dejó de ser de buenas a primeras un fenómeno religioso para convertirse casi exclusivamente en un fenómeno ornitológico. Parece que es así como le gusta más al pueblo.–Y se puso a silbar.

Después siguió:

–Si serán, estos indios de mierda: se lo quieren cargar al cardenal carpintero, que los defiende, pobre diablo. Los que no lo sepan de indios, como usted, anteojito, estúdienlo con la pandilla Uanantú, que no es una tribu. La mujer del servicio en casa, cuando le pregunté a quién iba a votar, dijo Chamizo-Ondarts. Como yo. Igualito a mí. Mire si serán.

¿A qué indios se refería? ¿Al malón del que hablaba Smith (Stanshall)?

–¿Entonces el casamiento no va a servir de nada?

Un turiferario y un monaguillo se pusieron a pulsear. Uno de los dos era enano y tenía una fuerza tremenda. Cargaba una joroba como un odre involuntario.

No faltaba nada.

–Como en Canaán, empieza a escasear el escabio. Permítanme que les recuerde a los responsables, ya que no puedo hacer milagros. –Y Mondracir se fue derechito por la línea del fuerte, una imprevista línea de fuga. No lo veríamos hasta mucho más tarde. Y cuando lo oí de nuevo, ya no pude entender qué decía.

Nota intercalada (¿de la liberta?): No era cierto que no contara con la adhesión popular, como lo demuestra esta versión de una de las murgas: *el cardenal carpintero, / no pasará un día sin ser murguero, / y llegará enseguida a ser obispo // de chiripa, / como todo en esta vida, / pero por fumata // llegará más rápido a ser papa.*

Mi hermana varón y yo nos dimos cuenta en uno de esos momentos parecidos a la música que ella compuso, dueños de una especie de pulso abolido por lo simultáneo, por la prolijidad de lo real, que Puelma era igual al fraile retratado por El Greco, un cuadro que nos había impresionado de chicos a mi hermana varón y a mí. Desde chicos. Un joven fraile de mirada inviolable, casta, que no se dejaba olvidar. De ojos ignacianos. Es un hombre que parece iluminado por un relámpago. Fray Hortensio Félix Paravicino, después supimos, trinitario calzado, el corresponsal favorito de Góngora. Los ojos más profundos que vi en mi vida, iguales a los de San Ignacio. Oscuros, decisivos. Puelma era igualito.

Nos dijo que conocía harto a la familia. Y que se alegró mucho de ser medio pariente de nosotros. Se había resignado a no conocernos, allá, en barrio República. Una vez alguien le llevó la fotografía de mi padre, en un *ring*, entre dos morochos. Antes de ser jurado, mi padre había sido árbitro de box, muchos años. "Puelma", le dijeron, "ese es su tío de al lado, casi tan puto como su padre". Le llamó la atención y le gustó el hombre y el acento grave de Grève.

***

Después del baile –Trío Galleta, Creedence, Mungo Jerry, Casashock –, asistimos a la boda de tan lejos que nunca supimos de veras cómo era el cardenal carpintero. Las chicas aseguraban "muy churro".

–El luto le sienta a Electra –dijo mi hermana varón cuando vio entrar a María Castoriadis. En realidad salía de algún galpón para invadir entera la intemperie con su viudez entera, su *hybris* sin grietas y el rictus de su despectiva indiferencia, María Castoriadis, de impecable *tailleur*, un parche sobre el ojo izquierdo. Mi hermana varón encontraba las inflexiones exactas para decir cosas así.

–Más caros que los desastres para el país son los escándalos para el partido –había dicho María Castoriadis. El partido, supusimos, era en el que estábamos, del que nunca averiguamos el nombre.

La pared de lo que llamábamos "el fuerte" había empezado a moverse para nuestro lado. Entonces supimos a qué se refería el viejo Smith (Stanshall) cuando hablaba del "malón".

–La carga de la brigada ligera –dijo en un suspiro mi hermana varón, mientras nos empezábamos a alejar.

No, no eran indios, pero montaban como indios, los bonetudos. Casi con cortesía, con modestia, haciendo una curva elegante, por

la grieta abierta en el fuerte, entraron los primeros. Mi hermana varón y yo, que por las vueltas que habíamos dado estábamos a esta altura enfrentados, sin norte, quedamos mirándonos. Se puede decir que nada de lo que ocurrió lo esperábamos (y era predecible: nunca antes habíamos estado en el infierno). Puelma, al lado de mi hermana varón, permanecía encandilado, como una vizcacha. Tenían esa manera de montar que alguien observó con benevolencia era superior a la de cosacos, mamelucos y sioux, y que consiste en hacerlo con indolencia, a pelo, el caballo que no ha sido domado.

Yo sabía de caballos. Era una pasión libresca que me obligó a admirar el desgano con la que los bonetudos llevaban sus pingos al epicentro de esa ceremonia sin clave, eucaristía ni transubstanciación. Misa sin comensales. Sí, no eran indios verdaderos los bonetudos. Eran choros, ladrones, cuatreros. Abigeos. Se vestían de ese modo desde un carnaval inconsecuente, nos dijeron, en el que se llevaron la ropa de unos chicos que se bañaban en la laguna de Lobos.

Pasearon o desfilaron enfrente de nosotros con las caretas puestas. Y no se puede decir que estuvieran en condiciones de lucirse. Iban vestidos como mamarrachos. Los caballos, unos matungos muy manoseados. Me pareció que antes, cuando los vimos en acción –mi hermana varón coincidió conmigo–, tenían más garbo, pero a lo mejor era el movimiento mismo el que le daba a todo otro realce. No sin insolencia uno se acercó a nosotros y le hice a mi hermana varón una seña sin éxito. Yo no soy bueno. Y antes de irnos, como había recomendado mi hermano en el umbral, tratamos de adquirir otro temor. Ya nada garantizaba –en nuestra cabeza se agolpaban ya los estragos y catástrofes– que fuera infundado.

Los bonetudos volvieron enloquecidos y arrasaron con todo, a los gritos. Cuando ocurren cosas como estas, los actos individuales dejan de parecerse a sí mismos, porque las consecuencias desencadenan tanto aluvión de brillo, de gotas deslizándose en la oscuridad de lo inmóvil, que debemos cuidarnos como nunca. Uno se acercaba al galope a mi hermana varón.

Traían al vuelo, en andas, al cardenal carpintero, todo sucio. Parecía un bicho canasto, envuelto en harapos con brasas adheridas al cuerpo. Lo tiraron en el patio del aljibe, cerca de nosotros. Y ahí nos dimos cuenta de que nos habían engañado. Toda la noche todos. Incluso nuestros padres, a punto de divorciarse, para ensuciarnos o para ensayar la tragedia sin medir las consecuencias, lisa y llanamente.

Puelma, después del rapto, con los ojos muy abiertos, dolorido, tarareaba algo, tal vez otra canción de Favio; mi prima Fructuosa, la chica del aparato, con un juguete en las manos, un duravit que encontró en alguno de los patios, tarareaba también. El cardenal carpintero, nos dijeron, se había escapado, y trajeron envueltos a sus secuaces, Raban y los monaguillos.

A Mondracir lo rodearon pero no le hicieron nada. Los caballos, menos feroces que los jinetes pero más próximos, lo hociqueaban. No les hacía frente él, con los brazos bajos, actitud que parecía –nos parecía a nosotros, tratando de estar atrás de todo– más heroica, aunque fuera solo honesta. No era fácil ni por asomo detectar un matiz de honestidad en Mondracir. Y sin embargo ahí estaba, por fin, fingiendo ser la víctima verdadera, rindiéndose, deshojado ya de remiendos, como un San Sebastián. Los bonetudos daban vueltas alrededor de él sin tocarlo. Acariciándolo de lejos, a lo sumo, con algo que parecía un plumero.

Hasta que uno, uno que salió del fondo montado en un lobuno, y que tenía el pelo negrísimo y muy largo, llegó hasta él apartando a

los otros y le asestó un lanzazo. No oímos si gritó, dimos por cierto que lo hizo. Casi enseguida empezó a salirle sangre de debajo del pecho. Eso pareció alentar y orientar a los demás, que arengaban en una media lengua, escupiendo sobre todo. Otro indio llegó al galope y se abrió paso e inició una ofensiva distinta, arrojándole a Mondracir el duravit que le había arrebatado a Fructuosa e instando a otros después a hacerlo con brasas.

Al que las tiraba no parecían quemarlo. Eran ascuas del asado, parte del rescoldo, que los bonetudos había metido en una bolsa de arpillera ya medio incendiada. Sacaba las brasas, las soplaba para avivarlas y así las arrojaba al último cristiano. Sin darnos cuenta, nos habíamos puesto en fila Puelma, mi hermana varón, el hijo mayor de mi madre, la chica de Freitas y yo.

Después, subimos al vehículo, haciendo equilibrio, disimulando la procesión.

TOPONIMIA DEL MINIATURISTA

Se daba por descontada la función reguladora de los Anticuarios, por imprescindible y por certera. En cada una de las estaciones subalternas, se los esperaba con disimulada impaciencia. La primera nómina de inclusiones fue la que selló la impronta del arreglo. La castidad emblemática, la volubilidad de cierta violencia topográfica en ciernes, el escarnio de los predecesores, la rigidez constante de cierto esquematismo de repudio... Las repeticiones intempestivas o meramente irregulares.

Los nombres, demasiados. Los copió un esmerado calígrafo con la letra de un entomólogo chino, de acuerdo con *El renacimiento de la caligrafía*. Alguien le dijo luego a Zadig, un hombre llamado Fiodor o Bartolomé, que la única comparación relativa, que distaba en muchísimos ciclos y hemiciclos, la había establecido Andesmas cuando impuso como *paragone* la cartografía del distrito de los lagos de Wordsworth, con una letra digna de Robert Walser.

Fue una contracción celeste que provocó esa reacción en cadena. Comenzaron a combinarse y multiplicarse los efectos y los oficios, como consecuencia proporcionalmente simpática. El paleocosmógrafo era el que obtuvo con mayor rapidez menor prestigio y mayor reputación. Como en todos los ciclos lentos, los oficios

viraban con celeridad y comenzaban a ocupar lugares vacantes, a iniciar la larga cola de resurrecciones. Las sociedades secretas y los solecismos no soportan mucha realidad. Por el solo hecho de haberse establecido en el Promontorio de Pontormo o en el Cenotafio del Celacanto, y dirigido desde allí la investigación y empresa, Zadig se contrajo hasta alcanzar, si una reducción suministra alguna recompensa, detrás del puerto levadizo, su estatura ideal.

Primero habían llegado los primeros meteorólogos (no hubo segundos). Después los aurúspices y saltimbanquis siderales, los saqueadores de luminosidades presuntas y los arrebatadores de limo y de barro para la elaboración de materias primas. Y al final, la runfla desconsiderada de menestrales y servidores ilegítimos, que sabríamos instruir para sustituirnos. No los considerábamos peligrosos, y a menudo acertaban en pasar más tiempo en nuestros puestos, balanceándose, haciéndose cargo de nada, que nosotros mismos en posiciones prefijadas.

Esa especie de violencia posicional se combinaba con las características de algunos para despertar en nosotros sensaciones. Las características tenían un manual, con comparaciones, símiles y metáforas *ad usum delphini* en los escaques elevados, a los que incluso yo no tenía acceso. Uno que llegó mezclado con los más aptos, no lo era, y me convenció de inmediato de su humildad y desgano, que provocaba sin embargo en los demás desagrado y desavenencias. Era un sujeto que se me acercaba con imprudencia, como si quisiera arrebatarme la pluma. No abundaba la tinta india en el recinto. Si alguien se ocupaba de transportar las dotaciones, lo hacía de manera secreta, a oscuras (había métodos muy apropiados para desplazarse en lo oscuro), y a la sazón no contábamos nunca con una constancia real de la cantidad acumulada. De modo que, si ensayaban más de la cuenta, no lo notábamos, no éramos capaces de soportar una pérdida ni redactar

un reclamo. Pero el inepto llegaba con una dulzura inexplicable a los surtidores y tinteros, revelando a cada paso esa incompletad , esa incompetencia sospechada. Los nutría con un esmero innecesario y se paseaba después entre los suficientes con una falsa dignidad de aparecido, desatadas las cintas de su sandalia, que arrastraba. Parecía el dueño de una displicencia y una distinción ajenas, y llevaba inscripta en la muñeca una condena o un lema: *Altro anacoluto.*

Había sido altísimo, con un sentido de la orientación infalible, y había recorrido tramos, y luego distritos enteros a pie, con la confianza y la convicción exacta de dejar a sus espaldas un paisaje conocido para encontrar un oasis sin mácula, con el escaso antecedente de una mota de polvo de cereal entrevista en el primer sueño de la noche de la víspera.

No es que el ideal alcanzara a satisfacer algún deseo. "Ideal" era en este caso un desajuste o una volubilidad –capciosa, caprichosa– de la perspectiva. Decúmenes transportaba de esta manera la tripulación de sus servicios, de sus encargos, de sus entregas. La compañía ocuparía pronto un lugar incluso más pequeño.

Desde el comienzo, la tarea parecía inagotable: trazar el plano celeste y apuntar (hubo quienes sospecharon que tal indicación ocultaba con destreza otro verbo: amputar) el nombre de cada una de las centellas que acribillaban esa superficie estable y ceñida del insomnio. Expandidos e irradiados, los sistemas dejaban de serlo. Trazar el plano implicaba un primer error: establecer el límite. El límite se ignora hasta que se precipitan las catástrofes, se había escrito en el libro de Zadig.

Pero Zadig lo había escrito mal, aconsejado por Fiodor. Entre las implementaciones secundarias o suplentes una avivó el fuego de las máscaras, la de las nuevas ciencias, aunque fuera solo un medio para repartir escafandras entre los acusmatas: la gematría.

A poco, los acusmatas fueron reemplazados por los gerifaltes, que fue el nombre que se les dio a los gendarmes, a punto de ser observados *tabula rasa* como cernícalos.

Mientras el movimiento del cielo fuera el efecto lerdo de una fuga desprotegida, la cadencia seguiría el curso de cada una de las asociaciones recónditas. Se trataba de rapsodias que tardaban en encontrar (aquello que se había dado en llamar) su "silogismo de partitura".

¿Axioma? Sensoria y Sinestesia ocuparon su lugar en Raigambre. ¿Raigambria? Decía que era una música fiel, fácil de acariciar porque era obra de un conjunto de compositores ciegos, que para escribirla (y luego, tan luego, ejecutarla) acercaban demasiado la nariz a la partitura. No era, sin embargo, en cambio, fácil de seguir. Algunos desciframientos revelaron que los tratadistas, en muchos casos, se habían salido con la suya. Las nóminas que incluían cifras como "el manco de Curupaytí" o "manto de carne", eran las menos adecuadas, las del período "*funes*to"...

Parte de la primera corrección consistía en borrar a pulso del primer cuaderno de reconocimiento la superficie obvia de los nombres, de alejar de paso "Gargano" de "promontorio", y cualquiera de los que denominaran prolongaciones humanas –Mateo, Marcos, Onofrio... Parte del primer tratado de economía también, bajo el pulgar castigado por el filo de la navaja de Okham, pero para eso fue necesario un escriba anterior a Zadig.

La veleidad profana prescindía por completo de ictus y acentos hasta que retrocedió a causa de otra profesión de fe: los neuroprosodistas. Contrariamente a las combinaciones simultáneas de los movimientos estelares no cíclicos, y la aptitud del miniaturista para incorporarlas, la profesión parecía haber sido el invento para una estrategia de persuasión a la que nadie prestaba atención hacía caso .

Zadig canturreaba las breves fórmulas silábicas antes de anotarlas [...]. También quedarse dormido le exigía un estribillo.

Por fin, Zadig tuvo que *"llevar a confín"*, como habitualmente se decía, una inscripción en apariencia definitiva.

La inscripción] Parecía haber sido tallada en piedra, en una estrofa justa. El latín, lengua del mármol alguien estableció que lo había dicho Browning, ¿Bacon?, como se repetía Boabdil.

Cadmio propuso:

"Amnios arba <urba>anubia anofeles <anofala> levitinia arbus des portu aibianu Amnisus"–"Urban lubu iuranu lubu lubu baar iauru portibus"–"Iiana nereuda carmina ibis ibicenca"–"Ibicinia exibar paluudan paluudan cebernia encibernida"...Y la conclusión lapidaria, repetida, <que> no estaba en latín: Anfisbena, Latisferio, Semagrama, con todas las repeticiones posibles... "Semagrama, semagrama. Anfisbena, anfisbena. Latisferio, latisferio...".

Antes de acomodarse a la posición, recibió (por lo menos) dos visitas. No pudo discernir la jerarquía de los personajes que lo visitaban ni adivinar la importancia de la ocasión porque estaba ya entregado a la tarea de acomodar con armonía los grandes conjuntos. No estaba dentro de sus deberes atisbar tales cosas, de lo contrario debió de llevar un diario...

Lo cierto es que lo llevó. No pudimos encontrarlo.

Cuando logró imaginárselos de nuevo, después de días de abstinencia y de ocio, advirtió que pertenecían a las clases detectables de cobardes, los que sentían la magnitud despavorida de todo lo que nos rodea y fuga y, asimismo, de todo lo que afirma su inminencia corrosiva y permanece. En la corte, cuando tenía que disimular ante los huéspedes su condición de pionero y experto, y que callar ante todo las dificultades topográficas de algunas virtudes

veleidades turísticas que habían sido excepcionalmente divulgadas o expuestas, su silencio no podía ser, si las personas que lo rodeaban, a su vez, hubieran sido perceptivas, más sospechoso ni ecléctico. Se quedaban a oscuras a veces, en alguno de los gabinetes, reductos o recámaras dedicados a la quietud, pensando en esa primera lección que impartían en el liceo, sobre el sedicioso interestelar del escaque que entra al servicio del aristócrata galáctico y se adecua tanto a su conducta y sus maneras que, en la revuelta, termina defendiéndolo de la rebelión del albedo o del paralaje. Tan renuente y refugiado como el amo.

Las características de los cobardes eran como los trazados de límites: se podían apreciar en las catástrofes, "aunque no solo en ellas". "Apreciar" entra en el mismo ordenamiento que "ideal". En tales medidas, los dos cobardes eran, por agrimensura y antonomasia, iguales. La escena de miedo provocado antecedía cualquier acción enemiga, y había sido tan desorientada y prevista, que cuando en efecto ocurría, por desproporción simpática, la serenaba por completo el imprevisto, la acción inmediata de un mal sembrado azar. Pero en los gabinetes áulicos, podía ver en las caras de ambos ante la advertencia la misma incomprensión, el mismo desaliento, el mismo estupor.

Todo fue estudiado en el tratado de almenas y puentes levadizos, algo que se encargaron de suministrar y distribuir como prospectos los anticuarios. En los primeros viajes, claro.

Durante la estación de los juegos de abalorios nada pasó, o por lo menos nadie se dio cuenta. Cuando se marchaban las llamadas fucáceas, las deletéreas, y caían los primeros estridores, llegó la segunda visita, el segundo cobarde. Estaban colgadas todavía las diademas y los emblemas de enero de la estación violenta, y demostraban descuido de parte de todos los de la colonia, cuando sin aviso, accidentalmente, con su muy disculpable disfraz de gondolero, se presentó.

El naufragio había sido consignado, pero ni el miniaturista ni el furriel de turno de la compañía lo recordaban siquiera como chiste. Tenía estudiados los chistes incómodos con los que introducía los chistes incómodos –el guiño, los silencios, la carraspera–, con que introducía su relato de la cubierta, a la que había caído después de la conversación con Tycho Brahe en el puesto de mando, al que lo había destinado el capitán. A distancia, a una distancia estremecedora, caían los whippets y las cerbataneras/cerbateneiras. Tycho Brahe lo había arriesgado todo por un presente. Cuando terminara la historia nos iba a revelar de qué se trataba. [...]. El viaje había durado más de lo establecido.

Los cascos con aigret eran parte de la respetabilidad de los anticuarios. Un dicho de extracción geológica, acerca del honor de los anticuarios, <de hecho>, ponía en ejercicio de duda la asiduidad de esos controles.

Llegaban, sin exactitud de cálculo, se suponía, cada cuatro ciclos, a restituir la reputación cronológica de la mayoría de los objetos y despojos de Heian y el eclipse, no siempre deteriorándolos, sopor lo menos de manera deliberada u obligatoria.

Exactitud cronológica, reputación de cálculo.

Todo lo que acarreaba esa llegada (de los anticuarios) resultaba complicado. El modo en que (hablaban, haciendo alarde de precisiones etimológicas y arcaísmos, y hasta de paráfrasis y eufemismos injustificables), el modo en que se vestían... El modo en que se comportaban. Aprovechaban el oficio como coartada. De modo que las visitas eran verdaderas estadías. En la medida en que tenían que probar que la estabilidad era un accidente, y que todo mantenimiento comportaba un error, cambiaban la hora de los relojes que algún estrago había detenido. Daban vueltas por ahí, por aquí y allá.

Tuvieron que empezar desmadejando la magistratura o el ciclo tutelar del Toro. El comienzo, de acuerdo con el que establecieron los penúltimos anticuarios de Decúmenes, no tenía nada que ver con la unidad hermafrodita, sino con la volubilidad laboriosa de Uro. El veredicto táuride.

Cronociclo cronocidio:

Las dos formas de disciplinar eran por imitación (simulación) parcial o por sumisión absoluta. Con el paso del tiempo, los adjetivos comenzaron a resultar superfluos, si bien con el paso del tiempo también, la imitación pasó a ser simulación y la sumisión, innecesaria.

Lo mismo daba un patronato que otro, uno que otro patrocinio, cuando se trataba del deseo de subordinarse y obedecer. Y los anticuarios pasaron toda una vida llevando la jaula con las dos chinchillas de planeta en planeta.

Cuando comenzaron, eran dos criaturas llenas de un crecido pelo ceniciento, extraídas de una era geológica, no de un lugar en particular. Pero se habían establecido ahora en los paisajes de sus jaulas con, como comenzó insinuándose y terminó insistiéndose en los manuales, "obstinado rigor". Y los paisajes habían crecido alrededor de ellas. Los paisajes eran profusos, espuria, espesamente botánicos. Boab habló de ellas en la última conferencia con su satélite, con la élite.

Pero a esa altura, Boab se había convertido, como por arte de magia ya, en Baob. Y no volvería a aparecer.

Una de las primeras consideraciones había sido acerca de las aptitudes imitativas...

Árboles que crecían hasta alcanzar una anchura de hogar promedio resultaban insuficientes para satisfacer los catastros y las

estadísticas de los inspectores de Decúmenes. Después de la expansión progenitiva de Amadís Cadalso, que nadie consideró un estrago, cada inspector viajaba con su chinchilla a cuestas.

Un buen saber puede referirse a una religión, una ciencia o una superchería. Nadie había hecho mención a las regularidades y disimilitudes del "caboanfitrión y el estafermo" hasta que Amadís Cadalso publicó su tratado sobre las torres almenadas y los puentes levadizos. Decúmenes lo tradujo y luego abjuró.

El poema de Amadís ("las leyes que rigen la ocasión rigen también la sorpresa") se había convertido en un adagio. O viceversa: volubilidad de las apetencias. Para justificar no se sabe qué curiosa arbitrariedad, Boabdil dio comienzo a su segundo tratado parafraseándolo: "La leyes que rigen la eclosión rigen también el eclipse".

Había un lugar inconquistable, y había permanecido así desde eso que convencionalmente nadie se atrevía a llamar "el comienzo". Sin embargo, tenía nombre. Trebla Danseb.

Trebla Danseb semejaba de lejos, y hasta de cerca, solo una trama de trazos inciertos. No había que alejarse mucho, ni acercarse tanto, para admitir que acaso solo fuera eso.

Durante años nadie se atrevía(ó) tampoco a pronunciarlo. Hasta que Boabdil dio la autorización.

Había otras palabras también que habían quedado sueltas por ahí: solfatara. Para incluir solo las que perviven con la letra a: averroísta, asbaje, almorrana.

La admisión tardía de que Zadig era en realidad Shahryar tuvo repercusión solo en ámbitos alejados, donde tales corroboraciones o infundios, como que Mona Lisa era en realidad Leonardo o que

el verdadero constructor de la Alhambra no era el califa Omar sino Schehrezade, resultaban consoladora, conmovedoramente improbables.

Una de las veces, tratando de acomodar en el cuadrante una conjunción de constelaciones blandas –Trocchi, Taumaturgi, Tibertelli–, el mandato pareció convertirse en incidente y Zadig se convenció entonces de que no hacían otra que repetir esa crónica de *Travels of Praiseworthy Men* copiada en la primera página de su bitácora.

El acercamiento de dos planetas, Fenimore and Gerda remitió a uno breve y catastrófico, el de Yma Sumac y Alfa Henestrosa, ocurrido entre explosiones milenarias, el de Alfred y Ginebra.

El cero era en sí mismo, un universo cerrado. Homogéneo, intacto. Ninguna acción podía en efecto añadirle algo a nada.

Por fin, bajo la túnica, después del puente levadizo, a contraluz, pudieron verlo. Era el planeta Asbaje.

Después, aunque escrito en estado de absoluta falta de prevención, pude advertir en topónimo de minúsculas las líneas verticales de ordenamiento. Y eran, son: Icada, nevda, diada.

Paestum precedía a Ahnunglosigkeit, pero Zadig sospechaba ya una aberración cuando intentaba separarlas, de modo que la orden sobre las llamadas estrofas límbicas no le impidió vaciar los escaques. Sí lo sorprendió la irrupción de La Estrofa. Era una constelación demasiado prolongada como para que el cuadrante pudiera contenerla, nadie hablaba ya de dominarla.

Pasada la tychobrahitis pandémica, los puestos volvieron a los puestos. Oración que requiere un largo desarrollo de las transitoriedades estables a las catástrofes portátiles. Largos períodos de

expansión de continuidades interrumpidas, de interrupciones cursadas por políticas en ejercicio de la constancia intempestiva. Hasta que llegaron las "nuevas modalidades", con una demora que se atribuyó a los aprestos, a cierto suspenso implícito en quienes, tras el puente levadizo, sintieron el íntimo escalofrío de la inminencia.

Y entonces llegó la señal. Y la posibilidad de ampliar unas manchas que se habían localizado. Dos manchas que se habían localizado. Y Zadig supo de repente el nombre y comenzó a escribirlo, a escribirlo en todos lados. Trebla Danseb, Trebla Danseb. En apariencia, parte de lo eliminado era un esbozo de planeta llamado Ephrussi, pero era lo único. La sustitución en el cuadrante de Vivant Denom por Trebla Danseb fue, desde luego, durante mucho tiempo, un informe falso, una magnificación planeada por la escuadra denominada después, cuando reinó en el mundo (dominio) de las atribuciones apócrifas, "los scrabblistas".

Había sido altísimo, con un sentido de la orientación infalible, y había recorrido tramos, y luego distritos enteros a pie, con la confianza y la convicción exacta de dejar a sus espaldas un paisaje conocido para encontrar un oasis sin mácula, con el escaso antecedente de una mota de polvo de cereal entrevista en el primer sueño de la noche de la víspera.

Fue la última palabra que tuve tiempo de escribir, aunque a esta altura", dejó en su diario Zadig," ya no conocemos manera de saber si era de verdad una palabra. Muchas de las cosas que copié, me enteré luego, no eran palabras en integridad, no eran palabras en absoluto, aunque no alcancé nunca tampoco a entenderlo. Copiar tiene esa condición: casi ninguna otra actividad o tarea puede abarcar tanto. Por eso, hasta el atisbo satisface. El atisbo, un reclamo de palabra. Todo aquello que de alguna manera ha estado antes, cesa o ha cesado o se

desvanece ahora, y copiar es un estado de ánimo instalado también –¿instalado?– en la precariedad inestable de un tiempo verbal.

Un lugar cerca del promontorio, o no muy lejano, era el cenotafio del celacanto. De alguna manera, y durante mucho tiempo, tanto que la sugerencia se había convertido casi en un orden, las autoridades anticuarias pretendían que se lo ocultara. Zadig varió las letras de Vivant Denom por las de Trebla Danseb. Después, sabiendo que con esto su misión terminaba ahí, *entonces*, voló con presteza y sin alas hasta donde ahora estamos.

Muchos aseguran que el informe Tibertelli arruinó todo, otros sostienen que solo "terminó de arruinarlo". No se trataba de un sistema de interpretación, como se intentó atenuar primero.

El programa Elhegira instruyó la nueva jurisprudencia catastral pero solo suspendió su turbulenta interferencia de conformidad cuando llegué aquí. Si bien hacía años que oíamos hablar de las autotransportaciones inmediatas, nadie hasta hoy se había atrevido a desprestigiarlas. Tibertelli, el presente. Veo cómo, sobre el círculo de hierba caucásica, se extienden el territorio cibelino y el saxífrago; cómo con, elegancia legibrista, juegan en él las equilibrinas. Hay rachas de luz prolongadas, prolongadísimas, que alcanzan los nombres que mañana deberé copiar. Los veo, no puedo leerlas, con escepticismo. Alguien me ha reemplazado. Como leí en *El renacimiento de la caligrafía*, las acumulaciones tecnológicas a las que han llegado no pudieron disminuir/detener las aglomeraciones, la especiosa *gentryfication* ortográfica que va conformando el mundo próximo a venir.

El meteorólogo es un hombre grueso y jovial. Trivial. Su trivialidad ofensiva ha dejado de ofendernos. Grita el informe por encima de la música estentórea que los gendarmes impusieron.

LA INOCENCIA SIN LÍMITES
(SEGUNDO VIAJE A SOECIA)

Me tocó volver sobre mis pasos no mucho después. Aunque decirlo así resulte a la vez insuficiente y redundante. Nadie vuelve sobre sus pasos de manera literal; como en todas las cosas de este mundo, intervienen el tiempo y la sombra cuando debemos, por cuenta propia, volver sobre nuestros pasos. Y supongo, cuando lo hacemos por cuenta de otros, interviene también algo más: el proyecto de una inabarcable violencia. He llegado a pensar..., pero hoy, como solíamos decir en casa, no he tenido para "llegar a pensar", tiempo para el pretérito perfecto [para un tiempo verbal compuesto].

Esta vez me tocó recorrer otro reino a mis pies. Galonop había sido licenciado definitivamente; su hijo, incorporado al regimiento de húsares involuntarios, me esperaba en la antesala. Hasta el anochecer no me condujeron a las barracas de las concubinas. Las concubinas han sido seleccionadas, parece, en razón de una caprichosa fealdad. La barracas están en los subterfugios clandestinos de los palacios mismos: allí donde arbitran y pernoctan los príncipes, duermen las concubinas. Hasta el anochecer no conocí el nombre de mi nuevo guía.

La familia Kalikak. Digresión acerca de la ausencia de caballos.

Esta vez decidí desechar el diario. El formato restrictivo me convenía, y tal vez sirva mejor que cualquier otro, a la reconstrucción, pero me encontré que la tierra, que el espacio bajo mis pies había variado. (Bajo continuamente la mirada, estoy más atento que nunca al suelo. A eso se debe que haya desdeñado por esta vez el recuento diario, la parcelización a que reduce el día al contenido ordinario de esas horas sin distinguir entre el pensamiento y la acción).

Una de las concubinas, Reverdecida, hija del sultán Carbonato –o Carbunclo– cumplía años. Para la celebración, que tenía algo de experimento, había venido, o habían traído –como me habían traído a mí– a Bertil Bernadotte, de Redonda. Redonda se parece bastante a Soecia, a Diuturna; podrían ser hermanas gemelas, excepto porque una –la primera– es más pequeña, y otra, porque la última es más difícil de gobernar.

No pude discernir la naturaleza del embajador extranjero, pero nos llevamos bien. Hablamos francés, que es una lengua extremadamente útil para llevarse bien.

Hay una zona inmoral en Diuturna, como en todos lados. Y pedí, tratándose de mi segunda estadía, visitarla. No suelen variar mucho estas cosas, de lugar a lugar donde uno vaya. Erisipelitous, un gran recinto donde descansan gladiadores y hetairas, fue diseñado de acuerdo con las directivas de un director escénico que había leído, en estado de confusión o furor, y [pero] simultáneamente, *Salammbô* y *Los últimos días de Pompeya*. Me acerqué a los gladiadores, con sus peplos macilentos, lustrados inútilmente con una pomada espesa, y les pregunté qué era lo que tomaban. No me respondieron. El tema pareció requerir una consulta bastante controvertida. Finalmente, el que parecía el líder del grupo –de la cohorte– me dijo que era una mezcla especiosa cuyo elemento

principal es hipómanes. Todos los demás, ingredientes sustituibles, sin importancia.

Me mezclé con la noche diuturna, en la diuturnidad perezosa de la larga noche de los bajos fondos. Leí una vez un relato muy vulgar sobre la billetera de un poeta ruso, cuyo carácter y tema podrían compararse con el que me resisto a hacer. Tal vez en algún momento trascriba algunos párrafos, porque la prosa era pretenciosamente buena.

Me desperté la mañana siguiente con el tiempo justo para llegar a la ceremonia de despedida de Bertil Bernadotte (no lo era: Bernadotte se iba el miércoles), pero en la plaza pública, frente al monumento de "La carga (o la resistencia) de los *horteras*" (aunque se refiriera a los burócratas) se celebraba el aniversario del levantamiento de *Erdera*. Soecia celebra los golpes de Estado, que considera correctivos eficaces de una república mal parida. Interrumpidamente, ya que es lo que ha hecho sospechar que Soecia, una monarquía es una democracia, langures y sapayus han depuesto los gobiernos elegidos por la lúcida pero inconstante población votante. En esta ocasión, Giges (de quien Candaules es sobrino) exaltó la nobleza y la valentía de la brigada de saneamiento del Ursulato. Langures o Sapayus suprimieron el tranquilo mandato de Burundisium, el quinto primer ministro del padre del Príncipe actual. Esa medida fue emprendida o sostenida por un conjunto de hombres mucho menor que el de los defensores del ministerio dentro del Palacio (por lo que, un poco enigmáticamente, Giges llamó al acontecimiento, nuestras Termópilas). De niño, cuando oía los versos de nuestro poeta laureado –"y esas otras Termópilas, El Álamo", yo creía que las termópilas eran árboles.

Gritos y ovaciones del público concurrente (Candaules me explicó después que todas estas personas son pagadas caudalosamente por el Ministerio de Aprobaciones Exteriores [¿?]).

En el hotel ya, de regreso, aproveché para preguntarle a un joven conserje por la hipómanes. En Soecia, todos los asuntos parecen remitir a una mitología ajena. En el entreacto que medió a su respuesta, me entretuve leyendo las encuestas "embrionarias" del vestíbulo del hotel. Son de un estilo muy adelantado, muy alentador; las opciones parecen sobre todo adaptar el lenguaje a gente que está muy desacostumbrada a él, proporcionarle respuestas a personas que jamás podrían articularlas. El joven conserje me hizo recordar que hipómanes es la sustancia que segregan en las márgenes fluviales las centauras. En Soecia hay una industria de esa sustancia –coloidal, de un color de orina muy subido–, tal vez porque no abundan los ríos; solo cuatro desembocan en el mar. La cita, de Virgilio en este caso, no de Ovidio, estaba siempre a flor de labios: *Hinc demum hippomanes, vero quod nomine dicunt / Pastores, lentum distillat ab inguine virus, / Hippomanes, quam saepe malae legere novercae, / Miscenes herbas et non innoxia verba.* (*) La bebida nacional, el Floye, destilado en una de las bodegas recónditas de la costa, está constituido predominantemente por hipómanes, y a esto debe, según la explicación de mi instructor, su benéfica energía pasiva. En algunos de los más refinados salones de Diuturna, el grado de distinción, de educación y de cultura del invitado se mide, se evalúa y se premia de acuerdo con su entrega.

Por motivos que no conviene [sería inútil ventilar aquí] ventilar, tenía que alejarme de Soecia, de Diuturna en Soecia, antes de las festividades de Busirame.

"Vuestra casa de Busirame"

Voy a dejar para la próxima crónica la descripción de las incomodidades de Busirame, aunque puedo anticipar, en la siempre

ligera, leve e inconstante figura de la nota al pie , algunos de los compromisos que contraje por haber atravesado su umbral poco antes de partir. Los dos grupos de contienda se disputan, entre otras cosas -hipómanes, legumbres, cartílagos- las dos casas solares: Busirame y Manresa. Manresa fue la sede de una cofradía religiosa, y no sé si la ocupan hoy sapayus o langures, pero cualquiera sea la residencia provisional o -providencial- de los facciosos, jamás tuve oportunidad de visitarla, habida cuenta de que nadie me invitó.

A nuestro pedido, finalmente, nos sirvieron esa bebida langur que tiene un excedente de hipómanes, y lo hicieron, en efecto, en unos vasos [chatos] de casi intocable baja estatura, y de la única marca impuesta al reino: *Principia ethica*.

En las crisis, en los momentos menos dichosos de las crisis, había siempre alguien capaz de reducir algún proverbio, adagio o estribillo [arcaico] a su mínima expresión. "Floye, floye, floye. Los soecos queremos floye...".

Había sido invitado a ..., a oír a una convención de trovadores y poetas. Pensé que con buena suerte podría oír acaso el final del relato de Emilio Salieri. Pero esta vez apareció en el escenario un hombre muy gordo, cargado de cosas, muriéndose de risa. Soy Tartarín de Tarascón, soy César..., soy Héctor Servadac. Voy a leerles solo lo que me ocurrió en un lugar de Cartago:

Pífanos, caracoles, caracales y panteras que himplan,
una procesión de elefantes indios y camellos de Bactriana;
una voz poco importante quiso que detuvieran el desfile, hizo que detuvieran la marcha dos esclavos. Se peleaban. La misma voz que quiso restablecer el orden, cuando organizó la pelea, recibió

befas y abucheos del séquito. Pero la pelea se organizó, duró poco, provocó un estruendoso zafarrancho. Siguieron. Hubo a continuación una riña de gallos.

Los perros chicos y los perros grandes con un cortejo de hienas. Perros sin pelo, licaones. Ranas.

Las hetairas y los eunucos de ojos estrangulados,

los músicos con instrumentos de todo tipo, shófares, a pie;

en dromedarios, beduinos; los portadores de neblíes y de azores,

en corceles bereberes. El bramido de un búfalo de agua que perdió la huella cuando el boyero que perdió la vida, perdió la vida. Fue emboscado, acuchillado, faenado como un animal de labranza con una cimitarra. Rechinaron al unísono las ruedas sin ejes. Rugieron leones enjaulados.

Los soltaron para que pasaran la noche a la intemperie. Ecos de lejanas expiaciones.

Un gong. Se extinguieron los ruidos despiertos, atentos, que se supone hechos para ayudar a unir los extremos del silencio. Cesaron los rumores, los chasquidos, los moderados estertores, el estridor incluso de los grillos. Restablecer el silencio es mucho más difícil que reanudar la marcha. Un gong. Empezaron a incorporarse con murmullos distintos, como si fuera imposible decir algo con la voz de la mañana, pedir a gritos. Cuernos, pífanos, una procesión de elefantes indios y camellos de Bactriana.

Todo eso pasó mientras dormías a mi lado. Nos retiramos en buen orden, sin hacer bulla.

Las dos grandes amenazas que acechaban... no, no voy a enumerarlas. En la medida en que una falló (¿falla una amenaza? ¿O permanece en estado de amenaza incumplida, como una profecía pérfida?). Voy a enumerarlas entonces. La primera era una catás-

trofe sísmica llamada "El imbécil de Brobdignag". Algo que avanza con torpeza, como un huracán subrepticio a ras de tierra, va arrancando de cuajo las casas. Quedan, bajo tierra [soterrados], solo cimientos, que después son visitados, como suele ocurrir, por arqueólogos y guías de turismo. La otra era el ataque conjunto de sapayus y otras facciones, algo que ya había comenzado a denominarse, después de la intervención de un filósofo importado, "ficciones de disidencia".

Nos embarcamos con precipitación muy poco antes de que comenzara la revuelta. Candaules me explicó poco antes de abordar el Polyolbion, un crucero veloz botado por un sindicato de órdenes religiosas, que es así como suelen suceder las cosas en Diuturna en Soecia, abruptamente, sin rumores previos, aunque los rumores abunden.

Después de una especie de orgía organizada por el capitán la primera noche, pasamos una mañana festejando algo que sonaba mal, como el aniversario de una masacre. Se leyeron cosas solemnes antes del viraje. A fin de cuentas, debimos de haber torcido el itinerario, <desviarnos> debimos de habernos desviado de manera diametral, porque desperté el tercer día en brazos de un criatura extraña, que me perfumaba la cara con aliento a eucalipto.

Un amor de consistencia blanda, una especie de tejido blando o tegumento, si el amor finalmente obsequiado tuviera sustancia, si su preparado histológico nos perteneciera, es lo único que quedó. Después de haber dado vueltas y vueltas para saber que el tiempo no la tiene. A menos, a menos que consideremos la arena de esos instrumentos con forma de mujer el rastro de su presencia en este mundo. Estamos acostumbrados a admitir que la recompensa simbólica es suficiente. "La eternidad está enamorada de las obras del tiempo". Blake: ya que nos despertamos citando.

Ana Karénina, aunque el nombre lo inventáramos juntos, fue, sin duda y sin embargo, desde el comienzo y hasta el fin, Ana Karénina. Esto me recuerda que nunca aprendí a escribir historias de amor.

Asisto a talleres literarios desde los veintiocho años, pero no aprendí a escribir historias de amor. Desde que me dejó mi primera mujer, aunque escribí (qué horror, casi escribo "he escrito") libros que publicaron editoriales independientes, y hasta muy independientes; aunque cursé unas pocas materias de Letras (tarde,

en Puan) y me encargué selectivamente de no ganar premios literarios, nunca me atreví a contar una historia de amor. O (como quiero creer todavía, para insistir, para darme ánimo), nunca me enamoré.

Hasta que comencé a escribir esta historia, nunca *me había* enamorado.

Los tiempos verbales son una preocupación, un desafío y un déficit, me animaba mi primer coordinador, que se consideraba a sí mismo un lector privilegiado, "un enfermo de literatura", como decía. Era un hombre que tenía todo el aspecto de estar enfermo, y que cultivaba el deterioro físico hasta el extremo de dar lástima. Se dio el lujo de enseñarme, entre otras cosas, el uso de lo que suele llamarse *semicolon* (el punto y coma, para entendernos), que Flaubert y Borges, en ese orden, le enseñaron a él, decía (pero él se había tomado el trabajo de aprender), y que Fogwill despreciaba.

Decía, decía también mi maestro que hasta las lides del amor le habían dejado huella, si bien, por suerte, no eran ostensibles. De nada del amor daba muestras. Y la literatura seca, debe de secar esas muescas que tal vez fueron muecas. A eso enseña la literatura, decía, a jugar con las palabras. Pero no hay que abusar.

Nada queda, como se insiste desde el principio, y uno escribe con el propósito de hacer creer que eso de lo que *hizo de cuenta* es verdad.

Tengo una imagen lícita, con todo. La extraigo del único libro que leí –había leído– hasta los veintiocho años: *El príncipe Valiente contra Atila*, escrito e ilustrado por Hal Foster, colección Robin Hood. De las ilustraciones, obviamente. Más que nada. Sobre todo de ellas.

El príncipe es primero seducido –*enamorado*, dejémonos de pavadas– y luego embriagado con un brebaje. Lo prepara Morgan Le

Fay, Morgana, la hermana medio turra del mago Merlín (la medio hermana turra del Mago Merlín, corrijo). Lo enfrenta con el Tiempo en mayúscula, que deja ver sus efectos cuadro por cuadro, etapa por etapa: Valiant revoleado (el tiempo es un giro, un viraje, un suspiro, una bocanada -vaharada- de mal aliento) y devuelto a la realidad inmediata de ese ayer. Canoso, enclenque y decrépito (acá debería ir un adverbio, pero como es de tiempo, no me animo a ponerlo).

Valiant se llama el príncipe en inglés, como el automóvil de los sesenta (de la línea Chrysler). Un añadido muy siglo veinte a la leyenda artúrica.

Ana Karénina no salió a mi encuentro, como mentí en la primera versión. Ahora algún maestro me inculcó también la aversión por la palabra "cuento", por lo cual *esta segunda versión del relato* sería una especie de pausa de la puesta en escena empinada, enconada que redacté primero. Una verdadera "aversión".

La vi la primera vez en un *vernissage*, como se llamaban entonces, antes, las presentaciones de muestras de artes visuales, el debut. Tenía el pelo recogido y, por suerte, un mechón se escapaba de ese recaudo y le ensombrecía el ceño. La ensombrecía en general. (No tenía, no tengo, en cambio, yo, descripción). Era, fue como un ramalazo en movimiento que interrumpió el escándalo directo de su mirada. No sé bien por qué "Ana Karénina, aunque alguien puede agregar su circunscripta referencia como obvia. Después, sí, después: llegamos juntos al acuerdo.

No había heroínas a la vista, de manera o de modo (esto quedaría explicado así, con una escansión, rítmicamente, si fuera un poema). De manera o de modo que adoptamos lo que la memoria tenía a mano, como se adopta de buenas a primeras un bar o un hotel, un albergue transitorio, por comodidad -¿narrativa?- y luego, no solo

por hábito o costumbre, sino también por superstición, se sigue yendo al mismo lugar, contumaces, reincidiendo.

Creo recordar la muestra, que organizaba una amiga de ella, curadora, a partir de similitudes grotescas entre tres, en apariencia, "estudiantes adelantados". Alumnos de taller también. Uno era el marido de Ana Karénina.

Hubo una pequeña puja, una discreta reyerta, de las que suelen adquirir, sin que haya nada de valor en juego, el aspecto de un regateo, y después quedó establecido entre nos Ana Karénina como nombre. Ahora me pregunto, ¿para que yo escribiera este relato?

Ella afectaba o consentía todas las maneras y modales culturales, y asistía a todas las moradas admisibles en mujer de su edad para ser considerada, aparte y de manera general y explícita, cualquiera de los eufe o disfemismos con que la sociología, la psicología o un simulacro o alboroto de palabras denominan –o acaso en mi vocabulario más discreto– *lo obvio y lo obtuso*. "Moderna, actualizada, de su época". Hasta los mohínes y los desdenes, moderna. Por lo tanto, de inmediato se adscribió a los míos; no hay nada mejor, en un mundo acaudalado y escudado de y por manías, que fingir protocolos de distinción y distancia ajenos a los otros. Hasta en este escrúpulo angosto y pasajero nos parecemos todos.

Pero, como siempre, quien tuvo que adaptarse primero a esos cambios fue su marido. No sintamos ninguna piedad por él, no era Charles Bovary, un santo, ni siquiera el circunspecto señor Karénin, un dictador ensoberbecido, sino un hombre práctico, lácteo y periodístico, de imperiosa intervención en la realidad, ya que se ganaba la vida –la pierde o la perdía– como analista político. Divulgó la noticia en las redes sociales con una celeridad que cualquiera podría pensar que lo hacía sentir halagado o complacido.

Averiguar la traición y transmitirla. Las dos misiones tienen algo de baladí, completamente acorde con su oficio. Así pasan el

tiempo en este mundo. No son las redes sociales las que impiden todo: es la falta de inspiración de la época, que se ajusta de buena gana al desvanecimiento de las grandes baladas, las mejores melodías.

Cuando la amiga común terminó presentándonos, oí también por primera vez lo de "relato curatorial".

Por supuesto que la perduración empedernida de algunas lecciones, observaciones y enseñanzas no me permitía afligirme ni tranquilizarme. "Mire cómo este boludo tiene que adaptar el paso del *Orlando* de Virginia Woolf, que es marcial y majestuoso, al pasito corto de Manon Lescaut. (Ni siquiera sabe adaptarle la horma para que camine con los botines de Emma Bovary, pobre, confeccionados por un zapatero en escala y en tercera persona)", me decía mi primer maestro, Belisario "Beluga" Latini, después de la lectura de alguno de nuestros grandes maestros de la narración en primera persona. Narrativa argentina contemporánea. Y me recomendaba que leyera, como el príncipe Lampedusa, solo "lo que no hay que leer": Vargas Vila, Pitigrilli, Ponson du Terrail, Giovanni Papini.

De los maestros contemporáneos de la forma breve había dos con los que mucho tuve que compartir (mesas redondas, sobre todo). Una especie de nulidad politeísta de imprecisiones panópticas y un ícono exoftálmico que parecía saber o averiguar todo lo que era nimio o insignificante acerca de los autores visitados. Uno de los dos había traído en una furgoneta a los alumnos de la UBA (que no eran tantos ni tontos, de lo contrario no se hubieran, como se dice, movilizado), ya que era además una eminente autoridad académica. Podía tomar lista.

Vi a Ana Karénina que no estaba tras un tul en la mesa de enfrente. Mejor dicho, no la vi, sino que oí el rumor de sus piernas al

cruzarse. Mejor dicho, no oí nada: nadie tiene un oído tan educado y atento, aunque muchos están –estamos– dispuestos a cualquier exageración por amor. Yo, por ejemplo, que no oigo a nadie, sino a mí mismo, y nada, sino el continuo discurrir silencioso del minutero, como el emperador de Liliput.

Las noches abundan en ofertas redundantes. Impensadas, imperceptibles ofertas redundantes. Había soñado, sí, que podía darme cuenta, que podía darme cuenta en el sueño de cada uno de sus movimientos –de Ana Karénina– subrepticios, de su trajín en la sombra mientras yo fingía, arrepentido o amedrentado, soñar con otra cosa que no fuera ella. Sueño ahora a menudo con inscripciones efímeras que se leen porque se deslizan en las pantallas. "Cuenta no propia" es la que se pega, se fija en mi cabeza. Tiene la consistencia irrepetible de eso que se exige en el primer párrafo (que corregí, que saqué): niebla blanda, himen, primera constancia o primer pecado. Nada original. Se debe, sin duda, a la condición inestable e irreversible de la cultura, a otra cosa no puedo atribuirlo.

Como le gustaba decir al único filósofo en el que confío, Wallace Stevens (que sabía dónde y con quién gusta de encerrarse a la poesía), y no lo decía enseguida, no, tardaba, tardaba hasta que pareciera un proverbio, un adagio (en eso cifra su consistencia la sabiduría). Donde y con el dinero. Nada le gusta tanto al cerebro que el ruido anticipado que hace "una transferencia". Le había pedido una a ella, que disponía de la cuenta de su marido.

La cultura es una vieja dama cansada, indigna, que maneja "una cuenta no propia". Muy indigna. Con malos modales de matrona necia, sucia. Con la papada llena de baba. Se ha vestido con ropa carísima, de un mal gusto proverbial, y nos obliga a reunirnos y

rendir cuentas acerca de todo lo que es nimio e insignificante. Concomitancia: nuestro ícono, ídolo exoftálmico había sido invitado con creces a la mesa de la Cultura. Satisfacía todos los anhelos, todas las apetencias de esa invitación. Y los suyos propios, de él. No había sentado a la belleza en sus rodillas, como Rimbaud, no: había aceptado con pleitesía el llamado, la convocatoria hecha a esa grey viscosa y estúpida. Era el perfecto huésped, el perfecto invitado, el perfecto *dandy*. Con su ropa comprada en subastas de *molls* europeos y elegida por su mujer, perfecta ecónoma de las que se autotitulan "derrochonas". Él concurría a todas esas orgías culturales con su mirada exoftálmica (¿cómo librarse?) de candidato manchuriano. A cada una de las reuniones, a cada uno de los desplazamientos, a cada uno de los trámites culturales de esta vida de sigilos y zozobras. (Generalmente asistía ella también, ¿cómo librarse?). Y juntos no harían, por cierto, la sal de la tierra.

No, no, la verdad: no había oído nada de lo que mi amor había hecho en la oscuridad. Para hacerlo tendría que estar desatadamente libre. Y yo tiendo a la mansedumbre, a la esclavitud, a la sumisión extrema cuando estoy enamorado (como el ícono exoftálmico). De modo que, no yo –algo ajeno a mi voluntad, algo absoluta y abyectamente capaz de dominarme, algo suave y externo–, me había tapado los oídos en el momento justo en que deberían haber iniciado su canto las sirenas.

Digo que ella cruzó las piernas en la oscuridad solo por comodidad narrativa, porque soy susceptible a esta y otras comodidades. Pero lo que ella hizo o no hizo en la oscuridad, con las piernas desnudas o ceñidas por la seda o el prosaico *nylon* –es decir, aquello de lo que debería esta narración ocuparse– no puede estar acá, despejando un lugar en este reino de despojos y derrelictos visibles.

Trastos. Si esas cosas se pudieran escribir por escribas esbirros como yo, tampoco las habría aprendido a escribir en un taller literario. "Tenés que ser Gertrude Stein o Henry Green, no sé", me dijo mi coordinadora actual de taller, que se jacta de haber leído a todos *los verdaderos innovadores*, "para hacer que alguien cruce las piernas en la oscuridad de tu relato y el lector sea el que lo oiga. Por el momento, el único que puede fingir que lo oye sos vos. No te olvides de mencionarlo o, al menos, de sugerirlo". Se llama Ulalume Cuauhtémoc, vino de México hace años, donde fue amiga de Remedios Varo y Frida Kahlo (que entre sí no se podían ver).

Yo ahora tiendo a creer que mi primer coordinador era incapaz de esa sabiduría –no de esa sabiduría espontánea, de ese menú de trices, trucs, yeites – porque le faltaban los dientes. Los de abajo, todo el tren delantero. En las leyendas suele considerarse que los desdentados –o los edéntulos– son previsores y confiables, vale decir iluminados, ciertos. Y que los hombres con tetas predicen, y que a uno no le importa lo que predicen, como Tiresias.

En realidad, lo que un escritor tendría que poder escribir es lo que sigue, lo contiguo, lo subrepticio, lo que ocurrirá después. Inmediatamente después, para que el periodista cornudo no pueda denunciarnos. Y tendría que ser capaz también de imaginarlo. ¿Para no tener que vivirlo? Lo nimio, lo imprevisible, lo circunstancial. Escribir es el aprendizaje de eso y yo lo confundí... con una serie de inconfundibles confusiones, con una enfermedad social, con la lógica de compartir el gusto de mis amigos, mis contemporáneos. Mis cuates, querida Esmeralda. Habría que empezar de nuevo, con los útiles y el cuaderno, dejando cerca, equidistantes, la regla corta y la goma de borrar. La goma de borrar y la regla. Los tricks, los trucs, los yeites , los modales en la mesa: la vida entera social.

Hubo una noche incierta en la que me despedí de Ana Karénina. No solo de ella, sino de lo que consideraba yo "un mundo". Con su tráfico, sus bravuconadas, sus meditaciones, sus mesas redondas y medianeras. La despedida adquiere siempre una dimensión fatal, horrible, es una ceremonia y un fin en sí mismo, dicho con esa prepotencia con que se dicen las cosas en una sesión o en una reunión más o menos generosa de amigos. Me habían invitado a leer en una circunstancia especial. Dos años después de que no ganara el premio Conmovit. Como desagravio. Y esta vez ella asistió a oír. Virtuosa simetría: ella y su marido.

La noche era abiertamente politeísta, de las que me gustan a mí, y sabíamos ya que después de esa vez no volveríamos a encontrarnos (lo cual suena a tango, y lo que es peor, a tango neocursi, a *tanguismo*, eso que suelen cantar borrachas las veteranas en las salidas sin salida, con el tiempo a sus anchas corriéndole despacio por el cuello y el escote y la espalda como un cosquilleo espiralado). A fin de cuentas la dialéctica no se enfrenta a cuestiones adultas (o adúlteras ya), sino a detalles sin gravedad, dignos y resueltos por un "mago de la situación" (como si de otra cosa se pudiera serlo), como todavía alguien me había llamado en el umbral de la noche a secas, despidiéndome sin paga, como a un comediante o un cómico (de la legua, no de la lengua), como a un *stand up comedian* (*the comedian as the letter C*), alguien que ha aportado los signos de puntuación en apariencia pertinentes del desmantelamiento. Del desmantelamiento universal de las circunstancias.

Para seguir de pie se imponen cuestiones que no es necesario declarar, salvo que uno tenga ganas de terminar de una buena vez

con el relato de su vida (no es esta la mía, no es el hecho: estoy contando un secreto a medias para un público selecto).

Para mantener la escafandra del presente y no confesar a todos y a cada uno mi amor por Ana Karénina tuve que apelar al peor subterfugio, al pleonasmo (uno, no obstante, que por suerte el horror cotidiano –¡ah esa condición sabatina de cuchara en la miel, de pajarraco en la jaula, macabro epidérmico! – se niega a tener en cuenta). No es que me sobraran recursos ni tuviera confianza en una estratagema: las peripecias del no sostenido son capaces, como cualquier pretexto de los sujetos de marras *que suelen* ser los que se ocupan de las vidas de los relatos, no de las personas, peripecias del do . Superficiales y soporíferos, dos adjetivos a cuenta en el refugio (la música de cámara bucal) de la sibilancia. Dos adjetivos en "cuenta no propia", extrema.

Ana Karénina, por lo demás, no condescendió. Encendí varias veces ante ella dos argumentos distintos: el de que el amor había sido tan repentino que no podía interrumpirlo (y ella no podía, por lo tanto, abandonarme). El de que lo había aguardado toda la vida y por lo tanto no podíamos abandonarnos.

La última vez dimos vueltas por San Isidro. Buscábamos un lugar donde besarnos. Era algo tan estúpido a nuestra edad, tan delusorio. Nos despedimos a la salida de una librería. Ella me hizo leer *La princesa de los cabellos de oro* (que para mí se parecía mucho a Aleta, la mujer de Valiant); yo le regalé, como estímulo, *El espectáculo del tiempo*, de Becerra.

Si el narrador se parece demasiado a uno..., la tangente, me recomendaba mi anteúltimo maestro de taller, Macedonio "Mancuspia"

Cantacuzano, que había hecho de sus principios una carrera literaria: no ir a presentaciones de libros, no leer en público, no publicar. Sobre todo no hacerlo en editoriales importantes. Vivía en un suburbio tranquilo (de rentas, decía, pero uno sospechaba a su favor que de algo menos satisfactorio, viril y verbal), con una mujer apagada que le brindaba el pretexto de cortejar a las alumnas "brillantes", y hablaba mucho, demasiado como para que creyéramos todavía que ese exceso no acarreaba, no de buenas a primeras ni a tontas y a locas, solaz a una noche que no iluminaría nunca el designio irrenunciable de la escritura.

La vida no es verbal tampoco, desgraciadamente para los que tenemos "facilidad de palabra". Cuando fui joven era fan de un cuento de Isidoro Blaisten, "Mishiadura en Aries", que me recomendaron en mi primer taller. Después, hasta los amigos de Blaisten se olvidaron de Blaisten. Todos empezaron a hablarme de Marcelo Cohen. Todos me hablaban de él, insistentemente, y después de Mario Levrero, que había tomado la precaución de morirse antes. Los escritores, como Ulalume Cuahtémoc, Méndez Rusticatio, como Macedonio Mancuspia, tienen principios: conceden una especie de confianza ciega a quienes les parecen más honestos que excepcionales. Es como en cualquier oficio. Como cualquier perfidia digna de un oficio. Ben Jonson no recomendaba leer a Shakespeare.

Yo me alejé del barrio, más o menos como dice la canción de Moris. Gané unos kilos y perdí unos cuantos concursos literarios. No voy a maldecir los premios, tampoco. Es como pescar: de alguno saqué algo. La premiación, como las presentaciones de libros, tienen algo de fiasco y algo de velorio prematuro, polvoriento. Son ceremonias un poco lúgubres a las que asisten personas un poco

en vano, casi nunca las convocadas con esmero. Que son, a su vez, las influyentes, o las que creen que son influyentes, los agentes de prensa: larvas utilitarias un poco descascaradas al borde de los suplementos y las revistas literarias. Buscan un lugar tan preeminente en el fondo del basural como el que ocupan sus confites odiados (¿confites vendrá de "convidados"?), los que roen los dientes. Finalmente, terminan alternando, claro: y los que presentan y los presentados, los que critican y los criticados se incorporan a un elenco estable, el primero en competir para evitar convertirse en la sal de la tierra. En las presentaciones y en los premios hay, al final, vino y unos sandwichitos mustios (recuerdan también otro cuento de Blaisten, "Los tarmas", las termitas). Asistía a las presentaciones de libros cuando se trataba de amigos míos o, pasado un tiempo, de alumnos. En unas cuantas hablé. Había aprendido la lección. Ni siquiera era necesario haber leído el libro.

Mientras el romance <en Durango> sobrevivió y maduró, dimos muchas vueltas. En esas vueltas desorbitadas por San Isidro o por Martínez, lo destemplado de la circunstancia, que solo se deja designar con la letra "A" (y esa letra "A" es la de *La letra escarlata*, "la que a la adúltera / señala y delata"), creo que crecieron calumnias, susurros y relatos. Ella recordó un cuento de acá que había leído por consejo de su primer coordinador literario, donde se decía que, cuando volvía de su primer encuentro con Vronsky, Ana Karénina había notado que su marido tenía las orejas excesivamente largas (o pelos en las orejas). Es algo que todos se jactaban de encontrar (pero yo no), en Ana Karénina.

Virginia Woolf dice (ya no me acuerdo dónde, ¿en *Los años*, en *Entre actos*?) que Vronsky es un nombre muy apropiado para un villano. Un ruso aledaño, que el femenino Karénina es inapropiado, que corresponde solo a una *prima donna* de ballet o de ópera.

"Acá, todo el mundo es capaz de escribir una novela, pero muy pocos de leerla. Incluso la propia", decía mi anteúltimo maestro de taller, que, circunstancialmente -en detrimento de lo casual imprevisible-, no era tan cínico.

Mi propia (no es modo, pero sí de abreviar) Ana Karénina nunca encontró el pasaje en la novela epónima. No sabe si está siquiera. El periodista lácteo, al parecer, no insinúa orejas grandes ni suplementos capilares meritorios. Semejanzas, irregularidades. La gente vive muy segura de sus propias ceremonias de despojamiento. Le dan valor curativo. Dicen ahora "soltá, soltá".

La literatura nos despeja, nos despoja, nos hace morder el polvo de la nostalgia de los detalles crepusculares. Nada por aquí, poco por allá. Registro insumiso de unas cuantas zonceras criollas y universales. Telegráficas, imprescriptibles, impresentables.

Tampoco encontré la observación tolstoiana sobre la capilaridad en las orejas cuando releí el libro, terminado el *affair*. Ella, en cambio, sí encontró una cosa que Ana Karénina le dice a su marido en el horrible film que vimos juntos (y que a ella sola le gustó, porque es una reducción coreográfica, insípida, con Keira Knightley, que adelanta su mentón con expectativa de adúltera menor de edad, casi con gracia animal) y que, al revés de la prescrita por su maestro de taller, está en el libro. Es la orden, amable pero exasperada, de que Alexei Alexandrevich no haga sonar los dedos. Ana la pronuncia en voz alta después de que él intenta componer el primer reproche o la primera recriminación acerca de Ana y Vronsky en público.

"No hagas sonar los dedos", dice Ana, después de tratar de reconstruirla o de despejarse de ella, como hablando en sueños.

Yo encontré también un pasaje extraordinario sobre la coquetería introspectiva de Ana. "En un principio Ana creyó sinceramente que estaba disconforme y mal dispuesta porque él (Vronsky) se había atrevido a buscarla. Poco después de su regreso a Moscú, al llegar a una velada donde había esperado encontrarlo, y al no hacerlo, se dio cuenta de manera contundente, y a partir de un violento desajuste, de que esa persecución no solo no le desagradaba, sino de que constituía el núcleo de mayor interés de su vida".

Y otro, otro más, que le impide apreciar el aprecio que otra mujer, la princesa Betsy, tiene por la retórica rimbombante e inane, aunque no exenta de precisión del señor Karénin ("estoy sorprendida siempre de la claridad y justeza del lenguaje de su marido. Las ideas más trascendentes parecen entrar en mi cabeza sin esfuerzo cuando él las dice"), que la nubla a Ana al borde del éxtasis (porque la incomprensión es el grado más alto de "estar en otra cosa", de no entender algo por superposición de éxtasis es la mejor manera de estar en el mundo). Y encontré también algo que Ana me pidió que encontrara, cosas de Vronsky, de su carácter, que nada tenían que ver conmigo. Que a Vronsky lo que más le importaba y gustaba, aparte de esa obsesión preponderante por Ana (durante el idilio romance), eran los caballos y las carreras, en especial su yegua Frou-Frou (que me imagino o era, como el caballo blanco de Mozart o de San Martín, efectivamente blanca).

Nunca dejé de veras de estar enamorado de Ana Karénina. Es como un premio literario al que no tendré acceso. A veces, algunas veces la veo en el fondo. Leibniz habla de la *characteristica universalis* (y tampoco es necesario saber mucho para definirlo o aplicarlo a una cuestión que no se deja). Siempre preferí a Spinoza, pero no se trata en este caso de una cuestión de preferencias. ¿Me había

enamorado de ella en relación directa a mi afición por las novelas y las películas históricas o era una cuestión verdadera?

Si bien ella nunca logró que me gustara la época, logró que me gustara la ópera. O que asistiera con o sin ella a esas funciones destartaladas que son también "un pasaporte a la cultura". Ruegos en los balcones, matrimonios morganáticos, canallas equidistantes y mujerzuelas. Suelo no oír tampoco en esos casos, distraerme con (o *en*) los detalles. Con brillos, con movimientos descuartizados del verdadero conjunto: bordes, filos, reflejos, remordimientos lerdos de las verdaderas escenas.

A veces le he dedicado, cabizbajo o pendenciero, mirando al frente o a un espejo, "una furtiva lágrima".

En cambio, nada alteró mi admiración por Hal Foster y el Príncipe Valiente. El trazo, el dibujo y la impostación histórica. Hoy sé por pesquisas ociosas que quienes compartieron mi admiración fueron personajes tan inútiles para sacarle provecho como yo, Edward VIII, Príncipe de Gales, digamos, a quien el matrimonio con una divorciada le impidió ascender al trono, y Raymond Hearst, a quien el ocio no le impidió dominar un imperio (cierto que periodístico). En realidad, mi admiración se desvanecía en la pereza, en el deseo de que el pasado sea, fuera, eso que Hal Foster dibujaba. No Leonardo, no Rafael, no Uccello; sobre todo, no Tiépolo ni Poussin. El pasado debe tener esa flexibilidad, esa desenvoltura, ese descrédito, esa pericia, esa imperiosa levedad, precisión y caligrafía que el creador del Príncipe nos hizo descubrir. Y la belleza debe ser como Aleta, la elegancia como el corte y la cota de malla del Príncipe. La amistad como la de Arn, los hijos como esos que muerden jugueteando una empuñadura. La espada, esto es lo más sagrado y necesario del mundo y el tiempo, tiene la obligación de ser "La espada que canta". Inexorable severidad de las circunstancias. Ese magnífico detalle de la traducción signó

también confianza y mi fidelidad de lector: la espada que canta, no la espada cantora.

La afirmación canónica acerca de mi pasado me obliga a darlo vuelta, y al darlo vuelta, ningún adverbio lo puede dañar (pero tampoco acompañar), y entonces no tengo más remedio que someterlo <raramente> al presente. Porque esa es la esencia misma de la rarefacción de los tiempos, los verbales y los otros: su condición de esquirlas perladas de sudor por el trayecto, por la migración, por el éxodo... Ninguna pregunta vuelta a hacer tanto tiempo después recupera su posición inicial, su postura de verdadera acechanza. Por eso el planteo queda condenado al momento en que se hizo, y el tiempo condenado a pasar, y yo, esencial, lamentablemente, como en la "Nueva refutación..." tan pertinente, a NO ser Borges.

La pregunta que me había hecho cuando era joven, y que nunca me animé a confesar a mis instructores, a ninguno de los coordinadores de mis talleres, era, es: para escribir (o por lo menos, para escribir decentemente), ¿qué tenía que "ponerme" a leer? La literatura del pasado, con sus recaudos y rituales, algunos de ellos incomprensibles (la mayoría de ellos incomprensibles), o la del futuro, que es la del presente (se decía la *dernier cri*), con toda su efervescencia y ebullición desconcertada, de la más deliciosa de los jóvenes frívolos o profundiotas a ese temerario esquife alado de la Sci-Fi, que adelanta todos los programas del porvenir... No hubo manera de dirimir esa cuestión, de despejar ese enigma.

Ahora, tantos años después, cuando en gran medida aquello que tenía que leer es parte del compacto pasado, el dilema no me parece menos angustioso ni acuciante, al contrario, aunque está teñido de melancolía. Porque mi elección quedó borrada por lo que hice, y, como aquellas personas drogadas o borrachas que dan explicaciones, aunque muy pocas veces estuve drogado y

muchas menos borracho, tampoco sé lo que hice. ¿*Eso quiere decir* que era un falso dilema? No, no, nada quiere decir, salvo que las constancias del pasado no se pueden dirimir sino en el presente y que, aun cuando nos ocupamos del pasado, ni siquiera estamos haciéndonos cargo de algo (una herencia y una tradición solo se reciben o se cobran, no hay de qué preocuparse). Y que el futuro a nada nos asoma.

Ana Karénina, mi Ana Karénina, siguió casada con su periodista alarmante hasta que se separó (se divorciaron posteriormente). Vivieron en lugares distintos, recursos no les faltaban. La visité una sola vez en su pequeño departamento, monoambiente, que tenía, no obstante, una expresiva, esplenética cama matrimonial. Ella fumaba aún. Los dos buscamos pretextos para salir de ahí.

A lo que vino después, lo llamo años o mi vida, sequedad, sequía, murmullo lejano separado de mí, ansias ajenas, reiteración de imágenes cuya constancia visceral (verbal) es, al cabo de miserias y misoginias, el preámbulo extremo de un desencuentro pleno –diferido, estrafalario– entre, y con, también, a ciencia cierta, los estragos.

ÍNDICE

TRIÁNGULO TERRITORIAL 9

EL SÍNDROME DE PICKWICK 11

PRIMER VIAJE A SOECIA 21

LA NOCHE ES POLITEÍSTA 29

LOS ZUKOFSKY 51

EL MAL DE UNO 69

EL CARDINAL CARPINTERO 83

TOPONIMIA DEL MINIATURISTA 95

LA INOCENCIA SIN LÍMITES
(SEGUNDO VIAJE A SOECIA) 107

NUEVA NARRATIVA ARGENTINA 115

LA NOCHE POLITEÍSTA
Compuesto en Andralis ND,
del tipógrafo argentino Rubén Fontana.
Impreso sobre papel Bookcel de 80 g/m²
en los talleres de Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
Argentina, en el mes de septiembre de 2019.